

OBRAS COMPLETAS DE  
JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

IV

ESTUDIOS DE HISTORIA PERUANA

LA HISTORIA  
EN EL PERU



LIMA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

PLAN DE LAS OBRAS COM-  
PLETAS DE JOSE DE LA  
RIVA-AGUIERO Y OSMA

I—*Estudios de la Literatura Peruana: Carácter de la Literatura del Perú Independiente.* Introducción General de Víctor Andrés Belaunde; prólogo de José Jiménez Borja; notas de César Pacheco Vélez y Enrique Carrión Ordoñez. Con un estudio crítico de don Miguel de Unamuno.

II—*Estudios de Literatura Peruana: Del Inca Garcilaso a Eguren.* Recopilación y notas de César Pacheco Vélez y Alberto Varillas.

III—*Estudios de Literatura Universal.* Prólogo de Aurelio Miró-Quesada Sosa.

IV—*Estudios de Historia Peruana: La Historia en el Perú.* Prólogo de Jorge Basadre y notas de César Pedro Vélez.

V—*Estudios de Historia Peruana: Las civilizaciones primitivas y el Imperio Incaico.* Introducción de Raúl Porras Barrenechea. Recopilación y notas de César Pacheco Vélez.

VI—*Estudios de Historia Peruana: La Conquista y el Virreinato.* Prólogo de Guillermo Lohmann Villena,





IV







OBRAS COMPLEJAS DE  
JOSE DE LA RIVA - AGUERO

IV

ESTUDIOS DE HISTORIA PERUANA  
LA HISTORIA EN EL PERU

*Prólogo de Jorge Basadre y  
Notas de César Pacheco Vélez*

LIMA, 1965

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU



PUBLICACIONES DEL INSTITUTO RIVA-AGÜERO

Nº 50

COMISION EDITORA DE LAS OBRAS COMPLETAS DE  
JOSE DE LA RIVA-AGÜERO Y OSMA

MIEMBROS DE HONOR:

*Emmo. y Revmo. Sr. Cardenal Juan Landázuri R.*  
Gran Canciller de la Universidad

*R. P. Felipe E. Mac Gregor S. J.*  
Rector de la Universidad

COMITE EJECUTIVO:

*Victor Andrés Belaunde (Director), Alberto Wagner de Reyna, José A. de la Puente Candamo, Luis Jaime Cisneros, César Pacheco Vélez (Secretario).*

CONSEJO DE ASESORES:

*Mario Alzamora Valdez, Pedro M. Benvenuto Murrieta, Honorio F. Delgado, Raúl Ferrero R., Mariano Iberico Rodríguez, Guillermo Lohmann Villena, José Jiménez Borja, José León Barandiarán, Guillermo Hoyos Osoreo, Aurelio Miró-Quesada Sosa, Ella Dunbar Temple, Rubén Vargas Ugarte S.J.*

DELEGADO DE LA JUNTA  
ADMINISTRADORA DE LA HERENCIA RIVA-AGÜERO:

*Germán Ramírez Gastón F.*



## PROLOGO



El libro de José de la Riva-Agüero *La historia en el Perú* apareció en 1910. Fue una tesis para el doctorado en Letras. Esa fecha tiene un significado muy importante. Todavía no se había publicado una obra valiosa sobre historia de la historiografía. Carecían de difusión internacional los trabajos de Franz Xavier v. Wegele y Ernst Schaumkell sobre la tarea de los historiadores en Alemania (1885 y 1905), el de Robert Flint acerca de la filosofía histórica en Francia (1893) y los de August Molinier y Henri Hauser que tratan de las fuentes de la historia en este último país (1904-1912).

Tradicionalmente, el juicio crítico acerca de los historiadores correspondió a quienes se ocuparon de la historia de la literatura. Así ocurrió, por ejemplo, en los libros sobre historia de la literatura francesa de G. Lasson (1894) y de Petit de Julleville (1896-1899); así como en la *Cambridge History of English Literature*.

Sobre los historiadores peruanos no había, en conjunto, nada ni de carácter literario ni desde el punto de vista técnico.

El primer aporte europeo de gran significación y de amplio vuelo dentro del campo que, en el Perú, abrió Riva-Agüero, fue el del suizo Eduard Fueter con su notable Historia de la historiografía moderna (Munich, 1911). Escrita inicialmente en alemán, llegó a ser traducida al francés en 1914 en una edición revisada y ampliada y atrajo la atención de gran cantidad de estudiosos en todo el mundo<sup>(1)</sup>. Fueter hizo lo que nadie antes que él intentara, al analizar primero las corrientes y las realizaciones historiográficas desde la época del humanismo en Italia y al estudiar en seguida, su expansión por Europa y la aparición de las historias nacionales para ocuparse luego de la historiografía independiente del humanismo hasta el siglo XVIII, la historiografía romántica y liberal, la reacción realista contra el romanticismo y la aparición de la historia social y de la cultura, si bien la mejor parte de estas nutridas páginas termina con la Ilustración. El método de Fueter sirvió de modelo para muchos libros posteriores.

Excelente libro es también el del inglés G. P. Gooch Historia e historiadores del siglo XIX (1913). Versa sobre las realizaciones obtenidas en esta ciencia durante la pasada centuria, hace las semblanzas de los maestros durante tan largo período, traza el desarrollo metodológico, analiza las influencias políticas, religiosas y raciales que se acumularon en célebres aportes y sus efectos en el pensamiento y en la acción<sup>(2)</sup>.

Siguen por el mismo camino con obras menos conocidas Louis Halphen con L'histoire en France depuis cent ans (París, 1914) y Antoine Guillard al tratar de Alema-

---

(1) Esta obra llegó a ser traducida al castellano sólo en 1953 en una versión imperfecta que publicó la Editorial Nova de Buenos Aires.

(2) G.P. Gooch, *History and historians in the Nineteenth Century* (Londres, Longmans Green, 1913, 1935). Hay edición española del Fondo de Cultura Económica de México.

nia moderna y sus historiadores (ed. inglesa, Londres y Nueva York, 1915).

Benedetto Croce ofreció una visión panorámica y honda sobre los tiempos antiguos y modernos desde el punto de vista de la filosofía de la historia, en su Teoría e historia de la historiografía publicada en 1915 en Alemania, antes que en Italia (1917) y traducida al inglés en Londres en 1921. Luego Croce circunscribió su examen a su propio país al referirse a la historia de la historiografía italiana desde comienzos del siglo XIX (Bari, 1921, 2 v.) y tocó múltiples aspectos histórico-historiográficos en varios trabajos entre los que descuella La historia como hazaña de la libertad (Bari, 1938, ed. en castellano México, 1942).

Otras contribuciones dignas de mención son las de Moriz Ritter sobre la evolución de la ciencia histórica (Munich, 1919), Georg. v. Below acerca de los historiadores alemanes a partir de las guerras napoleónicas (Munich, 1924); J. B. Black relativa al arte de la historia a través de cuatro grandes figuras literarias en esta disciplina (Londres y Nueva York, 1926); diversos colaboradores en una obra en equipo sobre la historia y los historiadores a lo largo de cincuenta años, para valorizar los métodos, la organización y los resultados del trabajo historiográfico de 1876 a 1926, con motivo del cincuentenario de la Revue Historique (París, 1927, 2 v.); Frederick Meinecke sobre El historicismo (Munich, 1936) que no es propiamente una historia de la historiografía sino una historia de los principios estructurales y de los criterios de valoración sobre los que descansan la historiografía y el pensamiento histórico en general; los norteamericanos James Westfall Thompson y Bernard J. Holm en el ambicioso empeño de abarcar todos los períodos por lo que resultan superficiales (A History of Historical Writing, Nueva York, 1942, 2 v.) y el norteamericano James Shot-

well sobre los orígenes de esta disciplina en la antigüedad clásica. (The History of History, Nueva York, 1939).

Ya en nuestros días, se destacan las siguientes obras de conjunto: Man on his Past, the Study of the History of historical Scholarship por Herbert Butterfield (Cambridge, 1955); A History of Historical Writing por Harry Elmer Barnes (Nueva York, 1962), Geschichte der Geschichts-wissenschaft por K. Brandt (2a. ed. Bonn, 1952); Elements de critique historique por L. E. Halkin (Lieja, 1960).

Valor singular ostenta la breve obra de Emery Neff The Poetry of History (Nueva York, 1947), ensayo sobre la producción histórica a partir de Voltaire para mostrar cómo ella ha sido influida por la literatura y la investigación literaria, así como por los acontecimientos políticos y los cambios en las ciencias y en la industria. Su tesis es la de que la gran historia debe ser tratada como arte y para probarla, el autor escoge algunos historiadores que representan una alta síntesis de la literatura, la ciencia y la conciencia social.

Pero el gran especialista en el ensayo sintético y certero sobre historia de la historiografía es hoy el holandés Pieter Geyl. Tiene este autor libros tan densos y sabrosos como From Ranke to Toynbee (Smith College, Northampton, 1952), Debates with Historians (Londres, 1955 y 1962) y Encounters in History (Londres, 1963). Una de las lecturas más fascinantes que no sólo el lector bien informado sino cualquier persona puede hacer es la de Napoleon For and Against (Londres, 1949) donde Geyl examina el surgimiento y los cambios en la imagen histórica de Bonaparte, según las distintas tendencias de la historiografía a él consagrada. Geyl ha elevado, hasta un rango ejemplar en Europa el tipo de estudio que, para el Perú, descubrió consagratóricamente Riva-Agüero.

En Hispano-América, fuera del Perú, la preocupación

por este tema ha surgido sólo en época muy reciente. La historia crítica de la historiografía argentina de Rómulo D. Carbia fue editada por primera vez en Buenos Aires en 1925, con una edición definitiva en 1940. Los estudios históricos en la Argentina de Enrique de Gandía apareció en 1931. La historiografía colonial de Chile, notable aporte de Guillermo Feliú Cruz, se publicó en Santiago en 1957. El Instituto Panamericano de Geografía e Historia auspicia desde 1953 una serie de volúmenes sobre el mismo tema, ya han aparecido los correspondientes a Haití (1953), las Indias Occidentales Británicas (1956), Ecuador (1956), Brasil (1956 y 1962), Paraguay (1959) y Cuba (1962).

La tesis de Riva-Agüero sobre los historiadores nacidos en el Perú desde el siglo XVII al siglo XIX y el "desenvolvimiento del género histórico entre nosotros" para "investigar las cualidades que para la historia ha revelado el ingenio peruano" aparece, pues, como verdadera precursora de un género que sólo en tiempos posteriores ha logrado en otros países pleno desenvolvimiento y ostenta un mérito incrementado si se mira a través del prisma de la literatura comparada.

## II

Quienes se han ocupado de la historia de la historiografía han abordado, por lo general, los temas por ellos escogidos dentro de un tratamiento que cabe calificar de "horizontal", o sea a través de los distintos historiadores, su biografía, sus obras, su método, sus tendencias, su significado. No han incidido sobre las materias a que dichos autores se refirieron. Ha sido, en suma la suya una historia de la historiografía sin problema histórico. Ello no implica negar que muchos fueron historiadores propia-

mente dichos, pero su aporte fue hecho en libros distintos. Así Eduard Fueter escribió la Historia mundial de los últimos cien años (1815-1920) publicada en Zurich en 1921. (3). Gooch es muy conocido por varios trabajos, entre los cuales el más famoso viene a ser Historia contemporánea de Europa(4) inferior a la obra de él antes mencionada. La producción histórica de Croce es harto conocida y así los ejemplos pueden multiplicarse. Pero se trata de departamentos estancos, en uno de los cuales está la historia de la historicografía y en otra la historia del acontecer en los pueblos o en los Estados.

Riva-Agüero ostenta la originalidad de hacer una historia de la historiografía no sólo "horizontal" sino, además, "vertical", con problema histórico, discutiendo y opinando sobre los asuntos propios de las épocas a que pertenecieron o de que trataron los autores por él estudiados. Así, a propósito de Garcilaso, esclarece temas de la historia pre-inca, inca y de la Conquista; al ocuparse de los cronistas de convento, de Peralta y de Mendiburu, diserta sobre variados aspectos del Virreinato; y en el capítulo sobre Mariano Felipe Paz Soldán plantea sus propias ideas sobre la Emancipación, la Confederación Perú-Boliviana y la guerra con Chile. Abre así un precedente que no ha sido seguido con frecuencia, pues se necesita para tanto alarde vasto y hondo saber íntimamente ligado a la imaginación y a la intuición histórica y, además, maduro juicio crítico y aptitud para tener sólidas opiniones sobre múltiples materias, así como franqueza para saber emitir-las.

"La historia ideal de la historiografía (ha escrito Pie-

---

(3) Hay una edición en inglés de 1922 en la traducción de Sidney Bradshaw Fay. Este libro ha sido utilizado como texto en diversas universidades norteamericanas.

(4) La primera edición inglesa es de 1922. La edición española, del Fondo de Cultura Económica, México, 1942.

ter Geyl) debería ser una contribución a la historia intelectual, social y política de los tiempos en que las obras allí consideradas fueron escritas" (5).

Riva-Agüero llena con amplitud estos difíciles requisitos tan escasas veces cumplidos no sólo en la historiografía nacional sino también en la internacional. Se acerca así al ideal de una historia de la historiografía como conducto para un examen de conciencia y como base para el descubrimiento de una filosofía de la historia que sea la historia misma. (6)

A propósito de los Comentarios Reales de Garcilaso emite sus propias opiniones sobre el origen y el desarrollo de las culturas pre-incas, (7) asunto que constantemente se renueva y amplía en nuestros días. También al tratar de Garcilaso, expresa sin ambages su juicio sobre el imperio de los Incas, ni idílico ni avieso (8). En la parte final de las páginas que consagra al inmortal cronista, trata de la Conquista y de las guerras civiles que a continuación de ella se sucedieron (9). Al Virreinato dedica nutridas páginas en los capítulos acerca de los cronistas de convento, Peralta y Mendiburu. No es ajeno en esta parte a las consideraciones de carácter económico-social (10). Valor permanente ostenta lo que dice acerca del mundo conventual, el mundo oficial y gubernativo y el mundo universitario de Lima entonces, llega a la altura de un trozo de antología la descripción de las ceremonias de grado en San Marcos (11). Su familiaridad con el tema lo lleva hasta tra-

(5) Pieter Geyl, *Encounters in History*, Londres, Collins, 1963; p. 255.

(6) Alphonse Dupront, "Present, passé, histoire" en *L'histoire et l'historien. Recherches et débats du Centre Catholique des Intellectuels Français*. Nº 47. París, 1964, p. 14.

(7) p. 81 a 98 en la presente edición.

(8) p. 175 a 186 en la presente edición.

(9) p. 192-194, en la presente edición.

(10) p. 260 en la presente edición.

(11) p. 265-269 en la presente edición.

zar un cuadro de la vida cotidiana<sup>(12)</sup> y a hacer una descripción arquitectónica de los conventos que adquiere ribetes panfletarios al criticar la incuria y el mal gusto contemporáneos en ellos<sup>(13)</sup>. Sobre la Independencia y la República diserta, cuando trata de Mendiburu y Paz Soldán no sólo a través de planteamientos propios en el campo político y militar, sino a veces con observaciones sobre la composición y las características sociales<sup>(14)</sup>.

Suele ocurrir, en muchos países, por desgracia, que no se haya prestado a la historia de la historiografía la atención concedida a la historia misma y que las obras sobre aquélla sean acaso áridas y de menor calidad, en contraste con lo que suele ocurrir en relación con la historia de la literatura o del arte. En el Perú, en cambio, en el pórtico de la notable renovación historiográfica del siglo XX, está una obra señera de historia de la historiografía y ella, a su vez y simultáneamente, es una contribución sustantiva en el campo historiográfico propiamente dicho, cualesquiera que sean las reservas ante algunos de sus múltiples puntos de vista.

Una explicación sobre cómo cumplió Riva-Agüero esta tarea excepcional surge si se estudia el método que utilizó. El análisis de éste resulta necesario para entender lo que, en verdad, significa La historia en el Perú. Riva-Agüero estaba, como pocos, en condiciones de ir a un procedimiento enumerativo o acumulativo con tendencia a agotar la lista bibliográfica y la nomenclatura de los autores que, a través del tiempo, han trabajado dentro del campo historiográfico en nuestro país. Resistió esa tentación que podía darle una mayor amplitud a su estudio para, a la vez hacerle caer, acaso, en la superficialidad, y

---

(12) p. 263-265 en la presente edición.

(13) p. 203-207 en la presente edición.

(14) Léanse, entre otras muchas, las consideraciones en las p. 364-365, 409-411, 413-423, 425-431; 434-436; 439; 444-447; 454-455, 473 de la presente edición.

prefirió limitarse a un grupo muy limitado y selecto de obras y de figuras representativas dentro de las distintas épocas. Sobre cada una de ellas escribió una monografía y, luego, las enlazó dentro del tema común, cuidando mantener la armonía del conjunto. Como en la frase de Goethe, quiso que cada paso fuera una meta sin dejar de ser un paso. He aquí una solución al problema que se presenta a quienes tienen la ambición de abarcar un vasto panorama histórico: no intentar un avance centímetro a centímetro hacia él sino concentrarse esquemáticamente para ahondar en unos cuantos puntos-claves que tengan entre sí un nexo estratégico y que, así, dentro de su diversidad, se hallen íntimamente unidos.

### III

La tercera característica original de la tesis de Riva-Agüero publicada, conviene repetirlo en 1910, es la de que en su epílogo lleva —a diferencia de la generalidad de las obras sobre historia de la historiografía— el planteamiento de un ideal para esta última, proyectado hacia el futuro.

Riva-Agüero pudo proclamar, en armonía con una de las tendencias dominantes en su época y como legítima reacción contra el peligro endémico representado entonces, como ahora, por los intrusos y los aficionados, la necesidad del eruditismo puro, la conveniencia técnica de, sobre todo, buscar, reunir y explotar documentos de primera mano y encontrar la sucesión cronológica de los hechos auténticos. Comprendió, sin embargo, que toda esa labor, que ha sido llamada "filológica", implica laborar con los materiales que han de componer luego la historia, pues ésta no es erudición sin pensamiento y sólo existe cuando hace lo que Droysen llamaba "die Frage", la pregunta historiográfica que implica, por encima de los datos escuetos

y yuxtapuestos, una orientación y un camino en el "comprender indagando", en el señalamiento de una inteligencia y un juicio del drama humano. Propugnó no las colecciones certificadas de noticias de hecho por la vanidad de reunir las, sino obras que fueran pensamiento verdadero acerca del pasado en su proceso efectivo y fundamental. Dejó diseñada la idea de una historiografía genuina, atractiva por su belleza y su hondura pero erizada de dificultades que requería prolijos estudios metodológicos, prolongadas investigaciones de fuentes y, a la vez, sentido panorámico y orgánico y mucha finura y objetividad en el pensamiento. Pidió a los historiadores peruanos, sobre todo, "espíritu filosófico y sintético, profundidad y arte de composición", imaginación y entusiasmo, primores del estilo y del ingenio, pero subordinadas todas estas dotes a un superior objeto y canalizadas en provecho colectivo, depuradas por la crítica y regidas por el noble yugo de la verdad". Agregó que "la obra de nuestros historiadores ha de ser así, a la vez, de entusiasmo y de crítica, de amorosa evocación y de severa censura"<sup>(15)</sup>.

Se colocó, pues, lejos de quienes convierten a la historia (como ya dijo Sir Maurice Powicke) "en una pedantesca cacería en pos de lo insignificante" y olvidan (según las palabras de Philip Guedella) que "ha de llegar el día en que la hebra del erudito halle el lugar que le corresponde en el tapiz del historiador". La idea de que la historia es una faena de ladrillos y morteros manipulados por ejércitos de diligentes peones de albañil rodeados de documentos, no está de acuerdo con el público que no quiere conocer hechos inconexos sino llegar a saber cuál es la trama de la historia, "de qué se trata" en ella, descubrir su sentido. Naturalmente, esto no implica que podemos pasarnos sin ladrilleros pero sí que "el edificio de

---

(15) p. 499 y 507 en la presente edición.

la historia requiere también un arquitecto que vea y entienda el plano"<sup>(16)</sup>. "Los historiadores (ha escrito un gran historiador inglés contemporáneo, Geoffrey Barraclough) fruncen el entrecejo, gruñen y fustigan a cualquiera en cuanto que alguien intenta examinar el curso entero del pasado, cuando esto ocurre en seguida comienzan los eruditos a criticar severamente los errores que descubren en aquellos puntos particulares que caen dentro de su magra parcela de especialidad, errores en que puede haber incurrido el escritor criticado cuando, en su largo peregrinaje por el espacio y por el tiempo, atraviesa la parcela cultivada por historiadores profesionales, quienes olvidan que el escritor que intenta interpretar la vida entera de la humanidad está haciendo algo que el gremio historiador no se atreve a emprender".

En el otro extremo de las obras eruditas están las que llevan a cabo generalizaciones fáciles, tanteos pseudo-sociológicos o pseudo-filosóficos o pseudo-literarios, cómodos recorridos imitando al gato con las botas de siete leguas, apresuradas síntesis, doctrinas acomodaticias. Allí suelen esconderse la pereza para los lentos trabajos, la superficialidad o la frivolidad más o menos mal ocultas, el afán de lucro, la vanidad presuntuosa, intereses políticos o de camarilla o, a veces, hasta pasiones inconfesables. Obvio es decir que Riva-Agüero no quiso nada de eso para la verdadera historia del Perú.

Parece Riva-Agüero en esta tesis juvenil haber propugnado (y haber hecho entonces, por su parte, con el ejemplo) la obra grande planteada sobre la negativa a diseminarse avara o morosamente en una serie de cautos aciertos parciales. "Mientras más libros leemos, más nos damos cuenta de que la verdadera función del escritor es

---

(16) Esto y lo siguiente en Geoffrey Barraclough, *La historia desde el mundo actual*, Madrid, Revista de Occidente, 1959, p. 274-275.

producir una obra maestra y que todas sus demás tareas carecen de importancia. Por más evidente que esto nos parezca, pocos son los escritores dispuestos a reconocerlo y, si lo reconocen, a dejar a un lado la obra de iridiscente mediocridad en que se hallan embarcados"<sup>(17)</sup>.

Dentro de la vasta repercusión que otorgó a la historiografía deseable, Riva-Agüero no debió preferir, sin duda, cuando escribió las páginas finales de *La historia en el Perú*, a las producciones dedicadas sólo a los especialistas, a otros eruditos, a un reducido círculo. Si conoció libros como la *Historia romana* de Theodor Mommsen, debieron encantarle no sólo por su erudición sólida, cimiento de toda producción perdurable, sino por su saber multifacético, su vitalidad desbordante, su aptitud perenne para atraer a un vasto número de lectores.

Dichas obras requieren, por cierto, un caudal considerable de datos, cuanto más nutrido mejor. Pero no pueden aspirar a la cualidad sobrehumana de reunir todas las informaciones. Por fuerza, tienen que ser limitadas y perfectibles, sujetas al error y a la omisión. El anhelo de reunir un máximo de noticias objetivas e irrefutables puede llevar a la esterilidad, como fue el caso del historiador inglés Acton con su proyectado y nunca escrito tratado acerca de la idea de la libertad; él vivió en sí mismo lo que dijera del alemán Döllinger: "Rehusó escribir si disponía de materiales imperfectos y para él los materiales eran siempre imperfectos"<sup>(18)</sup>.

No dijo Riva-Agüero si, en su concepto, una sola persona debía escribir la historia general del Perú, la de todas las épocas. Parece difícil que se puedan reunir hoy las aptitudes y los conocimientos relacionados con los

---

(17) Cyril Connolly, "La tumba sin sosiego", cit. por Hernando Valencia Goenkel en "El Cónsul", Eco, Bogotá, mayo de 1964.

(18) Cit., por Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century*, Londres, Longmans Green, 1913, p. 385.

siglos desde la aparición del hombre en nuestro suelo hasta el complejo siglo XX y con todos los enmarañamientos que, ya en el campo histórico propiamente dicho, llevan en si las especialidades política, económica, social, cultural, artística, religiosa, científica, técnica, etc. Esto, para hablar de una historia sólo basada en el material disponible, original, secundario o crítico. F. M. Powicke, eminente historiador inglés contemporáneo, ha escrito: "Dudo que cualquiera persona que abarque cualquier periodo de la historia europea o mundial a partir del siglo XI, pueda escribir un libro auténticamente grande para un lapso mayor de cincuenta años y, si intenta una historia completa de un solo país o un aspecto importante de la vida social, más de un siglo"<sup>(19)</sup>. Powicke no niega que algunos libros importantes o sugestivos hasta en historia universal se hallan dentro de la capacidad de algunas raras personalidades. Pero a estos trabajos los califica más bien como en sayos sobre historia.

La producción historiográfica peruana que Riva-Agüero auspició en su tesis, seguramente debía empezar por tener carácter narrativo. Si los hechos más importantes (o, por lo menos, muchos de ellos) no se han aclarado y ordenado ¿cómo van a poder efectuarse bien las interpretaciones? Muy distinto es el caso de los países europeos donde abundan esos trabajos de rastreo y definición previos. El desprecio de autores contemporáneos como Lucien Febvre<sup>(20)</sup> por la historia que ellos llaman "acontecimienta" se explica en aquel denso clima de cultura. Pero de los hechos hay que ir, cuando sea necesario, a las in-

---

(19) F. M. Powicke, *Modern historians and the study of History*, Odham Press Limited, Londres, 1955, p. 202. La historia en el Perú contradice la afirmación de Powicke al tratar con competencia temas que van desde el origen de la cultura en el Perú hasta la guerra con Chile.

(20) Lucien Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, Armand Colin, 1953, pp. 3-44.

interpretaciones. Por otra parte, la historia que ha de hacerse no puede cerrar los ojos ante la política que tanto influye en la vida de nuestros pueblos y hasta en el existir privado y tan absorbente espacio ocupa en las inquietudes, en la existencia, en los puntos de vista y en las pasiones de tanta gente. Sin embargo, y a pesar de todo, la historia genuina ha de versar no sólo sobre el Estado y sobre los personajes, a veces intrínsecamente inferiores a otros de sus contemporáneos, que en él pululan, sino sobre el proceso jurídico, legislativo, administrativo, social, hacendario, técnico, económico, religioso, cultural y artístico. Los que sólo se detienen en los focos políticos y diplomáticos olvidan planos de enorme importancia en la realidad cotidiana y en el destino del pueblo, de la sociedad y del mundo. Por lo demás, a propósito de la historia diplomática, ella hoy tiende a ser abierta a los elementos de interpretación que le pueden ser aplicados, incluyendo, como es natural, la acción de los hombres de Estado y la de los funcionarios del ramo pero también el estudio de las ideas y sentimientos nacionales, de las pasiones y de las representaciones colectivas, de las imágenes que un pueblo se forma de otro, de la presión de las fuerzas financieras, económicas o demográficas<sup>(21)</sup>. Pero, al mismo tiempo, el ritmo precipitado de las transformaciones materiales, el desarrollo incesante de la técnica, la gravedad de las crisis, la irrupción en la vida cotidiana de los problemas de inflación y fluctuaciones internacionales, arrastran a la historia de nuestro tiempo al campo económico<sup>(22)</sup>. No deja de tener una influencia, directa o indirecta, el

---

(21) Pierre Renouvin, "L'histoire contemporaine des relations internationales. Orientations de recherches", *Revue historique*, París, abril de 1954, t. CCXI, pp 233-255. Pierre Renouvin ha publicado, junto con Jean-Baptiste Duroselle el libro *Introduction a l'histoire des relations internationales*, París, A. Colin, 1964

(22) Ni Mendiburu ni Paz Soldán otorgaron la debida importancia al factor económico, singularmente preterido en nuestra historiografía. Ha faltado en ella, por lo demás, una tradición "populista" o socializante.

marxismo, pero, además, ejerce su acción el desarrollo de las llamadas "ciencias humanas". Hoy se otorga, asimismo, renovado valor a la historia de las ideas, de la sensibilidad, de la mentalidad, de lo social en sus múltiples fases; y con todo ello se complica y se enriquece el trabajo del historiador. Y casi se está convirtiendo en un lugar común hablar de "la pluralidad del tiempo social" después de que Fernand Braudel planteó en 1949 en su obra maestra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* que, al lado de "la espuma" de los acontecimientos guerreros y políticos, hay que considerar las lentas transformaciones de las estructuras económicas, sociales o culturales y también las más largas permanencias de la "geo-historia". El mismo autor se ha encargado de insistir, después de varios años en "el valor excepcional del tiempo largo". Pero él también ha advertido que la historia es la suma de todas las historias posibles y que sería un error escoger una de ellas con exclusión de las otras<sup>(23)</sup>. Y, en otra oportunidad, ha dicho que todas las puertas son buenas para tener acceso al suelo múltiple de la historia. "Cada historiador abrirá aquella que él conozca mejor. Más si quiere ver tan lejos como sea posible, necesariamente encontrará otra puerta y después otra... Cada vez se hallará ante un paisaje nuevo y ligeramente diferente. La historia en si los reúne todos, ella es el conjunto de esas vecindades, de esas interacciones infinitas. Por eso no puede ser concebida sino en la "n" dimensión porque, en esencia, es pluri-dimensional. También la vida es múltiple y es, asimismo, una<sup>(24)</sup>.

En uno de los capítulos iniciales de su *Estudio de la historia* Arnold Toynbee lanza un fiero ataque a los his-

---

(23) Fernand Braudel, "Histoire et Sciences sociales", *Annales*, Paris, octubre de 1958, pp. 725-753.

(24) Fernand Braudel, "Sur une conception de l'Histoire sociale", *Annales*, Paris, abril-junio de 1959, p. 318-319.

toriadores nacionalistas y niega que la historia de un país cualquiera pueda ser por sí sola un "campo histórico inteligible". Para probar su argumento presenta el caso de Inglaterra, cuya vida a través del tiempo no gira alrededor de sí misma sino que se manifiesta como fragmento de algo más amplio sobre lo cual tenemos que tomar una vista panorámica si queremos, en efecto, entender lo que ha sido y es la historia de la nación inglesa. De esa manera aparecen descolantes episodios como la conversión al cristianismo, la invasión de los normandos que fue como la penetración del continente europeo en las islas británicas, el feudalismo, la influencia del Renacimiento, originario en Italia, la Reforma cuyo foco estuvo en el norte de Europa, la expansión ultramarina a que Inglaterra fue obligada por Portugal, España y Holanda, la implantación del sistema industrial y el régimen parlamentario que serían ininteligibles si no se explican como reacción peculiar inglesa dentro de la coexistencia occidental<sup>(25)</sup>. Ortega y Gasset, al comentar esta tesis de Toynbee, puso el ejemplo de la hoja que no es un todo sino parte de un todo que es el árbol<sup>(26)</sup>.

Cuando Riva-Agüero propugnó una historia del Perú hecha por los historiadores peruanos no quiso decir, sin duda, que tuviéramos un criterio aldeano ("parroquial" lo llama Toynbee) que nos enclaustráramos y olvidáramos el marco o el escenario más amplio dentro del que nuestro existir colectivo se ha desarrollado y de donde han venido y siguen llegando fundamentales influencias. Nunca dijo que el Perú fuera o hubiese sido una isla amurallada y si pidió que se le estudiara bien, no agregó que se prescindiera de las relaciones funcionales o relacionales con otros

---

(25) Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, Londres, Oxford University Press, 1951, v. I. p. 17-26.

(26) José Ortega y Gasset, *Una interpretación de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1960, p. 54-56.

centros cercanos o distantes. Pero el llamado hacia un nacionalismo histórico, con esa advertencia, no podía ser sino sano por muchas razones. Una de ellas, la de que, si conocemos de veras de dónde venimos y quiénes somos, hemos de mirar con más claridad el presente. Sobre esto más se dice en seguida. Otra razón es que la visión del universo nacional nos liberta, de un lado, del cerrado localismo o regionalismo (se ha usado, no hace muchos años, la época preinca para contraponer la sierra a la costa y exaltar los méritos de aquélla) y, por otra parte, nos aleja de los peligros invivitos en la actitud mental de emigrar, de expatriarse, de descastarse. Y no ha de ser omitida, además, la circunstancia de que no hay o son muy escasas, en Lima y en otras ciudades nuestras, las fuentes sobre la historia no peruana. Todo lo cual no excluye que los historiadores peruanos jóvenes puedan aportar contribuciones propias sobre asuntos tales como las cuestiones metodológicas, técnicas o teóricas de la historia en general, los problemas que son comunes o similares con los de otros países y (sobre la base de que existan debidamente capacidad, preparación, sentido de lo esencial y acceso a la información adecuada) los grandes temas de la historia americana y universal por desgracia tan abandonados entre nosotros<sup>(27)</sup>.

La historia es "la suma de los posibles que han sido realizados". Su estudio ofrece un método original para el conocimiento del hombre no a través de leyes abstractas o intemporales sino por la observación de lo singular y de

---

(27) El obstáculo esencial con que se tropieza para este tipo de estudios es la indiferencia o desgana del público en relación con ellos. El autor del presente prólogo lo sabe por experiencia, pues en un libro escrito en 1934 y publicado en Barcelona en 1942 intentó hacer una historiografía "de área" al tratar con un sentido funcional del Perú, Chile y Bolivia y en *Los fundamentos de la historia del Derecho* (Lima, 1956) entró en el terreno teórico y metodológico y en el de la historia comparada; este difícil esfuerzo no fue percibido y apreciado como lo demuestra el silencio de sus comentadores o críticos.

lo sucesivo, de aquello que está fijado en un punto determinado del espacio y del tiempo<sup>(28)</sup>. Pero esa suma puede ser vista ya sea como un conjunto de elementos variables (hechos, personajes) o como una serie de constantes (instituciones, estructuras). En el Perú la historia debe decirnos, sobre todo, de dónde venimos, quiénes somos. Y sobre este punto tuvo Riva-Agüero en 1910 aciertos indudables. En el libro aquí reeditado afirmó que los orígenes de la nacionalidad eran "más profundos y remotos que la declaración de la independencia". "La nacionalidad peruana no estará definitivamente constituida (expresó) mientras en la conciencia pública y en las costumbres no se imponga la imprescindible solidaridad y confraternidad entre los blancos, mestizos e indios. No hay raza de las que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él que puedan considerarse ajenos a nuestra idea de patria y cuyo olvido o desprecio no enflaquezca o menoscabe el sentimiento nacional"<sup>(29)</sup>.

Así esbozó una tesis acerca de la cual un sector de la historiografía más reciente, sobre todo a partir de 1942, ha polemizado: no somos una infra o sub-España pero tampoco hay que repetir aquí con los blancos la expectoración hecha hace poco con los franceses en Argelia. Las cavilaciones historiográficas acerca de nuestro ser colectivo pueden, pues, ofrecer una clave frente a los estallidos sociales del futuro.

En todo caso, Riva-Agüero entendió en 1910 que la historia puede ser una respuesta al problema de la causalidad, a la cuestión de saber cómo se ha llegado al estado actual de las cosas, "por qué razones el mundo está hecho

---

(28) Joseph Hours, *Valeur de l'histoire*, Paris, Presses universitaires de France, 1954, p. 78 y 84.

(29) p. 505 y 506. Véase la nota 42.

como se encuentra ante nuestros ojos"<sup>(30)</sup>. La mayor parte de quienes leen los escritos históricos no se acercan a ellos como historiadores potenciales, sino como ciudadanos y como hombres. El historiador, sobre todo en nuestro tiempo tan convulso, puede tener como una de sus responsabilidades primarias "la relación de su tema con los grandes problemas de la vida contemporánea, de suerte que si su inmediato cometido es conducir su auditorio "hacia el pasado" puede ayudar a que ese auditorio, esto es los ciudadanos y los hombres de ahora tengan una visión del presente"<sup>(31)</sup>. Por ello, sin duda, Riva-Agüero propugnó una historiografía que no pintara al Perú "adornado de fingidas excelencias, suponiéndole imaginarias virtudes, abultando sus buenas cualidades" y encubriendo "por sistema las manchas y miserias de su triste pasado y de su poco venturoso presente"<sup>(32)</sup>. Rechazó así la historiografía con almibar que a veces aparece en nuestro medio, tan indeseable como la tremebunda condena sin atenuantes, del pasado en la que insistió tanto González Prada cuya huella suele reaparecer en algunos escritores de nuestros días.

Son muy importantes los datos y las observaciones de Riva-Agüero acerca de las primeras culturas peruanas, las anteriores a los Incas, pero como se ha anotado ya, las investigaciones en este campo avanzan muy aceleradamente. Los arqueólogos han ensanchado y siguen ensanchando en espacio, tiempo y hondura lo que puede llamarse el

---

(30) G. Barraclough, ob. cit. p. 31-38. El presente aclara el pasado, es el testimonio más rico del propio pasado, nuestro primer documento original. ("Aporte para una discusión metodológica en el estudio de la historia de América Latina "por Alberto J. Pla, *Universidad*, Santa Fe, República Argentina, N 62, octubre-diciembre de 1964, p. 71).

(31) Unas sagaces advertencias sobre la necesidad de entender este concepto con un sentido prudente, en J. Hours, ob. cit. p. 81-82. Comparar con G. Barraclough, ob. cit. p. 40.

(32) p. 507 en la presente edición.

ámbito del pasado indígena. Así ha ocurrido también en México, Guatemala, Honduras y otros países; y ese ha sido, por cierto, el caso en la sierra andina, en la selva y en la costa. Tenemos hoy como un botín de maravillas y de problemas que no percibieron ni Uhle, ni Tello, ni Riva-Agüero. La cronología de esa lejana historia se prolonga mucho más en el pasado de lo que suponían los sabios de hace algunas décadas o lustros<sup>(33)</sup>. La inicial América resulta ya casi tan milenaria como las civilizaciones orientales. El rescate de culturas subterráneas ostenta no sólo un valor histórico sino también social, cultural y estético. Y algunas de las corrientes profundas del arte y de la psique contemporáneos nos preparan a la comprensión de nuestros restos arcaicos mejor que las edades neoclásicas y racionalistas en que vivieron otras generaciones en el mundo. Símbolos, sueños y creaciones de nuestro angustiado tiempo se emparentan con los que suelen aparecer en el milagro del arte lítico, o metalúrgico, o textil o cerámico de épocas lejanas que nos dicen, con muda elocuencia, de la vivencia cósmica de los mitos germinales y nos hablan también de los misterios de la etnología, así como de la habilidad extraordinaria en las manos y en los espíritus de una raza que no puede ser considerada inferior sino, por el contrario, privilegiada.

Hay otro factor básico de nuestra época que contribuye a que pueda hacerse una más cabal valoración de las culturas aborígenes andinas. El mundo ha cambiado en su dimensión. El acortamiento de las distancias, la multiplicación de los contactos, la inter-relación de los problemas, el choque de los imperialismos, el ocaso de los imperios tradicionales, la muestra a veces trágica de fallas

---

(33) Ahora están, en parte anticuados el libro de J. Alden Mason *The Ancient Civilisations of Peru* cuya primera edición fue de Londres, Penguin, 1957 y el de G.H.S. Bushnell *Le Pérou* publicado en la colección *Mondes anciens* de Arthaud (Paris, 1958).

o lacras en la cultura occidental, el avance de ciencias como la arqueología, la etnología, la sicología social, la sociología y otras han hecho poco a poco necesaria una toma de conciencia nueva de viejas y flamantes solidaridades. Con retardo, entre recelos y esfuerzos fallidos, la historia general va dejando de ser "europeo-centrista", es ya de las culturas y no de la cultura, se esfuerza en comprender los destinos del mundo.

La versión que Riva-Agüero suministró acerca de los Incas está de acuerdo, en lo sustancial, con la de los mejores comentaristas extranjeros contemporáneos: John H. Rowe, Alfred Métraux, Hermann Trimborn<sup>(34)</sup>. Cabe sin embargo, examinar con cuidado frases como la siguiente en *La historia en el Perú* en su presente texto: "... que ese ideal de tranquilidad en la servidumbre que era el incaico ha sido hasta nuestros tiempos el de casi todas las grandes sociedades: el de los imperios asiáticos, el del imperio romano, el de las monarquías absolutas dondequiera, y que, por desdicha, a una organización no muy desemejante se inclina el mundo contemporáneo con el socialismo y la centralización"<sup>(35)</sup>. En la referencia de "casi todas las grandes sociedades" hay una negación demasiado enfática de la tradición liberal en la historia, de eso que Benedetto Croce llamó "la historia como hazaña de la libertad". La comparación entre el imperio de Marco Aurelio y el de

---

(34) El enjundioso y documentado estudio de John H. Rowe titulado *Inca culture* apareció en el *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Washington, vol. 2, 1946, p. 183-330. Alfred Métraux dejó un libro breve y claro: *Les Incas*, Paris, Editions Du Seuil, 1963. Trimborn tiene trabajos dispersos en revistas especializadas alemanas. Del libro muy conocido de Louis Baudin *L'Empire socialiste des Incas* (Paris, Institut d'ethnologie, 1928) dice Métraux que no corresponde a las exigencias de la etnología moderna y de *La vie quotidienne des Incas* (Paris, Hachette, 1959) afirma que es simplista. Tampoco aprueba la obra de Raphael Karsten *La Civilisation des Incas* (Paris, Payot, 1952). La última obra de Baudin fue *Les Incas* (Paris, Sirey, 1964), distinta en su plan a las anteriores que escribió sobre el mismo tema.

(35) p. 181 en la presente edición.

*Atabualpa responde a algunas similitudes notorias, aunque Riva-Agüero, eximio romanista, no explicó cuál podría haber sido el equivalente del Derecho romano dentro de las relaciones privadas o individuales de los llacta-runas o súbditos comunes del Tahuantinsuyo entre sí. Y si bien el mundo del siglo XX va lentamente, entre diversas alternativas, hacia el socialismo, el hecho de hacer un ligamen entre este fenómeno de nuestra época o del futuro con los Incas, personajes de los siglos XI a XVI, pone a Riva-Agüero aquí en curiosa armonía con una pléyade de escritores de izquierda, empezando por José Carlos Mariátegui. Pero del seno del marxismo ortodoxo surgió la rectificación a esta tesis, V. Miroshevsky en su artículo titulado "El populismo en el Perú" publicado en la revista Dialéctica de La Habana, después de resaltar el despotismo estatal y el régimen de casta de los Incas, afirmó: "Toda la "explicación" del régimen social inca hecha por Mariátegui está basada en hechos alterados, en fantasías. Es realmente un agradable cuento de lo inexistente"<sup>(36)</sup>. Y agregó: "Lo original en el planteamiento mariateguista es que Mariátegui, para fundamentar su afirmación del carácter socialista de la revolución inmediata en el Perú, apela a argumentos que parten del romanticismo nacionalista, de la idealización del régimen social inca, de la fetichización "populista" de la comunidad campesina"<sup>(37)</sup>.*

Por lo demás, Riva-Agüero habría tenido considerable interés si hubiese conocido la reciente obra del sociólogo alemán Karl A. Wittfogel que utiliza unos textos olvidados de Karl Marx sobre la formación de los gobiernos que

---

(36) V. Miroshevsky, "El populismo en el Perú" en *Dialéctica*, revista continental de teoría y estudios marxistas, año I, vol. I, mayo-junio de 1942, p. 53. Lo que el autor del presente prólogo piensa de este asunto está en *La multitud la ciudad y el campo en la historia del Perú* p. 23-25 en la edición de Editorial Huascarán, Lima, 1947 y en el artículo "Marx y Pachacutec" publicado en el Nº 1 de *Nueva Revista Peruana*, agosto de 1929.

(37) V. Miroshevsky, cit. p. 56.

este último filósofo llamara de "despotismo asiático" para disertar acerca de las "civilizaciones hidráulicas" erigidas originariamente sobre el dominio del agua con el fin de imponer una autoridad respetada y una administración eficiente y bien organizada a cargo de grandes trabajos públicos, es decir un Estado más poderoso que la sociedad<sup>(38)</sup>.

En todo caso, la piedra de toque para juzgar acerca de la buena fe y de la integridad de Riva-Agüero en relación con la cultura inca es su perentorio rechazo de las informaciones que mandó realizar el virrey Toledo, en cuanto no aludieron a la "historia de hecho", "externa y formal". "Si se pasa a las noticias y apreciaciones sobre la condición de los indios bajo el cetro de los Incas (dice Riva-Agüero en el presente libro), sus instituciones políticas, moralidad y costumbres... el crédito de dichas informaciones decrece hasta el extremo de que no vacilamos en declarar que todo historiador imparcial y sagaz debe tenerlo por escasísimo y casi nulo. Obvia es la razón: no se hicieron las informaciones con el noble propósito de allegar materiales para la ilustración histórica, se hicieron para obedecer a un interés mezquino y torpe, que inducía a achacar a los Incas todo género de tiranías y desmanes..." "Para acallar los remordimientos de Su Majestad Católica y de los conquistadores, para refutar a toda costa las doctrinas del Padre Las Casas, no titubearon el Virrey y sus ministros en falsear los hechos y en arrancar a los atemorizados declarantes las deposiciones que parecieron más convenientes para el fin perseguido. Hubo coacción clarísima, aunque no material"<sup>(39)</sup>.

Raúl Porras Barrenechea ha señalado, sin embargo, una evolución en la actitud crítica de Riva-Agüero acerca

---

(38) Karl A. Wittfogel, *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*. New Haven, Yale University Press, 1957, p. 25 y *passim*.

(39) Véase las páginas 169-171 de la presente edición.

del Incario, desde su polémica con González de la Rosa y su juicio sobre la primera parte de los Comentarios Reales en la primera versión de *La historia en el Perú* (que, más o menos, ratificó en el elogio de Garcilaso en 1916 y en *El Perú histórico y artístico*, libro publicado en 1921) para empezar a cambiar en 1934 y acentuar esta tendencia en sus lecciones de 1937 en la *Universidad Católica sobre la civilización incaica*<sup>(40)</sup>. A pesar de sus reservas, termina por aceptar en algunos puntos la versión bárbara y grandiosa de la *Historia Indica de Sarmiento de Gamboa en la que hay, a veces, ecos de los antiguos hayllis o cantos de triunfo*. El punto de partida para tan importante evolución está en el discurso que pronunció en 1934 al conmemorarse el IV centenario del Cuzco español. Otro testimonio capital de su pensamiento de entonces es su prólogo al libro de Horacio Urteaga sobre el Imperio. Pero, conviene repetirlo, la visión madura y final "la alcanza Riva-Agüero (dice Porras) en el libro *La Civilización Peruana. Epoca Prehispánica* (1937) en el que el contenido de la crónica de Sarmiento de Gamboa se absorbe íntegramente en el relato de los hechos externos y en el que predomina ya la versión de un Imperio rudo, belicoso y sangriento. El testimonio de Garcilaso ha ido perdiendo autoridad en su ánimo para lo que se refiere a la índole pacífica del colosal imperio andino. La realidad, dice ahora, aparece en Garcilaso "idealizada y edulcorada"... La reacción contra la tesis garcilacista es completa"<sup>(41)</sup>.

---

(40) Raúl Porras Barrenechea, "Riva-Agüero y la historia clásica" en *El Comercio* del domingo 24 de octubre de 1954. Reproducido en el libro *Homenaje a Riva-Agüero* publicado por el Instituto Riva-Agüero en 1955. Véanse, sobre todo, las páginas 108 a 126 de dicho libro. Son los mismos conceptos que expresa Porras en su libro *Fuentes históricas peruanas*.

(41) Ob. cit. p. 120. Porras agrega, entre otras cosas: "Una última variación interesante se produce en el ánimo de Riva-Agüero con relación a las calidades anímicas de los habitantes de Costa y Sierra que han agudizado al-

Se ha afirmado que Riva-Agüero "idealiza y glorifica la Colonia buscando en ella las raíces de la nacionalidad". Se ha llegado a decir también: "el pasado para esta generación no es muy remoto ni muy próximo, tiene límites definidos: los del Virreinato. Toda su predilección, toda su ternura son para esta época. El pensamiento de Riva-Agüero a este respecto es inequívoco. El Perú, según él, desciende de la Conquista, su infancia es la Colonia"<sup>(42)</sup>. Nada de eso aparece, sin embargo, en La historia en el Perú y ya han sido presentadas las pruebas de que el pensamiento de Riva-Agüero entonces fue asaz distinto. En ese libro habló, por ejemplo, del "refinamiento colonial, infantil, vano y vacío" de la Lima de los reyes austriacos y de Felipe V, para agregar que fue "una nueva Bizancio, una Bizancio pálida y quieta"<sup>(43)</sup>.

Hay una manera ladina de ensalzar el pasado colonial sin los riesgos de las afirmaciones beligerantes. Es el esfuerzo para presentarlo como una realidad colmada y estudiar sus hechos y sus personajes en una actitud consciente

---

gunos complejos provinciales. En 1910 Riva-Agüero comulgaba en el desdén de los Incas y de los cronistas españoles primitivos por los yungas, ruines, sucios y despreciables. "El Imperio incaico —dice— coincidió con el debilitamiento y degeneración de las razas del litoral". Los Incas, agrega, los mantuvieron en pie de dependencia y desigualdad. En 1921 coopera todavía a la leyenda de la endebles intelectual y moral de los costeños... Pero en su *Civilización Peruana* (1937), al estudiar la influencia del clima sobre el hombre y la reacción vencedora de éste sobre el medio físico, declara que la influencia deprimente que se atribuye al clima costeño sobre este hombre es "menos enervante de lo que sostiene cierta literatura rutinaria, estragada y perniciosa, detestable por cursi y malévola" (p. 125).

(42) José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Editorial Minerva, 1928, p. 205 y 206. Véase la nota 29.

(43) Véase p. 257 en la presente edición. Sin embargo, en 1933, Riva-Agüero escribió en su discurso con motivo del centenario de Ricardo Palma: "Tenía en el corazón el apego a los pasados tiempos y, muy particularmente, a los del Virreinato, que marcaron nuestro apogeo. Si reconocía y señalaba, como toda persona sensata, sombras y vicios en ese pasado, daba a entender a las claras, o con reticencias expresivas, que alcanzó mayor felicidad que lo presente, y que aquellas sombras fueron menores y más clementes o mitigadas, de lo que se ha pretendido". (*Obras completas*, v. II, p. 421)

o subconscientemente reverencial o adulatoria. Riva-Agüero no adoptó esa táctica en *La historia en el Perú*. Tuvo dominio amplio de los temas que trató, pero su conocimiento detallado no lo llevó a los embellecimientos ni a las hipérboles. Trató aquí, como a lo largo de todo el libro, de ser objetivo hasta el extremo de parecer a veces frío.

Sobre la nobleza colonial, con la que estaba unido por tantos vínculos, no escatimó los juicios severos, sobre todo al ocuparse de su actuación durante la época de la Independencia. Reconoció su "apatía e ignorancia" aunque palió estos calificativos en consideración a las características comunes del país<sup>(44)</sup>. "Mereció su caída (dice en seguida) pues se arruinó por carencia de prestigio, energía y habilidad", para vituperar luego a "los brutales y rapaces pretorianos que la reemplazaron de pronto" y a "la oligarquía financiera y mesocrática que hoy ocupa su lugar... tan débil e inepta como ella"<sup>(45)</sup>.

Aquí demuestra Riva-Agüero, con energía dramática, que bien podía cumplir las funciones libérrimas de la "inteligencia socialmente desvinculada", la "freischwebene Intelligenz" de que han hablado Alfred Weber y Karl Mannheim<sup>(46)</sup>; en otras ocasiones, sin embargo, plantea lo que

(44) Véase p. 434 en la presente edición.

(45) Véase p. 436 en la presente edición. En "Excursión a Quinua y al campo de batalla", capítulo XI de *Paisajes Peruanos*, escribió "Por bajo de la ignara y revoltosa oligarquía militar, alimentándose de sus concupiscencias y dispendios, y junto a la menguada turba abogadil de sus cómplices y acólitos, fue creciendo una nueva clase directora, que correspondió y pretendió reproducir a la gran burguesía europea. ¡Cuán endeble y relajado se mostró el sentimiento patriótico en la mayoría de estos burgueses criollos! En el alma de tales negociantes enriquecidos ¡qué incomprensión de las seculares tradiciones peruanas, qué estúpido y sádica desdén por todo lo coterráneo, qué sórdido y fenicio egoísmo! Para ellos nuestro país fue, más que nación, factoría productiva; e incapaces de apreciar la majestad de la idea de patria, se avergonzaban luego, en Europa, con el más vil restacuerismo, de su condición de peruanos, a la que debieron cuanto eran y cuanto tenían. Con semejantes clases superiores nos halló la guerra de Chile; y en la confusión de la derrota acabó el festín de Baltasar". (*Paisajes Peruanos*, Lima, Santa María, 1955, p. 188).

podría llamarse una "historiografía conservadora peruana", como, por ejemplo, cuando aboga a favor de la implantación de la monarquía en los primeros tiempos de la Emancipación.

"Son los historiadores los guardianes de la memoria colectiva de la humanidad", ha escrito Pieter Geyl. "Pero hay que admitir que ellos con frecuencia usan (o abusan) su guardianía para contribuir a crear las leyendas con las que reemplazan a la realidad y muchos son los grandes escritores de historia cuya inmediata influencia sobre sus contemporáneos y en los asuntos del mundo ha sido debida, más que a otra cosa, a los aspectos legendarios o míticos en la presentación de su materia. Pero la crítica nunca sucumbe, el debate sin fin que es la historia jamás entra en reposo y, por cierto, la labor de desvanecer la leyenda y de exhibir el mito es la labor que el historiador profesional de hoy debe considerar como su contribución especial a la sociedad y a la civilización, un aporte en favor de la cordura, la claridad de visión, el elevado sentido de la individualidad, el equilibrio y la moderación en el juicio"<sup>(47)</sup>.

#### IV

No es éste el lugar para indicar discrepancia con las opiniones formuladas en *La historia en el Perú*. El autor de las presentes líneas ya señaló algunas, en vida de Riva-Agüero, como las que atañe a la tesis monarquista de éste y a su fervor irrestricto por la Confederación Perú-Bolivia-

---

(46) Sobre el significado de estas palabras, véase J. Basadre, prólogo al libro de Francisco García Calderón. *En torno al Perú y América*, Lima, Mejía Baca y Villanueva, 1954, p. XXXII y XXXIII.

(47) Pieter Geyl, *Debates with historians*, Londres, Collins, The Fontana Library, 1962, p. 278.

na<sup>(48)</sup>. Estos reparos están compensados, por lo demás, por la similitud en el juicio acerca de otros asuntos, como por ejemplo la Dictadura de Piéróla, a propósito de la cual Riva-Agüero se enfrentó con valentía a ideas y sentimientos familiares.

Tampoco es pertinente señalar los vacíos que resultan aclarados por la historiografía más reciente. El propio Riva-Agüero completó sus datos y asertos acerca de figuras como Garcilaso y Peralta<sup>(49)</sup>.

Las páginas dedicadas al Inca en la historia en el Perú fueron, como es reconocido unánimemente, el punto de partida para un hecho trascendental: el redescubrimiento de esta figura que no sólo es señera en la historiografía sino numen tutelar de la nacionalidad<sup>(50)</sup>.

Está explícitamente aclarado en el presente libro que se trata de una nueva edición, la tercera, revisada y corregida. El texto no es, pues, siempre el de 1910. Es lícito a todo autor hacer enmiendas en sus originales primitivos, aunque en algún caso no falten los malvados que lo consideran como un delito. A veces ellas provienen de nuevas investigaciones, o también de enriquecimientos en los puntos de vista; y tampoco faltan las variantes en los juicios de acuerdo con las lecciones de la vida, de la experiencia y de las circunstancias. Algún día habrá que ha-

(48) Véase en *La iniciación de la República*, Lima, Casa Editora Rosay, 1929, v. I p. 71-76, la defensa de la fórmula republicana frente a la ilusión monárquica. Acerca de la Confederación, el autor del presente prólogo ha manifestado que ella hubiera sido conveniente para el Perú en 1827 con Santa Cruz como mandatario de este país; pero que, al venir desde Bolivia, contradujo imperativos geográfico-político y acentuó la amenaza de la cisión del sur (La más reciente exposición de estos puntos de vista en *Historia de la República del Perú*, Lima, Ediciones Historia, 1961, v. I. p. 427-436).

(49) José de la Riva-Agüero, *Obras completas. II Estudios de literatura peruana. Del Inca Garcilaso a Eguren*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962, p. 1-62, 165-220 y 275-338.

(50) Véase Aurelio Miró Quesada Sosa, *El Inca Garcilaso*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1948 y *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso*, Lima, Centro de Estudios Histórico-Militares, 1955.

cer, en relación con todas las obras juveniles de Riva-Agüero, el análisis riguroso de lo que fueron estos cambios. Pero acaso dicha tarea necesita esperar que se terminen de publicar las obras completas, con el fin de poder primero abarcar integralmente lo que fue su pensamiento en la etapa final y definitiva de su vida.

## V

Una de las grandes falacias en la ambición de los historiadores en general ha sido la creencia en la perennidad de sus aportes. Hoy sabemos que ellos, por más que en un momento parezcan nuevos y valiosos, representan en buena parte valores transitorios, de corta duración. Luego, tarde o temprano, han de venir nuevos trabajos, nuevos enfoques, una nueva problemática, acaso un nuevo lenguaje. Para hacer ver la diferencia de criterio que acerca de este asunto prima ahora en relación con la época positivista, se cita el caso de las dos series de la Cambridge Modern History. En la presentación de la primera de ellas, Lord Acton escribió jactanciosamente en 1896: "He aquí una ocasión única de registrar la plenitud de los conocimientos que el siglo XIX va a legar. Si la ciencia histórica no ha llegado todavía a su fase última, sin embargo todas las fuentes han sido aportadas y todo problema es susceptible de solución". En contraste con esta idea monumental o estática de una "summa" de historia positiva, aparecen los objetivos más modestos que asigna Sir George Clark a los historiadores que hoy en su introducción a la New Cambridge Modern History en 1957. Reconoce Sir George que el trabajo de ellos es, sin cesar, sobrepasado porque el conocimiento del ayer, lejos de componerse de elementos inalterables, se renueva sin cesar, "la exploración parece sin fin" a punto de que los más

impacientes suelen incurrir en el escepticismo<sup>(51)</sup>. El más bello elogio que Lucien Febvre creyó hacer de un gran libro de uno de sus colegas y amigos más ilustres, Marc Bloch, fue decir que, al cabo de treinta años, había quedado totalmente inútil y rebalsado, todas sus conclusiones enmendadas por el progreso que él mismo suscitara<sup>(52)</sup>. La historia en el Perú ha superado el límite o barrera señalados por Febvre. Lo cual no impide que en este caso, como en el de todas las obras del género, tengan vigencia unas memorables palabras de Sir Maurice Powicke: "La ciencia histórica, como toda ciencia, no es nunca final. Jamás será posible que una persona pueda reunir todos sus materiales, porque ellos no pueden estar, íntegramente, al alcance de sus manos y de sus ojos. No todos los problemas pueden ser solucionados porque, al serlo, se revelan nuevos aspectos. El historiador abre el camino, no lo cierra"<sup>(53)</sup>.

Una de las cualidades básicas para la vigencia de una obra historiográfica es la riqueza documental. Otra corresponde a la hondura o la certeza o la integridad en el juicio. Pero no debe ser menospreciado, por otra parte, el brillo en el estilo. Hubo en el historicismo científico de fines del siglo XIX y hay todavía en algunos cultores de esta tendencia, un desprecio por la forma. De ciertos investigadores ingleses se ha dicho que, voluntariamente, escribían y escriben mal con la finalidad de parecer serios<sup>(54)</sup>. Pero todos los historiadores verdaderamente grandes han sido grandes artistas de la palabra. Aquí está el motivo por el cual Ranke y no Niebuhr es venerado como

---

(51) Citados por Francois Bédarida, "L'historien et l'ambition de totalité" en *L'histoire et l'historien. Recherches et débats du Centre Catholique des Intellectuel Français*. Paris, Librairie Arthème Fayard, 1964, p. 179.

(52) Lucien Febvre, *Combats pour l'Histoire* cit., p. 397-398.

(53) Powicke, ob. cit. p. 104.

(54) G. J. Renier, *History, its Purpose and Method*, Londres, Allen and Unwin, 1950, p. 244.

el primero de los maestros de la historia moderna. Perenne excelcitud del "carisma" propiamente "poético" en el sentido griego de esa palabra, de la aptitud para encontrar la expresión más plena, más adecuada, mejor, del hechizo para capturar el interés del vagabundo lector. No se trata de poner colorete en el rostro de la verdad. La historia, ante todo, engendra un conocimiento sutil que se forma lentamente en el espíritu de quien la cultiva a lo largo de una experiencia que cabe denominar técnica al contacto con las fuentes, una verdad hecha de delicados matices emanada de la coordinación minuciosa y compleja de innumerables elementos diversos, el problema consiste en transmitir todo ello a quien no ha pasado por la misma experiencia y sólo lo resuelve bien quien tenga maestría en el arte de escribir, felicidad para hallar las expresiones adecuadas que comuniquen sin deformar conocimientos tan preciosos, tan fáciles de ser traicionados.

Por lo demás la gran obra histórica, aun después de haber sido superada, se eleva, sobre todo si ha sido bien escrita, a la dignidad de un testimonio sobre el historiador mismo, su medio y su época. Y a pesar de todo, no deja de seguir atesorando una partícula de una verdad infinita. Seguimos leyendo con provecho, por ejemplo, a Tucídides<sup>(55)</sup>. En cierto sentido, la gran obra histórica participa de la eternidad de la obra de arte. Cuando se haga la historia de la prosa en el Perú durante el siglo XX, Riva Agüero tendrá un capítulo especial. Su vigor y su frondosidad exentos de retórica, su salud anímica, su casticismo lo colocan dentro de los grandes escritores del idioma hispano. Y así sus obras medulares (La historia en el Perú es, entre ellas, junto con Paisajes Peruanos, la cimera) han de perdurar también por tales méritos.

---

(55) H.I. Marrou, *De la connaissance historique*, Paris, Editions Du Seuil, 1954, p. 284-289.

Ya no dentro del campo de la historiografía en el que Febvre señaló el corto plazo de vigencia de que se ha hecho mención sino desde un punto de vista general, Domingo Faustino Sarmiento escribió: "La piedra de toque para aquilatar una composición es leerla medio siglo después, y si resiste a la usura del tiempo, si las nuevas brisas literarias no han alcanzado a corroerla o empañarla, podéis estar seguros de que expresa la verdad de todos los tiempos"<sup>(56)</sup>. La presente edición de *La historia en el Perú* (con enmiendas de forma y de concepto que no alteran la estructura de la obra) aparece precisamente cincuenticinco años después de la primera.

JORGE BASADRE

## NOTA PRELIMINAR

EN las breves advertencias a los tomos anteriores de las *Obras Completas* de don José de la Riva-Agüero hemos expuesto los criterios generales y el plan con que se está preparando la colección. Así mismo, hemos señalado algunas de las circunstancias y características de la vida y de la producción literaria del autor, que consideramos conveniente reiterar ante el tomo IV, *La Historia en el Perú*, uno de los primeros y fundamentales libros de Riva-Agüero, con el cual se inicia la serie que recopila todos sus escritos dedicados a la historia peruana.

Al iniciarse el último cuarto de su vida, concretamente en el célebre discurso de 1932 en el Colegio de La Recoleta, Riva-Agüero proclamó públicamente su retorno a la fe religiosa y formuló una valerosa retractación de los errores y desviaciones ideológicas que lo habían apartado de la vivencia católica. Abjuró entonces del positivismo, el anticlericalismo y las posiciones de librepensador de que se jactó en los años de estudiante de San Marcos y cuyas expresiones más altaneras y rotundas se encuentran precisamente en las páginas sobre temas generales y de doctrina de las dos tesis universitarias: *Carácter de la Literatura del*

*Perú Independiente* de 1905 (O.C., J.J.), y *La Historia en el Perú*, que ahora se publica por tercera vez.

En la retractación de 1932 Riva-Agüero revela haber sufrido una crisis religiosa y un largo y dramático proceso de retorno. De esa inquietud religiosa tenemos un lejano y valioso testimonio: una carta suya a D. Miguel de Unamuno<sup>1</sup>, de 1907, es decir de los años en que más seguro y enfático parecía ser su positivismo religioso. La conversión, aunque fuera el resultado de un proceso lento y depurado, tenía que producir a su término una actitud acorde con el temperamento y la tesitura espiritual de Riva-Agüero: firmeza en las convicciones, coherencia entre el pensamiento y la vida, y, por tanto, el explicable celo por la defensa de la ortodoxia y por el sentido confesional y apostólico que imprimió a su vida, nunca divorciada de su tarea intelectual. Así se explica la escrupulosidad y la vehemencia con que se dedicó en sus últimos años a revisar sus escritos impresos, introduciendo correcciones, supresiones y añadidos de su puño y letra, no sólo para poner al día sus trabajos en los aspectos científicos o literarios, sino, sobre todo, para expurgarlos de cualquier error de doctrina. La muerte prematura le impidió concluir la tarea, a la cual dedicó, hasta el fin de sus días, horas dispersas de su actividad intensa y múltiple. En dos ocasiones solemnes, sin embargo, precisó su deseo sobre una cuestión que era para él de vital importancia. En el citado discurso de 1932, al condenar los extravíos de su juventud, afirma "... No es maravilla, pues, que prevaricara escribiendo en mis tesis y artículos de entonces, contra el catolicismo y el espi-

---

(1) Los párrafos fundamentales de esa carta los hemos publicado en: José de la Riva Agüero, *Afirmación del Perú* T. II. (*Fragmentos de un ideario*), selección y prólogo de César Pacheco Vélez, Lima, Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, 1960, pp. (101)-102.

ritualismo, despropósitos y frases impías, que hoy querría condenar a perpetuo olvido y borrar y cancelar aún a costa de mi sangre"<sup>2</sup>. Unos años más tarde, en su testamento de 1938, pide explícitamente que al efectuarse la reedición de sus escritos ellos sean confrontados con su pensamiento definitivo y sometidos a la censura eclesiástica.

Respetando ese sincero deseo y esa ejemplar actitud, para preparar estas *Obras Completas* la Comisión Editora viene utilizando, hasta donde es posible, los ejemplares de las monografías y ensayos que contienen las propias anotaciones manuscritas de Riva-Agüero. Y, aunque en menor grado que la tesis de 1905, el texto de 1910 de *La Historia en el Perú* demanda también una tarea de revisión que se ha procurado cumplir con el mayor cuidado.

La primera edición de *La Historia en el Perú*<sup>3</sup> apareció en Lima, en 1910. En octubre de ese año Riva-Agüero presentó su trabajo para doctorarse en Letras en San Marcos. De la tesis se hizo una tirada no muy extensa que no debió pasar de los 500 ejemplares, y el libro, hoy rareza bibliográfica, no llegó a la librerías para su venta sino directamente a las manos de los maestros, discípulos y amigos del autor. Sobre el proceso de redacción de este libro, que es el más extenso y orgánico de su obra, hay abundantes testimonios en su correspondencia con Francisco García Calderón y también en algunas de las cartas que cambió con Marcelino Menéndez Pelayo y Miguel de Unamuno<sup>4</sup>. La resonancia del libro, como en el caso de *Ca-*

---

(2) *Ibid.*, pp. 104-105.

(3) José de la Riva-Agüero, *La Historia en el Perú*, Lima, Imp. Nacional de F. Barrionuevo, 1910, 558- (2) pp., 22 cm.

(4) En las *Obras Completas de Riva-Agüero*, el valioso *Epistolario* ha de reunirse en tres o más volúmenes. Hemos publicado las cartas de Riva Agüero y Menéndez Pelayo, precedidas de un estudio, en el *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, N° 3, Lima, 1956-1957, pp. (9)-59.

rácter de la *Literatura del Perú Independiente*, fue inmediata y trascendió el ámbito nacional. Sus maestros y discípulos, Ricardo Palma, José Toribio Polo, Pablo Patrón, Javier Prado, Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde, lo elogiaron con entusiasmo y señalaron el epílogo de la tesis como el inicio de una nueva actitud ante la historia nacional. Los grandes maestros españoles de la intelectualidad hispanoamericana, Menéndez Pelayo, Unamuno, Altamira, consagraron al joven escritor con su acogida. Fragmentos del libro se reprodujeron en los diarios y revistas de Lima y de las principales ciudades del país. Capítulos enteros de *La Historia en el Perú* pasaron a las antologías históricas y literarias, como venía ocurriendo desde 1905 con el *Carácter de la Literatura del Perú Independiente*. Otros autores peruanos, como Carlos Wiesse y Ventura García Calderón, citaron y transcribieron extensamente en sus ensayos y manuales las páginas vigorosas y brillantes de Riva-Agüero. Colecciones de libros y antologías, como la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*<sup>5</sup>, convirtieron a Riva-Agüero, junto a Ricardo Palma, en el autor peruano representativo de su tiempo. Y a pesar de que la segunda edición del libro se hizo esperar largos años, sus estampas y enjuiciamientos de época y sus magistrales biografías del Inca Garcilaso, Peralta, Mendiburu y Paz Soldán se reimprimieron constantemente por fragmentos, de tal modo que el libro no perdió nunca actualidad y vida.

La segunda edición tardó más de cuatro décadas y fue póstuma en ocho años. Apareció en Madrid en 1952<sup>6</sup> y la dirigió, por encargo testamentario, Miguel Lasso de la Vega, Marqués de Saltillo, pariente y amigo de Riva-Agüero.

---

(5) T. XXV, Madrid, 191...?

(6) José de la Riva-Agüero, *La Historia en el Perú*, 2º ed., Madrid, Imp. y Ed. Maestre, 1952, 3h, XII, 531 pp., 22 cm.

ro. Lasso de la Vega pudo utilizar para esta edición un ejemplar de la anterior que contenía las anotaciones manuscritas de Riva-Agüero. Las enmiendas al texto original debió hacerlas desde el mismo año 1910 hasta los días finales de su vida, y hay testimonios que confirman tal suposición<sup>7</sup>; sin embargo el núcleo principal de ellas seguramente corresponde a la década del autoexilio en Europa (1919-1930). El deseo de reeditar el libro es explicable que se intensificara al volver a su patria, tras largos años de ausencia. Así, en la primera página en blanco del ejemplar, anotado a lápiz y con su difícil caligrafía característica, Riva-Agüero escribe: "Por creer que aún pueden ser de alguna utilidad para los estudiosos de la historia peruana, se reproducen estos ensayos en su exacta forma original de tesis universitaria sin más modificaciones casi que breves notas rectificatorias, supresiones minúsculas e ineludibles en puntos indispensables... *Hay ciertamente en tales páginas juveniles, juicios históricos y filosóficos que hoy no suscribiría el mismo que los formuló, pero, cree, al conservarlas, que en su tiempo fueron extremosidades sinceras*"<sup>8</sup>. Al pie de ese texto se lee: "París, 1930", tachado y con un añadido: "Lima, 1931". En la misma página y en la siguiente Riva-Agüero traza un índice general de una segunda edición, tal como en ese momento

- 
- (7) Puede probarse que hay anotaciones posteriores a 1931, por la referencia elogiosa a los trabajos de Jorge Basadre en materia de historia republicana del Perú, cuya obra considera superior a la de Paz Soldán. Tal juicio se explica luego de la primera edición de la *Historia de la República del Perú*, de Basadre, que es de 1939. (Cfr. p. 439 de la edición madrileña de 1952 y la p. 423 de la presente edición.)
- (8) La parte final de esa anotación de Riva-Agüero, que publicamos en cursiva, no la transcribió Lasso de la Vega en su edición, a pesar de su importancia para conocer la actitud del autor, en 1931, frente al texto de 1910.

la habría deseado. Pensó incorporar a la *Historia en el Perú* sus principales estudios de historiografía peruana posteriores a 1910, como por ejemplo su polémica con González de la Rosa, el elogio del Inca Garcilaso (1916), sus estudios sobre el Tiahuanaco, sobre los cronistas Cristóbal de Molina el cusqueño y Huamán Poma de Ayala, la polémica con José Toribio Polo y el estudio sobre el Deán Valdivia y la Confederación Perú-boliviana, todo lo cual habría doblado el volumen del libro. Lasso de la Vega prescindió de esa indicación, y lo mismo hemos hecho nosotros, para no privar al libro de su fisonomía y estructura originales. De acuerdo con el plan general de las *Obras Completas*, los tres o cuatro próximos tomos reunirán esos estudios de historia e historiografía peruana, anteriores y posteriores a 1910, clasificados por épocas y temas, con excepción del elogio del Inca, que ya publicamos en el T. III. Lasso de la Vega al referirse al ejemplar que había utilizado afirma que "las notas, en su mayoría a lápiz, fruto de impresión de lecturas o de atisbos críticos surgidos al repasar lo escrito hacía años, no ofrecían claridad para ser transcritas, aunque lo hemos suplido con la mayor voluntad; afortunadamente nada esencial ha sido alterado, y la voluntad del autor ha quedado cumplida con gran satisfacción nuestra"<sup>9</sup>. Cierta ambigüedad en las frases citadas y la ausencia de de notas del editor precisando las variaciones del texto determinaron que algunos críticos objetaran la edición madrileña como poco rigurosa. Hemos efectuado el cotejo y podemos afirmar que, salvo algunos errores en la caligrafía de palabras quechuas, la edición de Lasso de la Vega respeta la que puede considerarse objetivamente como la última versión del autor.

Al preparar esta tercera edición, lamentablemente no

---

(9) *Advertencia* de la ed. madrileña, p. (IX).

hemos podido consultar el ejemplar con las notas manuscritas de Riva-Agüero que utilizó Lasso de la Vega. El libro viajó a España y consta que retornó a Lima, a poder de la Junta de Administración y Albaceazgo de la Testamentaría Riva-Agüero y Osma, pero parece que luego fue entregado a un familiar del escritor. Posteriormente, y a pesar de las reiteradas gestiones de la Comisión Editora, el valioso ejemplar no ha podido ser recuperado por dicha Junta. Se ha suplido la falta con las fotocopias de las páginas del ejemplar en que aparecían los apuntes de Riva-Agüero, precaución que felizmente se tomó antes de enviar al Marqués de Saltillo el ejemplar hoy extraviado. La descifración de las notas de Riva-Agüero ha sido para nosotros aún más ardua que para Lasso de la Vega, pues ha debido efectuarse a través de fotocopias no muy nítidas. Podría temerse que esa colección de copias fotográficas no comprendiera todas las páginas con añadidos manuscritos del autor, sin embargo el confronto de las ediciones de 1910 y 1952 con las copias fotostáticas nos induce a creer que no se ha perdido ninguna de las rectificaciones, añadidos o supresiones que Riva-Agüero llegó a introducir en el texto original de su libro. Con llamadas en números romanos y con breves notas que se publican al final del volumen hemos señalado las variantes en el texto, siguiendo el mismo criterio con que anotamos *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* en el T.I. de las *Obras Completas*. En esas notas señalamos también los principales confrontos temáticos efectuados entre los cuatro primeros tomos de esta colección. En rigor ese servicio al estudioso y al investigador sólo podrá prestarse plenamente con un volumen especial que abarque los diversos índices de todos los tomos de las *Obras Completas*.

*La Historia en el Perú y Paisajes Peruanos* son considerados por la crítica como los libros fundamentales de Riva-Agüero. La tesis de 1910 fue saludada como un ver-

dadero acontecimiento intelectual no sólo para la Universidad de San Marcos sino para todo el Perú. Su epílogo, junto al discurso de Víctor Andrés Belaunde al incorporarse al Instituto Histórico en 1908, fue la toma de posición de la generación del novecientos ante nuestra historia. Y la serena, erudita, magistral revisión de la obra de nuestros principales historiadores, desde el Inca Garcilaso hasta Mariano Felipe Paz Soldán, que Riva-Agüero trazó a los 25 años de edad, es hoy unánimemente reconocida como el vigoroso y espléndido pórtico de la historiografía peruana contemporánea, la expresión casi inicial y magnífica de una corriente de interpretación del Perú cuyas virtualidades de cohesión y dinamismo siguen gravitando fecundamente en la integración de la conciencia peruana. Como lo afirma Jorge Basadre en el prólogo a esta tercera edición, *La Historia en el Perú* fue en 1910 un libro precursor en la historiografía hispanoamericana, y es hoy, para la cultura peruana, un libro clásico y vigente.

C. P. V.

*Lima, agosto de 1965.*

*Al doctor don Pablo Patrón,  
en testimonio de amistad*





Memoria

- I. Memoria con fecha de 18 de Mayo
- II. Memoria de la Comandancia de Armas
- III. Memoria de la Comandancia de Armas
- IV. Memoria de la Comandancia de Armas
- V. Memoria de la Comandancia de Armas
- VI. Memoria de la Comandancia de Armas
- VII. Memoria de la Comandancia de Armas
- VIII. Memoria de la Comandancia de Armas
- IX. Memoria de la Comandancia de Armas
- X. Memoria de la Comandancia de Armas

Por creer que aún quedaban de alguna  
utilidad para los estudios ~~de la~~  
historia penana, se reprodujo este ~~libro~~  
en su forma ~~original~~ <sup>original</sup> de tres unives  
sitarias sin más modificaciones que  
fueron necesarias <sup>en</sup> rectificaciones, en puntos más  
poco claros, mezcladas con un <sup>aportación</sup>  
de las notas de la <sup>primera</sup> edición  
que se publicaron en <sup>publicaciones</sup>  
póstumas, aclarando y <sup>completando</sup>  
algunos puntos que en esta ~~obra~~ se in-  
terrompen, con las variaciones consiguientes  
al largo plazo <sup>de</sup> ~~esta~~ <sup>esta</sup> ~~obra~~ <sup>obra</sup>  
de ~~esta~~ <sup>esta</sup> ~~obra~~ <sup>obra</sup>

Roma, 1931.

M. de la Cruz-Aguero

por sus notas  
y con las ediciones insertas

*Primeras páginas del ejemplar de La Historia en el Perú (Lima, 1910), con las anotaciones de puño y letra de D. José de la Riva Agüero, que ha servido para la presente edición.*

SEÑOR DECANO:

SEÑORES CATEDRÁTICOS:

*EL tema de este ensayo que presento a vuestra benevolencia requiere alguna explicación. Por el título se advierte que no voy a tratar de todos los autores, tanto nacionales como extranjeros, que han escrito sobre historia del Perú: sería tarea inmensa, difícilmente realizable por un hombre solo, e inadecuada para mi preparación y mis fuerzas.*

*Voy a estudiar a los historiadores nacidos en el Perú, sea cual fuere la materia a que se hayan dedicado. Por consiguiente, estudiaré no sólo las obras de los autores peruanos que versan sobre historia del Perú, sino también (aunque con mayor brevedad) las obras históricas de autores peruanos que versan sobre asuntos ajenos a la historia peruana, como sucede con La Florida, del inca Garcilaso, y*

la Historia de España, de don Pedro Peralta. No entran en mi trabajo como objeto principal los documentos oficiales o privados, ya inéditos, ya impresos; ni las relaciones de sucesos particulares; ni las memorias de virreyes, o militares y políticos; ni las colecciones de apuntamientos, como las Tres épocas, de don José María Córdoba y Urrutia, y las dos florestas, de don Mariano Pagador; todos los cuales escritos son, sin duda, materiales históricos, pero no historias propiamente dichas. Entran, en cambio, las crónicas conventuales de los limeños fray Diego de Córdoba y fray Juan Meléndez, y del chuquisaqueño fray Antonio Calancha, que contienen bastantes testimonios sobre las antigüedades indígenas, y abrazan, por las condiciones y costumbres del Virreinato, gran parte de la vida colonial; y el Diccionario de Mendiburu, que por la amplitud de sus principales artículos, constituye una verdadera historia.

En los cronistas, y, sobre todo, en los cronistas de Ordenes religiosas, tiene que ser un tanto arbitrario el criterio regional o de nacimiento que adopto. La circunstancia de que fray Diego de Córdoba, v. gr., o fray Juan Meléndez nacieran en Lima, y fray Bernardo de Torres en Valladolid, no establece, por cierto, entre ellos importantes diferencias. Con el fin de remediar el inconveniente de esta división artificial, procuraré comparar a los historiadores criollos con los españoles que se han ocupado en las mismos asuntos. Quizá no parezca tan arbitrario mi plan si se atiende a que me propongo investigar las cualidades que para la historia ha revelado el ingenio peruano, y a que las monografías que presento pueden considerarse en conjunto como un estudio sobre la evolución del género histórico en el Perú.

I

BLAS VALERA  
GARCILASO DE LA VEGA



## I

### BLAS VALERA - GARCILASO DE LA VEGA

LOS primeros cronistas nacidos en el Perú fueron dos mestizos, hijos de conquistadores y de indias: el padre Blas Valera, de la Compañía de Jesús, y el capitán Garcilaso de la Vega. Herederos de la tradición indígena por la sangre materna, recogieron piadosamente los recuerdos de la raza vencida, y al consignar sus leyendas y describir sus instituciones y costumbres, hicieron la apología del imperio incaico. Son, pues, cronistas apasionados, *parciales*; pero el punto de vista en que se encontraron colocados viene a ser complemento necesario, rectificación indispensable, de aquel en que se hallaron los cronistas españoles y por eso es innegable la importancia de su estudio.



## EL PADRE BLAS VALERA

**B**LAS Valera nació en Chachapoyas el año de 1538<sup>1</sup>, y fué hijo ilegítimo del conquistador Luis Valera y de Francisca Pérez<sup>2</sup>. Garcilaso lo tiene por hijo de Alonso de Valera (*Comentarios*, segunda parte, libro I, cap. XXV); pero es éste sin duda un error, proveniente quizá de la mala traducción del nombre latino *Aloisius* con que es probable que designara nuestro autor a su padre, como lo supone don José Toribio Polo. Dijo bien Garcilaso al afirmar que Blas Valera nació y se crió en los confines de Cajamarca (*Comentarios*, segunda parte, libro I, cap.

---

1 Véase mi polémica histórica con don Manuel González de la Rosa, y el artículo de éste intitulado *Réplica inevitable y única*, en la *Revista Histórica del Perú*.

2 Véase el comprobante de su ingreso en la Compañía de Jesús, que ha sido publicado por don José Toribio Polo, *Revista Histórica*, tomo II, trimestre IV

XVIII), porque con la grande extensión que entonces se daba al concepto territorial de *términos o confines de las ciudades de españoles*, Chachapoyas se consideraba, efectivamente, comprendida dentro de la provincia y ciudad de Cajamarca<sup>3</sup>.

Al mismo Garcilaso se deben casi todas las demás noticias de la vida de Valera. Por él sabemos que estudió latinidad en Trujillo (*Comentarios*, segunda parte, libro I, capítulo XXII); que después de haber profesado en la Compañía de Jesús se dedicó al cultivo de las lenguas y antigüedad del país<sup>4</sup>, que viajó por el Collao (*Comentarios*, primera parte, libro III, cap. XXV), y que después del año 1590 se dirigió a Europa. Llevaba ya escrita en latín su historia, que, a juzgar por lo que se conserva de ella en los *Comentarios*, trataba de los usos de los indígenas peruanos y de la serie y sucesión de sus reyes. Sobre la organización del imperio incaico, la poesía *quechua* y la historia natural traen los trozos que poseemos, interesantes datos que casi siempre coinciden con los de Garcilaso, por lo cual éste los transcribe para corroborar sus asertos. Desgraciadamente, la obra, aun no impresa, se descompletó y truncó en el saqueo de Cádiz por los ingleses, el año de 1596, y Garcilaso deplora no haber podido aprovechar

---

3 Sobrino del jesuita Blas Valera fué el franciscano fray Jerónimo Valera natural del pueblo de Nieva, en Chachapoyas, y mestizo, por ser nieto de india, autor de unos *Comentarios* y cuestiones a la lógica de Aristóteles y Duns Scott, impresos en Lima el año de 1609. Fué guardián y provincial del convento de San Francisco, de esta ciudad, muriendo de más de cincuenta años. (Véase la *Crónica Franciscana*, de fray Diego de Córdoba, libro III, capítulo XIX, págs. 255 y 256. Lima, 1651.)

Es este fray Jerónimo Valera uno de los Definidores de las Constituciones de la provincia franciscana del Perú en 1607 y uno de los aprobantes de los *Tres pareceres*, sobre el servicio personal de los indios, repartimientos y mitas, compuestos y publicados por fray Miguel de Agía (Lima, 1604). Dice este cronista conventual que fray Jerónimo de Valera fué natural de Chachapoyas e hijo legítimo, de muchas letras y santa vida y Provincial de S. Francisco en Lima. (I)

4 El P. Valera, con otro jesuita, y principalmente con el célebre Acosta, trabajó en los primeros catecismos, sermones y vocabularios para los indios peruanos, publicados por el Concilio limense de 1583. (II)

sino escasa porción del manuscrito: «Se me ofrece la autoridad de otro insigne varón, religioso de la Santa Compañía de Jesús, llamado el padre Blas Valera, que escribía la historia de aquel imperio en elegantísimo latín y pudiera escribir en muchas lenguas, porque tuvo don de ellas; mas por la desdicha de aquella mi tierra, que no mereció que su república quedara escrita de tal mano, se perdieron sus papeles en la ruina y saco de Cádiz, que los ingleses hicieron el año de mil y quinientos y noventa y seis; y él murió poco después<sup>5</sup>. Yo hube del saco las reliquias que de sus papeles quedaron, para mayor dolor y lástima de los que se perdieron, que se sacan por los que se hallaron. Quedaron tan destrozados, que falta lo más y mejor. Hízome merced de ellos el P.M. Pedro Maldonado de Saavedra, natural de Sevilla, de la misma religión, que en este año de mil y seiscientos lee Escritura en esta ciudad de Córdoba» (*Comentarios*, primera parte, libro I, cap. VI). Utilizó Garcilaso con gran diligencia los fragmentos, y los citó textualmente casi todos. Así, la parte que se salvó del libro de Valera está absorbida e incorporada en los *Comentarios Reales*, y es forzoso juzgarla conjuntamente con éstos.

No es posible que, como piensa don José Toribio Polo, Valera, antes de irse a España, dejara en el Perú copia de su libro, y aun enviara otra al General de la Compañía para que lo revisara y aprobara. No está perdida, pues, la esperanza de que algún día lo disfrutemos íntegro; pero es infundada la conjetura en que Polo apoya su creencia, a saber: la cita que trae el padre Nieremberg de las palabras de Valera relativas a la coca. Dichas palabras se encuentran transcritas en Garcilaso (*Comentarios*, primera parte, libro VIII, cap. XV), y allí hubo de leerlas y tomarlas Nieremberg.

---

<sup>5</sup> El P. Blas Valera murió en Málaga, siendo profesor de Gramática del Colegio de la Compañía, el 3 de abril de 1598. (Véase el artículo citado de González de la Rosa). (III)

En el *Épitome* de León Pinelo (Madrid, 1629), se habla una sola vez de Valera, atribuyéndole la obra manuscrita intitulada *De los indios del Perú, sus costumbres y pacificación* (pág. 103). Se dice que el manuscrito se perdió en el saqueo de Cádiz. Es la misma obra utilizada en parte por Garcilaso; pero erróneamente la coloca Pinelo entre las escritas en castellano, sin duda por no haber reparado en que los trozos copiados por Garcilaso los tradujo éste del latín, como varias veces lo relata. Es probable que de aquí haya provenido la duplicación cometida por Barcia en sus anotaciones a Pinelo (1738), al atribuir a Valera dos obras: la *Historia de los Incas y su imperio*. «de que se aprovechó Garcilaso Inca» (*Épitome anotado*, tomo II, columna 645), y *Los indios del Perú, sus costumbres y pacificación*, de la cual igualmente se dice «que tradujo e ilustró Garcilaso Inca» (*Idem*, columna 716). Sólo que Barcia pone ambas obras como escritas en latín. Es clara la duplicación en que ha caído Barcia, a consecuencia del título dado por Pinelo a la historia de Valera. Conviene recordarlo, porque podría parecer a quien no lo advirtiera argumento favorable a la opinión sustentada por González de la Rosa, que paso a examinar inmediatamente. Este no ha acudido a Barcia, que le suministraría apoyo especioso, aunque en definitiva falso como lo vemos. Se ha reducido al *épitome* original de León Pinelo, el cual, según he dicho arriba, menciona una sola obra de Valera. No ha atendido González de la Rosa a que para suponer que esa obra fuera la relación llamada comúnmente *anónima*, habría que admitir que Pinelo olvidó en su *Épitome* la historia principal de Valera, tan conocida entonces por los fragmentos conservados en los *Comentarios*.

El muy distinguido americanista don Manuel González de la Rosa, en un estudio aparecido en el trimestre II del tomo II de la *Revista Histórica*, atribuye al padre Valera la *Relación anónima* publicada por Jiménez de la Espada en 1870, y un vocabulario o diccionario histórico de

que habla el padre Anello Oliva, biógrafo de los jesuitas del Perú, fuentes ambas, según pretende, de las *Memorias*, de Montesinos, y niega la originalidad de éste y de Garcilaso, suponiendo que el primero tomó de Valera lo relativo a la historia preincaica, y el segundo lo relativo a la época de los Incas. Por lo que toca a Montesinos, trataré más adelante del crédito que merece y de la composición y origen de sus *Memorias*. Básteme decir ahora que en cuanto a su originalidad he llegado desde hace tiempo a una conclusión análoga, aunque no idéntica, a la que sostiene González de la Rosa: creo que Montesinos no ha hecho sino copiar escritos anteriores, aunque no me convenzo de que éstos sean debidos a Valera por las razones que expondré después. En lo concerniente a Garcilaso importa discutir aquí, como necesaria introducción al examen de sus obras, el pretendido plagio de que el señor González de la Rosa lo acusa.

Afirma el señor González de la Rosa que el relato de Garcilaso sobre los papeles de Valera truncados y rotos en el saqueo de Cádiz es *una leyenda inventada por el astuto Inca, una estratagema para apropiarse el trabajo del jesuita, que el Inca recibió completa y no hecha pedazos la obra, y que su historia debe llamarse más bien de Valera que no suya*. Apoya estas afirmaciones en los hechos de que los ingleses permitieron que los habitantes de Cádiz salieran *con sus vestidos y papeles* y de que, habiéndose tomado la plaza el 30 de junio, los jesuitas partieron de ella el 1º de julio. No repara el señor González de la Rosa en que él mismo condena con sus datos la teoría que sustenta, porque *un día*, o mejor dicho unas pocas horas, es término muy corto para que fuera posible trasladar todo el archivo de un convento. Necesariamente hubieron de perderse muchos escritos. El truncamiento de la crónica de Valera en tales circunstancias, lejos de ser extraño, es muy natural y probable, y completamente gratuito el desmentido a la aserción de Garcilaso. ¿Se habría atrevido éste a

estampar tan gran falsedad, exponiéndose a que el padre Maldonado, vivo a la sazón, u otros jesuítas lo confundieran con sólo escribir una palabra?

«El manuscrito, —continúa González de la Rosa, no se perdió en Cádiz. Garcilaso lo disfrutó íntegro, gracias a la generosidad del padre Maldonado. Tan no se destruyeron las obras de Valera, que el padre Torres llevó poco después al Perú la segunda obra, el *vocabulario*, y la tercera se ha conservado en la *relación* llamada anónima por Espada: o todas se salvaron o todas se perdieron, y no hay razón para que sólo la que llegó a manos de Garcilaso estuviera hecha pedazos.» Declaro que no comprendo la fuerza de este razonamiento. Supongamos (sin concederlo, naturalmente) que sean también del padre Valera la *relación* y el *vocabulario*. ¿Por qué esta inflexible mancomunidad entre sus varios escritos? ¿Por qué habían de salvarse o perderse juntos forzosamente? Y es de advertir que esta prueba (si como tal se acepta) resultaría contraproducente: asegura el mismo González de la Rosa que la *relación anónima* está incompleta al principio (lo cual, por otra parte, es de dudar); y el *vocabulario* concluía bruscamente en la letra H, y el padre Oliva lo llama *no acabado*. Luego, razonando a la manera del señor González de la Rosa, deberíamos concluir que la historia en latín hubo de seguir la suerte de los otros papeles de Valera, y que Garcilaso no recibió sino fragmentos.

Pero el verdadero argumento que convence de la honradez de Garcilaso es el esmero que puso en atribuir a Valera los pasajes que de él copiaba; conducta solamente explicable si se reconoce su buena fe, inexplicable y absurda en último grado si hubo de su parte ocultación y plagio. El que roba procura ocultar el hurto; y, a no ser que pierda el sentido común y el instinto, cuida de no suministrar deliberadamente indicios del delito. ¿Se concibe que Garcilaso, apropiándose íntegra la obra inédita de Valera y presentando como propias sus noticias, cite con tan-

ta frecuencia el manuscrito que despoja? ¿No habría sido más racional y cómodo en tal caso callar su existencia y robar en silencio, que es como proceden todos los plagia-rios? Son estas precauciones tan elementales, que es im- posible creer que no se le ocurrieran a Garcilaso, a no tenerlo por ofuscadísimo o demente.

Ocasiones hay en que Garcilaso señala con toda pre- cisión cuál era el título de ciertos fragmentos y cuáles los capítulos perdidos (*Comentarios*, primera parte, libro V, capítulo XIII; libro VI, cap. XXXVI; segunda parte, libro I, cap. XXV). ¿Puede llegar hasta aquí la farsa?

No es cierto que, como dice González de la Rosa, *esperara el inca Garcilaso para escribir la historia de sus antepasados que sonara el año 1600. en el cual, por rara coincidencia, le regaló el padre Maldonado los papeles de Valera*. En las dos dedicatorias de la traducción de León el Hebreo, la una de 1586 y la otra de 1589—están repro- ducidas al principio de la segunda parte de los *Comenta- rios*—, anteriores ambas, por consiguiente, al viaje del pa- dre Valera a España, promete narrar la conquista del Perú y las *costumbres, ritos y ceremonias de su gentilidad*, de modo tal que parece que ya reunía materiales. ¿Por qué niega o pone en duda implícitamente el señor González de la Rosa las relaciones que de diversas provincias del Pe- rú recibió Garcilaso y a que éste tantas veces se refiere y que en algún lugar transcribe? (*Comentarios*, primera par- te, libro I, cap. XIX; libro III, cap. I; libro VII, caps. I y XXV; libro IX, capítulo XL; segunda parte, libro I, cap. XVIII). ¿Por qué no duda más bien de los quipos y me- moriales de indios que con tanta ostentación se alegan en la fantástica *relación anónima* para apoyar opiniones sos- pechosísimas y extravagantes, por no decir imaginarias y mentirosas?

De los cronistas españoles ya conocidos en su tiempo (a los que cita tanto o más que el padre Valera) y de los datos que le remitieron sus parientes y amigos mestizos e

indígenas, se sirvió Garcilaso para componer los *Comentarios*, y no sólo de sus vagos recuerdos personales y del manuscrito del padre Valera, como lo asegura González de la Rosa. Y tan cierto es que no siguió servilmente a Valera (aun en lo poco que de él alcanzó), que a veces lo contradice. En todo lo tocante a Huáscar y Atahualpa y a la guerra entre los dos hermanos, Garcilaso es partidario fervoroso de Huáscar y no se harta de llamar a Atahualpa *tirano y bastardo*, al paso que el padre Valera, como nacido en el norte del Perú, se muestra favorable al príncipe quiteño (*Comentarios*, primera parte, libro IX, cap. XXIII; segunda parte, libro I, cap. XVIII).-- En cuanto a la religión incaica, Garcilaso tiene por dios supremo a Pachacámac y por dios inferior y moderno a *la fantasma Viracocha*, y Valera, conviniendo en esto con muchos historiadores, identifica a Pachacámac y Viracocha (*Comentarios*, primera parte, libro V, capítulo XIII). Y no se tome lo último como prueba de que Valera es autor de la *relación anónima*, en la que también aparece como supremo dios *Ticci Viracocha*, porque tal es la doctrina de la inmensa mayoría de los cronistas, y ni Cieza, ni Acosta, ni Betanzos, ni Cobo necesitaron, por cierto, aprenderla en Valera, como no lo necesitó el anónimo; fuera de que parece que éste considera a Pachacámac como divinidad subalterna y distinta de *Illa Tecce Viracocha* (*Relación anónima*, pág. 164).

El pasaje en que el padre Anello Oliva habla del célebre *vocabulario* atribuido a Valera es el siguiente: «No dejaré de decir aquí también cómo hay otra [opinión] no mal fundada de que los Incas reyes del Perú fueron muchos más en número de los que he referido, porque en un vocabulario antiguo de mano del padre Blas Valera que trajo consigo el padre Diego de Torres Vásquez, desde Cádiz, cuando vino al Perú muy inteligente de la lengua quichua y grande escudriñador de las antiguallas del Perú y de sus Incas, y que como tesoro escondido teníamos

guardado en la librería del colegio de Chuquiabo y por buena dicha hube a mis manos, hallo estas razones sobre el nombre del rey llamado Cápac Raymi», etc. (Anello Oliva, libro I, cap. II). Como se ve, el pasaje no es claro y permite dudar si dicho *vocabulario* de mano o *diccionario manual* fué compuesto por el padre Valera, o si solamente le perteneció, y lo tomó o copió de un autor ignorado. Nótese que en ninguna parte afirma rotundamente Anello Oliva que haya sido Valera autor del *vocabulario*. Siempre que a él se refiere subsiste la ambigüedad; y en cambio, por dos veces (libro I, capítulo III) lo llama de *autor incierto*, y aunque González de la Rosa sostiene que es una errata por *pasaje inserto*, convengamos en que es rara errata (de la propia pluma del padre Oliva, según puede verse en el manuscrito autógrafo existente en la Biblioteca Nacional de Lima) y en que reaviva las fundadas suspicacias que sobre su autenticidad despiertan los trozos conservados por Oliva. Dice con razón Lorente: «Dudamos mucho que esa obra sea del juicioso Valera; y nuestra duda se fortifica al leer en ella que Atahualpa sólo reinó tres años, y el último después de muerto su hermano Huáscar, quien falleció en el Cuzco a causa de las heridas recibidas en un combate; tan claro error no se concibe en un sabio escritor que nació poco después de sucesos tan ruidosos y tuvo la mejor oportunidad para averiguar lo cierto» (*Civilización peruana*, pág. 102).

Hay más: el *vocabulario* habla de Cápac Raymi, astrónomo, filósofo y trigésimo nono rey del Perú, el cual reformó el calendario, y de Cuyus Manco, que fué el rey sexagésimo cuarto. Admite, pues, las dinastías y la cronología de Montesinos, que hemos de examinar más adelante. En cambio, Valera dice textualmente lo que sigue: «Los indios del Perú comenzaron a tener alguna manera de república desde el tiempo del *inca Manco Cápac* y del *rey Inca Roca*, que fué uno de sus reyes. Hasta entonces en muchos siglos atrás habían vivido en mucha torpeza y

barbariedad, sin ninguna enseñanza de leyes ni otra alguna polocía. Desde aquel tiempo criaron sus hijos con doctrina; comunicáronce unos con otros; hicieron de vestir para sí no sólo con honestidad, mas también con algún atavío y ornato; cultivaron los campos con industria y en compañía unos de otros; dieron en tener jueces; hablaron cortesantemente; edificaron casas, así particulares como públicas y comunes. Hicieron otras muchas cosas deste jaez, dignas de loor. Abrazaron de muy buena gana las leyes que sus príncipes, enseñados con la lumbre natural, ordenaron, y las guardaron muy cumplidamente. . . , las cuales escribieron y encomendaron a los ñudos de los hilos de diversos colores que para sus cuentas tenían, y las enseñaron a sus hijos y descendientes; de tal manera, que las que sus primeros reyes establecieron, de seiscientos años a esta parte, tienen hoy tan en la memoria como si ahora de nuevo se hubieran promulgado.» (Apud *Comentarios*, primera parte, libro V, cap. XI). Palmaria resulta la contradicción entre las propias palabras de Valera y las del vocabulario que se le atribuye. Valera cree, con Garcilaso y casi todos los otros cronistas, que del imperio incaico arranca la civilización indígena, mientras que el autor del vocabulario pertenece a la escuela de Montesinos y, como él, no vacila en presentar la serie cronológica de los soberanos del primitivo imperio.

En otro lugar insiste Valera en que *los Incas reinaron más de quinientos años y cerca de seiscientos* (Apud Garcilaso, *Comentarios*, primera parte, libro II, cap. I). ¿Cómo puede ser, pues, Valera el autor de la *relación anónima*, en la cual *Pirua Pacáric Manco Inca* aparece como primer poblador y monarca antiquísimo del Perú, contemporáneo sin duda de las primeras edades del mundo?

En la *relación* anónima se lee que de *Pirua Pacáric Manco Inca* «toda la tierra e imperio tomó nombre de Pirua, que los españoles corruptamente dicen Perú o Pirú». El padre Valera sostenía que el nombre *Perú* «fue nueva-

mente impuesto por los españoles a aquel imperio de los Incas, nombre puesto a caso y no propio, y *por tanto de los indios no conocido*, antes por ser bárbaro tan aborrecido, que ninguno de ellos lo quiere usar; solamente lo usan los españoles. La nueva imposición de él no significa riquezas ni otra cosa grande; y como la imposición del vocablo fué nueva, así también lo fué la significación de las riquezas, porque procedieron de la felicidad de los sucesos. Este nombre Pelú, entre los indios bárbaros que habitan entre Panamá y Huayaquil, es nombre apelativo que significa *río*. También es nombre propio de cierta isla, que se llama Pelua o Perú. Pues como los primeros conquistadores españoles, navegando desde Panamá, llegasen a aquellos lugares primero que a otros, les agradó tanto aquel nombre Perú o Pelua, que, como si significara alguna cosa grande y señalada, lo abrazaron para nombrar con él cualquiera otra cosa que hallasen, como lo hicieron en llamar Perú a todo el imperio de los Incas. Muchos hubo que no se agradaron del nombre Perú, y por ende le llamaron la Nueva Castilla. Estos dos nombres impusieron a aquel gran reino, y los usan de ordinario los escribanos reales y notarios eclesiásticos, aunque en Europa y en otros reinos anteponen el nombre Perú al otro. También afirman muchos que se dedujo deste nombre *pirua*, que es vocablo del Cozco de los Quechuas: significa *orón*, en que encierran los frutos. La sentencia destes apruebo de muy buena gana, porque en aquel reino tienen los indios gran número de orones para guardar su cosecha. Por esta causa fué a los españoles fácil usar de aquel nombre ajeno, y decir *Pirú*, quitándole la última vocal y pasando el acento a la última sílaba. Este nombre, dos veces apelativo, pusieron los primeros conquistadores por nombre propio al imperio que conquistaron, e yo usaré dél sin ninguna diferencia, diciendo Perú e Pirú. La introducción deste vocablo nuevo no se debe repudiar, por decir que lo usurparon falsamente y sin acuerdo; que los españoles no ha-

llaron otro nombre genérico y propio que imponer a toda aquella región, porque antes del reinado de los Incas cada provincia tenía su propio nombre, como Charca, Colla, Cozco, Rímac, Quito y otras muchas, sin atención ni respeto a las otras regiones; mas después que los Incas juzgaron todo aquel reino a su imperio, le fueron llamando conforme al orden de las conquistas y al sujetarse y rendirse los vasallos, y al cabo se llamaron Tahuantinsuyu, esto es, *las cuatro partes del Reino*, o Incap Runam, que es *vasallos del Inca*. Los españoles, advirtiendo la variedad y confusión destes nombres, le llamaron prudente y discretamente Perú o la Nueva Castilla». Y Garcilaso prosigue por su cuenta aprobando en una parte y rectificando en otra las palabras de Valera, porque nota que *Perú* no puede venir de *pirua* (orón), desde que quince años antes de penetrar los conquistadores en las comarcas en que se hablaba el quechua, los españoles que vivían en Panamá llamaban Perú a toda aquella tierra que corre desde la línea equinoccial al mediodía. (*Comentarios*, primera parte, libro I, cap. VI). Esta contradicción entre el padre Valera y la *relación anónima* es importantísima, porque el sistema de Montesinos (que se supone ser el de Valera) descansa en mucha parte sobre la antojadiza etimología dada a las palabras *pirua* y *Perú*.

Las dinastías de que hablan Montesinos, el *vocabulario* y la *relación anónima*, sólo pueden aceptarse por el que (como Montesinos) reconozca la existencia de la escritura jeroglífica. Pues bien, Valera la niega; no sabe de otra escritura que los *quipos*: «La habilidad y agudo ingenio de los del Perú excede a muchas naciones del otro orbe; parte, porque *sin letras* pudieron alcanzar muchas cosas que con ellas no alcanzaron los Egipcios, Griegos y Caldeos; parte, porque ya se arguye que si tuvieran letras, como tuvieron ñudos, excedieran a los Romanos y Galos y otras naciones.» (*Comentarios*, segunda parte, libro II, cap. XXX). Y más terminantemente aún: «Bien mirado,

no es tanto de estimar lo que Numa Pompilio padeció y trabajó para hacer leyes para los Romanos, y Solón para los Atenenses, y Licurgo para los Lacedemonios, *porque supieron letras y ciencias humanas*, las cuales enseñan a trazar y componer leyes y costumbres buenas, que dejaron escritas para los hombres de sus tiempos y de los venideros. Pero es de grande admiración que estos indios, *del todo desamparados destos socorros y ayudas de costa*, alcanzasen a fabricar de tal manera sus leyes. . . , las cuales escribieron y encomendaron distintamente a los ñudos de los hilos de diversas colores que para sus cuentas tenían, y las enseñaron a sus hijos y descendientes, de tal manera que las que sus *primeros reyes* establecieron, de seiscientos años a esta parte, tienen hoy tan en la memoria como si ahora de nuevo se hubieran promulgado.» (*Comentarios*, primera parte, libro V, cap. XI).

En la *relación anónima* se lee: «Lo que dice Polo [de Ondegardo] que hubo ingas que quisieron ser adorados como dioses y que lo mandaron guardar, es cosa clara que fué coniectura suya, porque de los indios antiguos y de los modernos, ni de sus historias y memorias, no se puede sacar tal cosa, sino lo contrario.» (*Relación anónima*, págs. 154 y 155). Valera declara que «Viracocha Inca fué adorado por los indios entre sus dioses» (*Comentarios*, primera parte, libro VI, cap. XXXV).

Dice Valera que los indios llamaron a don Francisco de Toledo *segundo Pachacútec* en memoria de su célebre inca legislador (*Comentarios*, primera parte, libro VI, capítulo XXXVI). No habría dicho *segundo*, sino *nuevo Pachacútec*, si creyera, como el autor de la *relación anónima*, que hubo nueve soberanos que llevaron este nombre.

Bien sé que las dificultades expuestas se salvan sosteniendo con González de la Rosa que Garcilaso ha suprimido o alterado en la obra de Valera cuanto no se conformaba con sus doctrinas. Es la misma temeraria acusación de Vicente Fidel López. Pero aquí no basta suponer

que Garcilaso prescinde de todo lo que no le acomoda, y borra con gran desembarazo lo que se le antoja; hay que suponer, además, que, no contento con apropiarse la crónica de Valera, se entregó al inútil y frívolo trabajo de atribuirle largos pasajes, en los que adultera y falsifica por completo sus ideas, le hace decir precisamente lo contrario de lo que en el plagiado manuscrito decía y se da a veces el lujo de disentir de las propias opiniones que acaba de fraguar. Resulta, no ya un plagiario, sino un falsario con las mayores circunstancias agravantes. Y todo esto ¿para qué? ¿Con qué objeto se afanaba Garcilaso en amontonar este laborioso cúmulo de mentiras? ¿Qué podía llevarlo a ahogar con tanto encarnizamiento los recuerdos del imperio primitivo y a reducir a duración tan estrecha la larguísima historia peruana que Blas Valera ofrecía? ¿No debía atraer y deslumbrar su poética imaginación y lisonjear su orgullo patriótico una teoría que concede al Perú civilización elevadísima portentosamente antigua, milenariamente ilustre, con novelescos y brillantes contrastes; que asigna a los Incas origen casi prehistórico y bíblico, según la *relación anónima*, progenitor divinizado, equivalente al Júpiter de la mitología clásica (pues en la *Relación anónima* Pirua Pacáric Manco es el primer *inca*); o que, cuando menos, según la variante de Montesinos, los reconoce y proclama como restauradores de la cultura y la moralidad, y sobrenaturales salvadores del imperio peruano? ¿Qué lo movió a desechar todo este tentador aparato, de cuyo descubrimiento podía a sus anchas gloriarse, gracias al plagio de que se le acusa; y a encerrarse modestamente en la *rutina de los doce incas*, como dice González de la Rosa (que en él no es rutina, porque ni son doce ni los presenta de la misma manera que los demás autores, sino que les aplica hechos distintos de los que la generalidad de los cronistas les atribuye); y convenir en lo de la behetría preincaica con las autoridades más respetables, muchas de las cuales ignoraba él enton-

ce? Al acusar de plagiarlo a Garcilaso nos extraviamos en un dédalo de caprichosas y rarísimas hipótesis. Fiándonos en su palabra (de la que no hay por qué dudar), todo se aclara y se resuelve con la lógica inconfundible de lo cierto.

Numerosos disentimientos de doctrina hay entre la *Relación anónima* y Garcilaso, y en puntos que para éste hubieron de ser del todo indiferentes. Fuera de la negación de los sacrificios humanos de los Incas y del esfuerzo para disfrazar la religión cuzqueña en sentido monoteísta, que son tesis en que concuerdan ambos, apenas habrá cosa en que convengan.

El anónimo menciona entre las estrellas y planetas venerados por los indios con nombre y atribuciones divinas especiales, a Júpiter, Mercurio, Saturno y los signo del Zodíaco. Según él, llamaban *Pirua* a Júpiter, y creían que *Pirua Pacáric Manco Inca*, cuando murió, fué arrebatado por este dios (de donde resulta que el vocablo *pirua* no viene del nombre del primer poblador, como dijo al principio). A Marte llamaban *Aucayoc*, y era patrón de las guerras. A Mercurio, *Catu illa*, y era patrón de los mercaderes y caminantes. A Saturno, *Huacha*, y le atribuían las pestes y mortandades, los rayos y los truenos (págs. 138 y 139). Para Garcilaso, los peruanos no sabían de los signos de Zodíaco y *menos de sus influencias*. Conocieron nombraron y veneraron, según él, al Sol (*Inti*), a la Luna (*Quilla*) a Venus (*Chasca*) y a las Siete Cabrillas, «y no miraron en más estrellas, porque no teniendo necesidad forzosa, no sabían a qué propósito mirar en ellas, ni tuvieron más nombres de estrellas en particular que los que hemos dicho» (*Comentarios*, primera parte, libro II, cap. XXI).

El anónimo llama a los ídolos *villcas* (pág. 140). Garcilaso los llama *huacas* (parte primera, libro II, cap. IV).

El anónimo dice que al principio los peruanos adoraban únicamente al dios *Illa Tecce*, al Sol, a la Luna y a

las estrellas, y no tuvieron ídolo, estatuas ni imágenes (págs. 137 y 138). Garcilaso, con mucho mejor criterio, relata que al principio los indios del Perú vivían en el más desenfrenado politeísmo; «que cada provincia, cada barrio y cada casa tenía dioses diferentes unos de otros»; que adoraban *hierbas, plantas, árboles, cerros, y animales*, y que con la sangre de las víctimas humanas *rociaban el ídolo* (primera parte, libro I, caps. IX, X, XI).

Para el anónimo, los demonios (*Supay*) son muchos (página 140). Para Garcilaso, los indios creían en un solo espíritu del mal (primera parte, libro II, caps. II y VII).

Según el anónimo, entre las hazañas de Túpac Yupanqui están la conquista de los Quijos, Motilones, Moyopampas, Ruparupas, Vilcabambas y ótras en la montaña (págs. 144 y 145). Garcilaso no conviene sino en la conquista de los Moyopampas; ignora estas expediciones de que habla el anónimo a la región de los bosques (que a la verdad fué muy poco visitada por los ejércitos incaicos, a excepción tal vez de las hoyas del Urubamba, del alto Beni y del alto Mamoré), y declara que el imperio de los Incas no abarcaba a los Quijos (*Comentarios*, primera parte, libro VIII, caps. III, V, VI y VII; segunda parte, libro III, cap. II).

El anónimo refiere que en el Cuzco había muchos templos, a más del templo del Sol. Trata especialmente de tres: el de Illa Tecce Viracocha, en el sitio donde está ahora la Catedral; el del planeta Pirua, adornado de luces, flores y mieses, y el del Escorpión, en el edificio llamado Amaruancha, después iglesia de los Jesuítas (págs. 148 y 149). Aunque es cierto que Cabello Balboa (tan inseguro y mentiroso como el anónimo) y Cobo Molina (mucho más autorizados) hablan también de templos particulares del dios Viracocha y de otros ídolos en el Cuzco, los detalles que da el anónimo provienen seguramente de lo alteradas y degeneradas que estaban las noticias que recibió y de su propio prurito de inventar y fantasear. No podía faltar

en el templo separado para el dios Pirua, a quien presta tan grande importancia. Parece que el lugar señalado en su relación como templo del dios Viracocha fué el palacio del inca del mismo nombre, y que el palacio de Huayna Cápac se conocía por *Amarucancha* o *edificio de las grandes culebras*, quizá a causa de alguna decoración o adorno o como metáfora ponderativa (del mismo modo que llamaban *Casana* al palacio de Pachacútec). De estas circunstancias a lo que dice el anónimo el tránsito ha podido ser fácil para la inventiva suya o de la imaginación popular. Es probable igualmente que haya confusión en lo que cuenta el anónimo de la estatua de Viracocha, de mármol, semejante a la de San Bartolomé apóstol, y que fué sacada por los indios del templo del Cuzco y ocultada en *Canchis*, donde la despedazaron los españoles. Molina y Cobo describen de muy distinta manera la efige del dios Viracocha en el templo de Quishuarcancha. Garcilaso compara también la imagen de Viracocha a la de San Bartolomé, pero la coloca en el famoso templo de *Cacha* (cerca de Sicuani) y cuenta que allí la derribaron y maltrataron los españoles, sin que sea necesario suponer que vino del Cuzco (primera parte, libro V, cap. XXII). Garcilaso, por otra parte, nos habla de varios templos en el Cuzco, y parece no admitirlos.

La *Relación anónima* pone en el reinado del inca Viracocha una rebelión de *Hanta huaylla* con los *Chinchas*, auxiliados por los sacerdotes y ministros de los templos (páginas 172 y 173). Prueba perentoria es ésta de la profunda corrupción de los relatos del anónimo. Toma a los Chancas por Chinchas, y confunde el nombre de su jefe con la provincia Antahuaylla (Andahuaylas). Para el anónimo, el príncipe salvador del imperio es Pachacútec IX, después del cual viene Túpac Yupanqui. Sistema completamente distinto es el de Garcilaso. Para él la rebelión de los Chancas se realizó en el reinado de Yahuar Huácac, su debelador fué el príncipe heredero Viracocha, y entre és-

te y Tupac Yupanqui hay otros dos incas: Pachacútec y Yupanqui. No hay rastro en él de la sublevación de los sacerdotes y la pérdida de su poder.

El anónimo dice que el atrio del templo del Sol estaba dedicado a la Luna (pág. 178). Según Garcilaso, no era el atrio lo consagrado a la Luna, sino una cuadra o aposento particular (primera parte, libro III, cap. XXI).

El anónimo llama al Sumo Sacerdote *Vilaoma* (página 157, 161, 162, 163, 165, 166, etc.). Garcilaso rechaza este nombre, que tiene por error de los españoles, y llama al Sumo Sacerdote *Villac Umu* (primera parte, libro III, cap. XXII; segunda parte, libro II, cap. XX).

En la *Relación anónima* aparecen las *acllas* viviendo en los propios templos del Sol, y se dice que en el Cuzco las había de todas las naciones del imperio «y principalmente de tres, a saber: del Cuzco y su territorio, de las Chachapoyas y de las de Pillco, que agora llaman Guánuco» (pág. 180). También aparece que salían a la calle (páginas 184 y 189). Para Garcilaso, vivían en perpetua clausura, y no en el templo, sino en local separado y algo distante, y todas las del convento del Cuzco eran de sangre incaica (libro IV, caps. I y II).

El anónimo niega que las *acllas* profesas salieran del monasterio a ser concubinas del Inca (págs. 183, 184, 187 y 188). Garcilaso lo niega igualmente para las de la casa del Cuzco, pero lo admite para las de las provincias (primera parte, libro IV, caps. IV y V).

El anónimo reconoce que hubo confesión entre los indios, y describe largamente sus formalidades y ceremonias (págs. 161, 165, 166, 167, 169 y 170). Garcilaso lo niega con toda decisión (primera parte, libro II, cap. XIII).

Aún se podría alargar esta lista de las contradicciones entre el anónimo y Garcilaso. Con ser breve la *Relación anónima* y referirse casi exclusivamente a la religión indígena, ya vemos cuántas y cuán significativas discrepancias de los *Comentarios* se encuentran en ella. ¿Cómo conci-

liar esto con la opinión que quiere que Valera sea el autor de la *Relación anónima* y que Garcilaso haya utilizado y plagiado íntegra la obra en que Valera exponía todas sus doctrinas?

Aunque Oliva no nos haya transmitido sino pequeñísima parte del *vocabulario histórico* de Chuquiabo, todavía en lo que de él conocemos que trata de sucesos narrados por Garcilaso notamos diferencias de alguna monta con la versión de los *Comentarios*. Tal acontece con todo lo que atañe a Tito Atauchi después de la muerte de Atahualpa y a la prisión de Francisco de Chaves. En este relato (en el que Garcilaso se muestra muy inexacto y para el que indudablemente se ha inspirado en Valera), el *vocabulario* y los *Comentarios* coinciden en las líneas generales, pero se apartan mucho en los detalles. Para el autor del *vocabulario*, Titu Atauchi prendió en Cajamarca y allí mismo ahorcó a *once* españoles rezagados (apud Anello Oliva, libro I, capítulo III); para Garcilaso, Titu Atauchi prendió en Huaylas a *ocho*, y de ellos sólo ajustició a Sancho de Cuéllar, en Cajamarca (segunda parte, libro II, caps. V y VI). El *vocabulario* dice que Titu Atauchi desbarató en Huamachuco a los españoles; Garcilaso, que fué Quizquiz quien los sorprendió en dos emboscadas. Para el *vocabulario* Titu Atauchi fué bautizado; Garcilaso nada dice de este bautismo, aun cuando pone en boca suya a la hora de la muerte consejos de sumisión a los españoles (dicho sea de paso, de muy insegura verdad, como toda esta porción de los *Comentarios*).

De lo observado hasta aquí se infiere que o bien (como creo que queda probado) Valera no escribió la *relación* ni el *vocabulario*, y Garcilaso nada alteró ni suprimió de lo tocante al imperio preincaico, porque nada supo de él y nada decían de él las páginas de la crónica de Valera que llegaron a sus manos, o bien que si acaso Valera es autor de la *relación* y el *vocabulario*, cambió de ideas con los años, abandonó el sistema de dinastías y civilizaciones

vetustísimas, y lo contradijo formalmente en su historia definitiva, o bien que en los fragmentos de ésta poseídos por Garcilaso no se hablaba de los tiempos preincaicos o se hablaba de tan oscura y vaga manera, que Garcilaso se apartó de Valera en muchos puntos no sólo *negativos*, sino *positivos*, y no tomó su crónica como fuente principal ni como guía constante. Pero con cualquiera de estas hipótesis (que no son inconciliables entre sí, y cada una de las cuales, aislada, es, respectivamente, menos probable que la anterior) resultan destruídas las aseveraciones del señor González de la Rosa.

Por más que he buscado, no he logrado hallar en los *Comentarios* el pasaje en que, según dice González de la Rosa, habla Garcilaso del inca Cápac Raymi. Lo que afirma Valera de la cuenta de los años por *soles* tanto en Méjico como en el Perú (apud *Comentarios*, primera parte, libro II, cap. VI), se refiere indudablemente, en lo relativo a Méjico, a ciclos o edades del mundo, análogas a las de Montesinos y el *vocabulario*; pero en cuanto al Perú, ¿no se referirá sólo al sistema del año solar o *huata*, de que también habla Garcilaso? (Idem, ídem, libro II, cap. XXII).

La única razón considerable que podría alegarse a favor de la teoría de González de la Rosa sería que el padre Valera nombra y aprovecha en un pasaje (apud *Comentarios*, segunda parte, libro I, cap. XXIII) a varios de los autores poco conocidos en que pretende fundarse la *Relación anónima*, a saber: Juan Oliva, Juan Montalvo, el doctor Falcón y el franciscano fray Marcos Jofré. Pero a más de que uno de éstos, el licenciado o doctor Francisco Falcón, no es desconocido, sino que sus obras alcanzaron cierta notoriedad en el Perú, ¿es por ventura motivo bastante para tener dos libros por de un mismo autor, el que en ellos se cite a escritores poco divulgados? ¿Qué especie de irracional privilegio habría que concederle a Valera, para que él y sólo él haya podido leer determinados

escritos, de tal modo que toda producción en que aparezcan citados tiene forzosamente que atribuírsele, por mucho que se adviertan numerosísimas y graves discrepancias entre las doctrinas de ella y las terminantes palabras de Valera? Es indudable que la *Relación anónima* fué compuesta por un jesuíta. Si bien algunos de los documentos en que dicha relación se apoya (principalmente los quipos que menciona) han podido ser inventados por el mentiroso anónimo, muchos—de mayor o menor veracidad y crédito—han existido seguramente, como lo prueban las referencias de Valera. El anónimo se aprovechó de ellos, tergiversándolos, añadiendo nuevas inexactitudes y fantasías a las que ya en ellos se contenían. Tales papeles y documentos (poco estimables a juzgar por la muestra que nos da Valera) se conservaron en poder de los jesuítas; y sirvieron, entre otros, a Valera, al ignorado autor del *vocabulario* y a Montesinos. Es ésta, a mi parecer, la explicación más verosímil de las analogías y también de las discordancias que se encuentran entre los tres que acabo de indicar, y entre los dos últimamente nombrados y la *Relación anónima*.

Porque decir, como González de la Rosa, que Montesinos juntamente con Garcilaso habían plagiado al padre Valera (cuando distan *toto coelo* los *Comentarios* de la parte de las *Memorias históricas* que trata de los Incas), es violentar en extremo las cosas y desvirtuar el concepto de plagio. Reconozcamos de buen grado que Montesinos no es original que tomó su sistema—o la mayor parte de él— de escritos preexistentes. El mismo confiesa que lo ha copiado de un libro manuscrito de autor ignorado, que le aseguraron que fué obra de un quiteño, inspirado por el obispo fray Luis López. Perteneció este manuscrito, sin duda, al conjunto de trabajos que llegaron a manos de los jesuítas y que tanto extraviaron a algunos de ellos. Pero, ¿por qué hemos de creer, repito, que fué de Valera? ¿Por qué hemos de acusar a Montesinos de plagio, y multi-

plicar así, sin necesidad ni verosimilitud, las suposiciones de hurtos literarios? Si Montesinos no ha pretendido el lauro de la originalidad, ¿qué más le daba decir que copiaba a fray Luis López que no a Valera? ¿Qué tácita conjuración fué ésta de Montesinos, Garcilaso y los mismos jesuitas para ocultar unos, y desnaturalizar y retazar otros, la historia de Valera, y opacar en cuanto pudieran su memoria? Todo ello es rarísimo, desconcertador, laberíntico casi absurdo.

Escribe el señor González de la Rosa que los que han denostado a Montesinos, ignoraban que sus injurias recaían en el padre Valera, y que "ante semejante figura hay que decir *alto el fuego*". No, por cierto. Si se probara, contra todo lo que aparece de los puntos que llevo examinados, que Valera fué el autor del *vocabulario* y de la *relación*, podría decirse, siguiendo la metáfora propuesta, que en vez de suspender el fuego, habrá que avivarlo y nutrirlo. Resultaría un tremendo embaucador, culpable de la infinidad de mentiras que se contienen en la falsísima *Relación anónima*, en el inexacto *vocabulario* y en las fantasmagóricas *Memorias históricas*, responsable de la sistemática y desvergonzada deformación de la historia peruana, de esta especie de nuevos *cronicones* en que han venido a caer tan beneméritos eruditos. El padre Valera, como que fué jesuíta, hubo de conocer, y aun quizá extractar (según puede deducirse de lo que cuenta Anello Oliva) aquellos engañosos documentos históricos adquiridos o tramados por sus hermanos de orden, y que luego adoptó y compendió Montesinos; pero no hay absolutamente pruebas que autoricen a creer que aceptara sus teorías, ni menos a hacerle la injuria de reputarlo inventor de ellas y achacarle tan desdolorosa paternidad.

## EL INCA GARCILASO DE LA VEGA

Su vida y carácter.— *Traducción de los diálogos de León el Hebreo. La Florida del Inca.*— Examen de la primera parte de los *Comentarios Reales.*— Examen de la segunda parte de los *Comentarios Reales.*

## SU VIDA Y CARÁCTER.

**G**ARCILASO fué hijo natural del capitán Garcilaso (o Garci-Lasso) de la Vega y de la ñusta doña Isabel Chimpu Ocllo, sobrina de Huayna Cápac y nieta de Túpac Yupanqui<sup>1</sup>. Nació en el Cuzco el 12 de abril de 1539<sup>2</sup>. Desde la niñez, la suerte pareció esmerarse en despertarle la vocación de cronista. Creció en medio del fragor de las

---

<sup>1</sup> Se deduce que Garcilaso no era hijo legítimo de lo que dice en el capítulo II del libro VII y en el capítulo XI del libro VIII de la segunda parte

guerras civiles, en las que tan mezclado estuvo su padre, y ante sus ojos de niño desfilaron los protagonistas y los actores secundarios de aquellos sangrientos y movidos dramas. Conoció a Gonzalo Pizarro, a Francisco Carbajal, al presidente Gasca y a Francisco Hernández Girón, y oyó de los labios de los veteranos la relación de los sucesos. Su padre, que era muy dadivoso y hospitalario, tenía en el Cuzco casa abierta y mesa puesta para los antiguos compañeros de armas. De la conversación de los numerosos huéspedes paternos, que, como cuenta él mismo, «la mayor y más ordinaria que tenían era repetir las cosas hazañosas y notables que en las conquistas habían acaecido»<sup>3</sup>, acopió un caudal de revelaciones y de anécdotas, que conservó con el cariño con que se guardan las impresiones de la infancia.

El nacimiento y la primera educación lo preparaban para ser el historiador de la conquista y de las disensiones de los españoles, y más todavía para ser el historiador de los Incas. Aunque los indios no acataban las prerrogativas de la familia imperial sino en la descendencia masculina, de varón a varón, libraron de la exclusión a los hijos de conquistadores y de *pallas* o *ñustas*. Refiere Garcilaso que lo hicieron por creer a los españoles *viracochas*, o sea descendientes del Sol. Pero más que a la creencia supersticiosa o a la lisonjera fábula, hubieron de atender a razones de conveniencia. Muy útil era a los últimos incas contar entre

---

de los *Comentarios Reales*. Comparando los dos capítulos citados se ve que en 1553 el conquistador Garcilaso estaba casado con una dama española, hermana de la mujer de Antonio de Quiñones y que en 1558, cuando el inca Sayri Túpac entró en el Cuzco, vivía aún la princesa doña Isabel. Y hasta es probable que el cronista la dejara viva en el Perú, según lo que leemos en el capítulo XXXIX del libro IX de la primera parte: «Cuando murió don Francisco, hijo de Atahualpa, pocos meses antes de que yo me viniese a España, el día siguiente a su muerte, bien de mañana, antes de su entierro, vinieron los pocos parientes incas que había, a visitar a mi madre.»

<sup>2</sup> *Comentarios Reales*, segunda parte, libro III, capítulo XIX; libro IV, cap. XLII.

<sup>3</sup> *Comentarios*, primera parte, libro I, cap. III.

su parentela *oficial*—digámoslo así—a hijos de conquistadores, y sin duda les reconocieron la clase y jerarquía de príncipes de la sangre para recordarles el vínculo de la común ascendencia y tenerlos como mediadores y como prendas de amistad y concordia entre vencedores y vencidos. Pudo, por consiguiente, Garcilaso usar con universal aquiescencia el título de *inca*, que no lo enorgullecía menos que la nobleza de su ilustre apellido castellano. Y si los amigos de su padre le comunicaron el tesoro de las remembranzas soldadescas, los parientes y servidores de su madre le transmitieron con religioso cuidado, como a vástago de los soberanos indígenas, el sagrado depósito de las tradiciones del derrocado imperio. Cedámosle la palabra, para que nos describa en sabroso lenguaje los sentimientos que dominaban a sus deudos maternos: «Residiendo mi madre en el Cozco, su patria, venían a visitarla casi cada semana los pocos parientes que de las crueldades y tiranías de Atahualpa escaparon; en las cuales visitas siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus reyes, de la majestad dellos, de la grandeza de su imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y en favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosa de las prósperas que entre ellos hubiesen acaecido que no la trujesen a cuenta. De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república. Estas y otras semejantes pláticas tenían los incas y pallas en sus visitas, y con la memoria del bien perdido, siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: *trocósenos el reinar en vasallaje*. En estas pláticas yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas»<sup>4</sup>.

---

4 Comentarios Reales, primera parte, libro I, cap. XV.

Todas las aristocracias propenden a encarecer y hermostrar lo pasado, porque en él tienen los títulos de su poder y su consideración, y las aristocracias depuestas y arruinadas, con mucho mayor empeño y ahinco, porque en él encuentran consuelo para sus desgracias y humillaciones y satisfacción para el herido orgullo. Se encierran con increíble tenacidad en el recuerdo de sus marchitas glorias, e inconscientemente las exageran e idealizan. Júzguese cuáles serían las ponderaciones de aquellos incas, aficionados por carácter a lo extraordinario y sobrenatural y caídos de tan alto a tan bajo, de la situación de seres, no ya privilegiados, sino semidivinos, a la de pobres y vejados súbditos. Un inca viejo, tío abuelo de Garcilaso, llamado Cusi Huallpa, era el que, con el fervoroso amor de la ancianidad a los tiempos pretéritos, daba más detenida explicación de las antiguallas, y la extraña unción, el misterioso prestigio de sus discursos ha pasado a algunas de las páginas de su sobrino.

Cuando el conquistador Garcilaso tuvo que salir del Cuzco, huyendo de Gonzalo Pizarro, los incas y un cacique se atrevieron a alimentar, con peligro de la vida, a doña Isabel y a sus dos hijos (una niña de pocos años y el futuro cronista, que contaba cinco), los cuales sin el socorro habrían perecido de hambre<sup>5</sup>.

Con tales antecedentes se comprende que el mestizo Garcilaso profesara por los Incas y en general por la raza india un cariño entrañable. Como él propio lo declara, los *Comentarios Reales*, en su primera parte, «son el cumplimiento de la obligación que a la patria y a los parientes maternos decía». Este patriótico afecto y el parentesco y trato íntimo con los últimos miembros de la familia real peruana hacían que Garcilaso reuniera para conocer la historia incaica muy singulares condiciones, a la vez ventajosas y adversas. Por una parte, gracias a ellas poseyó

---

5 *Comentarios Reales*, segunda parte, libro IV, cap. X.

aquella simpatía y aquella efusión amorosa que son en el historiador dotes insustituíbles, puesto que constituyen el alma de la evocación histórica, y atesoró en la memoria las tradiciones de la corte del Cuzco. Pero por otra parte, esas mismas condiciones suyas lo inclinaban fatalmente a idealizar el imperio de sus antepasados; a celebrar por sistema las leyes que establecieron, las costumbres que observaron y las victorias que obtuvieron; a disimular las derrotas y las manchas; a ignorar los vicios y defectos; a ponderar las virtudes y excelencias, y a convertir, por fin, la crónica en un ardiente alegato, en la generosa, pero apasionada, obra de la ternura filial. En su derredor todo conspiraba a este objeto. Las miserias y calamidades de la Conquista y de las guerras civiles hacían olvidar los males que pudieron haber afligido al pueblo en la época incaica, y que de seguro fueron menores que los producidos por la codicia y crueldad de los soldados de España. Las brillantes ceremonias nacionales desaparecían, los grandiosos monumentos patrios se desmoronaban en el silencio, envolviéndose en la melancólica majestad que decora siempre el ocaso de una civilización y de una raza. Ante espectáculo semejante, y comparando el desconcierto, los estragos y las constantes insurrecciones de los conquistadores con la prosperidad del antiguo Tahuantinsuyu, el descendiente de los Incas, aunque fuera católico muy sincero y devoto e hijo de castellano invasor, tenía que imaginar el régimen y gobierno de sus abuelos indígenas como un dechado de perfección y sabiduría.

A las influencias arriba mencionadas, que obraron sobre la imaginación y el sentimiento de Garcilaso, agréguese, como causa igualmente deformadora de la visión histórica, su credulidad natural. Mucho se ha hablado de la credulidad de Garcilaso, y a mi ver con notable exageración e injusticia; pero es preciso reconocer que en materia de discernimiento no superaba a la mayoría de sus contemporáneos españoles. Es cierto que relata las fábulas gentí-

licas sólo por cumplir la tarea de historiador, sin creer en ellas, antes bien, llamándolas *burlerías* y *disparates*. Pero reemplaza el elemento maravilloso indio con el elemento maravilloso cristiano. Narra con profundo convencimiento y muy viva complacencia cotidianos milagros de la Virgen y del apóstol Santiago, y los providenciales castigos de los sacrílegos, excomulgados y blasfemos, y explica siempre por la intervención del diablo los oráculos y hechicerías. Verdad que en esto no hacía sino seguir el ejemplo de todos los españoles y de todos los europeos de los siglos XVI y XVII.

La cultura no vino en él a corregir la credulidad nativa; y aun añadamos que la cultura teológica y pedantesca, que era la ordinaria en aquella época, no tenía eficacia para formar en la mente hábitos críticos ni para educar el discernimiento histórico. No puede decirse que la educación de Garcilaso hubiera sido esmerada. Al contrario, no podían prosperar los estudios en la tierra recién conquistada y alterada por continuos levantamientos y alborotos «Los estudiantes andaban descarriados de un preceptor a otro, sin aprovecharles ninguno... y así quedaron imperfectos en la lengua latina.» Es de creer que lo que supo Garcilaso, lo debió, más que al buen canónigo Cuéllar<sup>6</sup>, a sus lecturas personales y a su despierta inteligencia. Su crianza militar, *entre armas y caballos*, contribuyó tal vez a no aguzarle el criterio para la exacta apreciación de los tiempos remotos del Perú (por más que le valiera mucho para los de la conquista y dominación españolas); pero, en cambio, lo libró de la carga agobiadora de la pedantería y le dió el desembarazo y la agilidad que eran patrimonio de los *ingenios legos*, como se decía entonces.

Fallecido su padre de muerte natural (que fué raro género de muerte entre los conquistadores), se trasladó

---

6 *Comentarios Reales*, primera parte, libro II, cap. XXVIII.

Garcilaso a España en 1560<sup>7</sup>. Tocó en las islas Fayal, Terceira y Azores; desembarcó en Lisboa y pasó a Sevilla en el mismo año de 1560. Luego fué a Extremadura y Montilla, a ver a su parentela<sup>8</sup>. Era a la sazón mozo de más de veinte años, edad en que las aptitudes y las líneas del ca-

---

7 El señor don José Toribio Polo, en un artículo que apareció en el número II de la *Revista Histórica*, asegura que Garcilaso «estuvo en Lima de edad de once a trece años», apoyándose en las siguientes palabras sacadas del capítulo IX del libro IX de la primera parte de los *Comentarios*: «Este año de 1550 oí yo contar estando en la ciudad de los Reyes, que siendo el ilustrísimo don Antonio de Mendoza visorrey y gobernador de la Nueva España...» En esto ha padecido Polo una curiosa equivocación. Las palabras citadas existen en los *Comentarios*, pero no son de Garcilaso, sino de Cieza de León. Garcilaso las transcribe de la *Crónica del Perú*, capítulo LII, y así lo declara al principio del suyo alegado. No hay, pues, prueba del tal viaje de Garcilaso a Lima. Donde sí estuvo fué en las Charcas, en la provincia de los Chichas, o sea en las regiones de Puno o en las comarcas, supone Cotesanta *Com.*, primera parte, libro I, capítulo I, y en Potosí por los años de 1554, a juzgar por lo que cuenta de cierto Papa y clérigo y de una india (primera parte, libro VIII, capítulo XXI). (1) Y no sólo ha errado Polo en atribuir a Garcilaso tales palabras ajenas, sino también en creer que se refieren al gobierno de don Antonio de Mendoza en el Perú, cuando claramente se dice en ellas *siendo el ilustrísimo don Antonio de Mendoza visorrey y gobernador de la Nueva España*. Por consiguiente, carece de objeto la rectificación de fechas que Polo establece más abajo.

Otra equivocación, más curiosa todavía que la anterior, tiene Tschudi en sus *Contribuciones*, a propósito del nombre y del apellido de Garcilaso. Muy receloso y desconfiado se muestra, porque imagina que Garcilaso puso singular empeño en ocultar su nombre de pila. «De paso voy a señalar aquí el hecho raro y característico de que Garcilaso, a lo que yo sepa, jamás indica su nombre de pila, sino que se llama siempre a sí mismo, con una vanidad que salta a la vista, Inca Garcilaso de la Vega. Se sabe que su padre fué un soldado valeroso, aunque no un partidario leal, y que se casó con una mujer que había sido *palla* de la tribu (*ayllo*) de Huáscar Inca. El hijo era, pues, español de nacimiento, y tenía un nombre de pila cristiano, que ha ocultado cuidadosamente, como si se hubiera avergonzado de él» (Tschudi, *Contribuciones*, artículo *Wirokotsa*, nota). En este trozo de Tschudi casi son tantos los errores como las palabras. Ni está probado que el conquistador Garcilaso fuera desleal al rey; ni se casó con doña Isabel Chimpu Ocllo, sino que vivió amancebado con ella; ni puede decirse con propiedad que ésta fuera *palla* sino *ñusta*, pues fué soltera; ni pertenecía al *ayllo* de Huáscar; ni, finalmente, tenía por qué desasosegarse Tschudi, ya que no existió tal ocultación de nombre en el cronista cuzqueño. *Garcilaso de la Vega* es corrupción de *Garci-Lasso de la Vega*, verdadera forma de su nombre y apellido. *Garci* es contracción de *García*, nombre de pila muy usado por los españoles de los siglos XVI XVII. Varios de los conquistadores y de los primeros virreyes lo llevaron.

8 En 1562 y 1563 Garcilaso estuvo en Madrid (primera parte, libro VIII, capítulo XXIII). En 1569, ya capitán contra los moriscos de Granada. Antes

rácter se hallan ya por lo general formadas. Imaginativamente nos representamos a Garcilaso en este punto como al perfecto tipo de la mezcla de las dos razas, americana y española. Y no es puro capricho de la fantasía, porque de aquella manera se nos aparece en sus obras. Tenía del español la viveza y la fogosidad, y del indio, la dulzura afectuosa y cierto candor, que es muy común descubrir bajo la proverbial desconfianza y cautela de nuestros indígenas, y unía en un mismo y contradictorio amor a la casta de los subyugados y a la de los dominadores.

En España entró en el ejército. Militó en varias campañas, principalmente en la guerra contra los moriscos. Sirvió a las órdenes de don Juan de Austria y de don Alonso Fernández de Córdoba, marqués de Priego, y logró el grado de capitán, *inmérito de sueldo*. Dice que escapó de *la guerra tan desvalijado y adeudado que no le fué posible volver a la corte, sino acogerse a los rincones de la soledad y pobreza*. En vano solicitó del rey la restitución patrimonial de los bienes de su madre y la recompensa debida por los servicios de su padre. El gobierno español conservaba mal recuerdo del conquistador Garcilaso, que fué amigo personal de Gonzalo Pizarro y siguió las banderas rebeldes. Y aunque nuestro cronista se afaná por probar que su padre había seguido a Gonzalo Pizarro de pésima gana, intimidado y obligado por amenazas y persecuciones, en calidad de prisionero, y que en cuanto se le había presentado ocasión había abandonado las filas pizarristas, no acertó a desvanecer las retrospectivas sospechas sobre la lealtad del finado capitán, y por causa de ellas el Consejo de Indias denegó las esperadas mercedes.

En 1579 estaba en Sevilla (*Comentarios*, primera parte, libro VIII, capítulo XXIII). En 1586 en Montilla, es-

---

debió ir a Italia en 1561 y 1562, acreedor de su pariente el marqués de Priego. (II).

tado de su primo el marqués de Priego, y poseyó la capellanía de su tío don Alonso de Vargas. (III)

Desalentado y desilusionado, y frizando ya en los cincuenta años, se estableció, hacia 1589, (IV) en la ciudad de Córdoba, de donde no parece haberse ausentado sino muy raras veces en todo el curso de su vida posterior. Veraneaba en la próxima aldea de Las Posadas o en villas de las cercanías. Se ordenó de clérigo, según vemos por su testamento, descubierto recientemente por don Manuel González de la Rosa<sup>9</sup>. Las letras, que descuidó en la juventud, lo consolaron en su modesto retiro. Utilizando el conocimiento del italiano, adquirido en sus andanzas militares, vertió al castellano *Los diálogos de amor*, de León el Hebreo. Dedicóse luego a la crónica, género al cual lo llevaba una decidida afición. Compuso la historia de la jornada del Adelantado Hernando de Soto en la Florida, que tiene por título *La Florida del Inca*, de relación de un caballero que estuvo en esa expedición. Hizo imprimir dicha historia en Lisboa el año de 1605. El año de 1609 publicó, también en Lisboa, *La Primera Parte de los Comentarios Reales, que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fué aquel imperio y su república antes que los españoles pasaran a él*. Ya por 1613 tenía acabada la segunda parte de los *Comentarios*<sup>10</sup>, que trata del descubrimiento y las guerras civiles del Perú; pero no alcanzó a verla impresa. Murió en Córdoba el 22 de abril de 1616, diez días después de haber cumplido setenta y siete años<sup>11</sup>. (V) Garcilaso de la Vega

---

<sup>9</sup> Debe publicarse en el trimestre III del tomo III de la *Revista Histórica*.

<sup>10</sup> Véanse en comprobación las aprobaciones que preceden a esta segunda parte.—Prescott afirma erróneamente que la acabó pocos meses antes de morir. En esto y en lo del nacimiento de Garcilaso, las fechas que da Prescott están equivocadas. Fácil será certificarlo leyendo atentamente los *Comentarios*.

<sup>11</sup> Por el testamento de Garcilaso de la Vega sabemos que éste se solía llamar también por otro nombre, siguiendo el uso de aquellos tiempos, *Gómez Suárez de Figueroa*, como su primo lejano el duque de Feria.

fué y tenía que ser un hombre de la Edad Media. La materia a que dedicó sus estudios: las expediciones y guerras coloniales (que siempre resultan algo arcaicas, y entonces, como hoy mismo, reproducían tipos ya pretéritos en Europa), contribuyó a retrasarlo algo en cuanto a su propia época. El Renacimiento lo educó ya en su edad madura; mas a pesar de sus lecturas toscanas y su afición a los poetas e historiadores florentinos recientes, fué en lo esencial, por sus ideas, por sus sentimientos y por su estilo (a pesar de centurias de distancia), un hermano de Muntaner y Villani, de Joinville y de Froissart. (VI)

TRADUCCIÓN DE LOS DIÁLOGOS DE LEÓN EL HEBREO  
LA FLORIDA DEL INCA.

La *Traducción de los tres diálogos de León el Hebreo por el Inca Garcilaso* salió a luz en Madrid el año 1590, y consiguió al principio muy favorable acogida (aunque el Santo Oficio la prohibió después). Admiró mucho que un natural del Nuevo Mundo tradujera tan galanamente del toscano libro tan sutil y filosófico. Animado con esto, emprendió Garcilaso la historia de la campaña de Hernando de Soto en La Florida, que ya había ofrecido en la dedicatoria a Felipe II que encabeza la citada versión de los *Diálogos de amor*.

Para describir *La Florida* disfrutó Garcilaso de las muy

---

Parece que Garcilaso sólo recibió órdenes menores; pues en su testamento y codicilos se llama clérigo a secas, mientras que denomina *clérigos presbíteros* a los sacerdotes que menciona.

No era la pobreza de Garcilaso tanta como él la ponderaba. Al morir tenía a su servicio cinco criados y una esclava morisca; poseía censos de alguna consideración, habida cuenta del valor del dinero en la época, y dos de ellos que montaban a diez mil ducados impuestos sobre los bienes del marqués de Priego, y para su sepultura reedificó y dotó la capilla de las Animas en la catedral de Córdoba, y fundó en ella un aniversario de misas, nombrando por patronos al Deán y Cabildo de la misma Catedral, y al mayorazgo y veinticuatro don Francisco de Corral y sus descendientes.

largas y frecuentes relaciones de un amigo suyo, que había sido compañero de Hernando de Soto en la frustrada conquista y residía en los alrededores de Córdoba. No da el nombre de este caballero, pero sus señas no convienen ni son aplicables sino a Gonzalo Silvestre, capitán distinguido en La Florida y luego en el Perú<sup>12</sup>. Consultó, además, las relaciones manuscritas de dos soldados de la expedición, llamados el uno Alonso de Carmona y el otro Juan Coles, y de continuo los cita para confirmar la narración con sus concordes testimonios. Por último, asegura que su historia fué comparada por un cronista real con las declaraciones que los otros sobrevivientes de aquel descubrimiento hicieron en Méjico ante el virrey don Antonio de Mendoza, y que el cronista real halló conformes los dos relatos. Herrera sigue puntualmente el de Garcilaso; lo apoya en unos escritos que fueron entregados al presidente del Consejo de Castilla y obispo de Córdoba, don Pablo de Laguna, por un fraile menor (probablemente el mismo fray Pedro Aguado de que habla Garcilaso en el *Proemio*), y lo comprueba, además, con ciertas pinturas de las batallas y hechos militares de la Florida, que de orden de Felipe II le mostró el guardajoyas real Antonio de Voto<sup>13</sup>. A pesar de tantas autoridades, Bancroft ha expresado dudas sobre la veracidad de *La Florida del Inca*<sup>14</sup>. Tienen que admitir todos la exactitud de la impresión de conjunto. Las infidelidades sólo pueden encontrarse en los particulares. Los rasgos generales del relato de Garcilaso están aceptados por todos los

---

12 Vid. en *La Florida del Inca el Proemio al lector*, el capítulo XIV de la primera parte del libro II, el capítulo XIV del libro IV, y los capítulos XI y XII de la segunda parte del libro V, y VII y XV del libro VI.—Los detalles que se consignan en los mencionados lugares y el tono con que se relatan, no podían venir sino de Gonzalo Silvestre.

Vid. lo que le este mismo Gonzalo Silvestre se lee en el capítulo XXXVI del libro IV, y en el capítulo IV, y en el capítulo VII del libro VIII de la segunda parte de los *Comentarios Reales*.

13 Década VII. libro VII, cap. XII.

14 En el tomo I de su *Historia de los Estados Unidos*.

historiadores y por el propio Bancroft. En cuanto a los pormenores y menudencias, se comprende y se explica la involuntaria inexactitud. Como Garcilaso no acompañó a Hernando de Soto ni fué testigo presencial de los sucesos que narra (puesto que nació el mismo año en que el Adelantado Soto entró en la Florida), con facilidad pudo ser inducido a error en algunas cosas. Los cuadernos de Coles y Carmona no guardaban orden de lugares y tiempos. En consecuencia, para establecer los itinerarios, Garcilaso se vió reducido a los recuerdos del anciano Gonzalo Silvestre, y es verosímil y probable que se engañara con frecuencia. Y aun en estos pormenores, quizá no sean tantas las equivocaciones de Garcilaso como se quiere dar a entender. Haría que comparar paso a paso y minuciosamente la relación portuguesa (que no es tampoco inatacable ni infalible) con la de nuestro compatriota, la cual saldría tal vez de un detenido examen crítico mejor parada de lo que a primera vista se cree. En todo caso, entre una crónica inexacta sobre ciertos puntos muy secundarios y de detalle y una *novela* (que así se ha llegado a calificar) hay, a mi parecer, inconmensurable diferencia. La mejor prueba de la verdad de *La Florida* es el sincero y convencido acento de sus narraciones, de que daré luego una muestra. Y pues esta primera obra histórica de Garcilaso no se relaciona con la historia del Perú y, por consiguiente, debe ocupar muy reducido sitio en el presente ensayo, limitémonos a observar desde ahora que la crítica ha sido implacable y exageradamente severa con el cronista cuzqueño, y que tanto en *La Florida* como en *Los Comentarios* urge, dado el giro que llevan los estudios, para restablecer el necesario equilibrio, contrarrestar la desbordada tendencia *antigarcilasista*, que amenaza convertirse en funesta manía.

Pero sea cual fuere el valor histórico de *La Florida del Inca* (que repito que lo creo positivo e importante), es indudable su gran mérito literario. Ninguna otra crónica es-

pañola recuerda en igual grado (hasta por la singular semejanza de muchas situaciones) la *Retirada de los diez mil*, de Jenofonte. Si no la misma perfección concisa, posee la misma claridad y animación en las descripciones, la gracia casi infantil y el mismo estilo fresco y candoroso. Voy a permitirme copiar un largo pasaje en que es de admirar la fusión del elemento heroico con el elemento vulgar y prosaico, lo cual comunica a la relación un tono de verdad incomparable. Nada más lejano de lo *novelesco* que esta completa ingenuidad:

«El gobernador, hallando los pasos que deseaba para pasar la ciénega, le pareció dar luego aviso de ellos a Luis de Moscoso, su maese de campo, para que con el ejército caminase en pos dél, y también para que luego que tuviese la nueva, le enviase socorro de bizcocho y queso; porque la gente que consigo tenía, padecía necesidad de comida: que pensando no alejarse tanto, habían sacado poco bastimento. Para lo cual llamó a Gonzalo Silvestre, y en presencia de todos le dijo: «A vos os cupo en suerte el mejor caballo de todo nuestro ejército, y fué para mayor trabajo vuestro, porque os hemos de encomendar los lances más dificultosos que se nos ofrezcan. Por tanto, prestad paciencia y advertid que a nuestra vida y conquista conviene que volváis esta noche al real y digáis a Luis de Moscoso lo que habéis visto y cómo hemos hallado paso a la ciénega, que camine luego con toda la gente en nuestro seguimiento. Y a vos, luego que lleguéis, os despache con dos cargas de bizcocho y queso con que nos entretengamos hasta hallar comida, que padecemos necesidad della; y para que volváis más seguro que vais, os mande dar treinta lanzas que os aseguren el camino; que yo os esperaré en este mismo lugar hasta mañana en la noche, que habéis de ser aquí de vuelta; y aunque el camino os parezca largo y dificultoso y el tiempo breve, yo sé a quién encomiendo el hecho; y

porque no vais solo, tomad el compañero que mejor os pareciere, y sea luego; que os conviene amanecer en el real, porque no os maten los indios si os coge el día antes de pasar la ciénega».

Gonzalo Silvestre, sin responder palabra alguna, se partió del Gobernador y subió en su caballo, y de camino como iba encontró con un Juan López Cacho, natural de Sevilla, paje del Gobernador, que tenía un buen caballo, y le dijo: «El General manda que vos y yo vamos con un recaudo suyo a amanecer al real: por tanto, seguidme luego, que ya yo voy caminando». Juan López respondió diciendo: «Por vida vuestra que llevéis otro, que yo estoy cansado y no puedo ir allá». Replicó Gonzalo Silvestre: «El Gobernador me mandó que escogiese un compañero; yo elijo vuestra persona. Si quisiéredes venir, venid enhorabuena; y si no, quedaos en ella misma; que porque vamos ambos no se disminuye el peligro, ni porque yo vaya solo aumenta el trabajo». Diciendo esto, dió de las espuelas al caballo y siguió su camino. Juan López, mal que le pesó, subió en el suyo y fué en pos dél. Salieron de donde quedaba el Gobernador a hora que el sol se ponía: ambos mozos, que apenas pasaban de los veinte años.

Estos dos esforzados y animosos españoles no solamente no huyeron del trabajo, aunque lo vieron tan excesivo, ni temieron el peligro, aunque era tan eminente; antes con toda facilidad y prontitud, como hemos visto, se ofrecieron a lo uno y a lo otro; y así caminaron las primeras cuatro o cinco leguas, sin pesadumbre alguna, por ser el camino limpio, sin monte, ciénegas ni arroyos, y por todas ellas no sintieron indios. Mas luego que las pasaron, dieron en las dificultades y malos pasos que al ir habían llevado; con atolladeros, montes y arroyos que salían de la ciénega mayor y volvían a entrar en ella. Y no podían huír estos malos pasos; porque como no había camino abierto ni ellos sabían

la tierra, érales forzoso, para no perderse, volver siguiendo el mismo rastro que los tres días pasados al ir habían hecho: caminaban solamente al tino de lo que reconocían haber visto y notado la ida.

El peligro que estos dos compañeros llevaban de ser muertos por los indios era tan cierto, que ninguna diligencia que ellos pudieran hacer bastara a sacarlos dél, si Dios no los socorriera por su misericordia, mediante el instinto natural de los caballos; los cuales, como si tuvieran entendimiento, dieron en rastrear el camino que al ir habían llevado, y como podencos o perdigueros hincaban los hocicos en tierra para rastrear y seguir el camino. Y aunque a los principios, no entendiendo sus dueños la intención de los caballos, les tiraban de las riendas, no querían alzar las cabezas, buscando el rastro; y para lo hallar cuando lo habían perdido, daban unos grandes soplos y bufidos de que a sus dueños les pesaba, temiendo ser por ellos sentidos de los indios. El de Gonzalo Silvestre era el más cierto en el rastro y en hallarlo cuando lo perdía. Mas no hay que espantarnos de esta bondad ni de otras muchas que este caballo tuvo, porque de señales y color naturalmente era señalado para en paz y en guerra ser bueno en extremo, porque era castaño oscuro, peceño, calzado el pie izquierdo y lista en la frente, que bebía con ella; señales que en todas las colores de caballos, o sean rocines o hacas, prometen más bondad y lealtad que otras ningunas: y el color castaño, principalmente peceno, es sobre todos los colores bueno para veras y burlas, para lodos y polvos. El de Juan López Cacho era bayo, tostado, que llaman zorruno, de cabos negros, bueno por extremo; mas no igualaba a la bondad del castaño, el cual guiaba a su amo y al compañero. Y Gonzalo Silvestre, habiendo reconocido la intención y bondad de su caballo cuando bajaba la cabeza para rastrear y buscar el camino, lo dejaba a todo su gusto, sin contradecirle en cosa alguna, porque así les iba mejor. Con estas dificultades y

otras que se pueden imaginar mejor que escribir, caminaron sin camino toda la noche estos dos bravos españoles, muertos de hambre, que los dos días pasados no habían comido sino cañas de maíz que los indios tenían sembrado; e iban alcanzados de sueño y fatigados de trabajo, y los caballos lo mismo, que tres días había que no se habían desensillado y a duras penas quitádoles los frenos para que comiesen algo. Mas ver la muerte al ojo si no vencían estos trabajos, les daba esfuerzo para pasar adelante. A una mano y a otra de como iban, dejaban grandes cuadrillas de indios que a la lumbre del mucho fuego que tenían, se parecía como bailaban, saltaban y cantaban, comiendo y bebiendo con mucha fiesta y regocijo, y gran plática y vocería que entre ellos había, que en toda la noche cesaron. Si era celebrando alguna fiesta de su gentilidad o platicando de la gente nuevamente venida a su tierra, no se sabe; mas la grita y algazara que los indios tenían regocijándose, era salud y vida de los dos españoles que por entre ellos pasaban; porque con el mucho estruendo y regocijo, no sentían el pasar de los caballos ni echaban de ver el mucho ladrar de sus perros, que sintiéndolos pasar se mataban a alaridos. Lo cual todo fué providencia divina; que si no fuera por este ruido de los indios y el rastrear de los caballos, imposible era que por aquellas dificultades caminaran una legua, cuanto más doce, sin que los sintieran y mataran.

Habiendo caminado más de diez leguas con el trabajo que hemos visto, dijo Juan López al compañero: «O me dejad dormir un rato o me matad a lanzadas en este camino, que yo no puedo pasar adelante ni tenerme en el caballo, que voy perdidísimo de sueño». Gonzalo Silvestre, que ya otras dos veces le había negado la misma demanda, vencido de su importunidad le dijo: «Apeaos y dormid lo que quisiéredes; pues a trueque de no resistir una hora más el sueño, queréis que nos maten los indios. El paso de la ciénaga, según lo que hemos andado, ya no puede estar lejos;

y fuera razón que la pasáramos antes que amaneciera, porque si el día nos toma de esta parte, es imposible que escapemos de la muerte».

Juan López Cacho, sin aguardar más razones, se dejó caer en el suelo como un muerto, y el compañero le tomó la lanza y el caballo de rienda. A aquella hora sobrevino una grande escuridad, y con ella tanta agua del cielo que parecía un diluvio. Mas por muchas que caía sobre Juan López, no le quitaba el sueño, porque la fuerza que esta pasión tiene sobre los cuerpos humanos es grandísima, y como alimento tan necesario, no se le puede excusar.

El cesar el agua, y quitarse el nublado, y parecer el día claro, todo fué en un punto; tanto que se quejaba Gonzalo Silvestre no haber visto amanecer. Mas pudo ser que se hubiese dormido sobre el caballo, también como el compañero en el suelo, que yo conocí un caballero (entre otros) que caminando iba tres o cuatro leguas dormido sin despertar, y no aprovechaba que le hablasen, y se vió algunas veces en peligro de ser por ello arrastrado de su cabalgadura. Luego que Gonzalo Silvestre vió el día tan claro, a mucha priesa llamó a Juan López; y porque no le bastaban las voces roncadas, bajas y sordas que le daba, se valió del cuento de la lanza y lo recordó a buenos recatonazos, diciéndole: «Mirad lo que nos ha causado vuestro sueño. Veis el día claro que temíamos, que nos ha cogido donde no podemos escapar de no ser muertos a manos de los enemigos».

Juan López subió a su caballo, y a toda diligencia caminaron más que de paso, corriendo a media rienda; que los caballos eran tan buenos que sufrían el trabajo pasado y el presente. Con la luz del día no pudieron los dos caballeros dejar de ser vistos por los indios; y en un momento se levantó un alarido y vocería, apercibiéndose los de la una y otra banda de la ciénega con tanto zumbido y estruendo y retumbar de caracoles, bocinas y tamborinos, y otros ins-

trumentos rústicos, que parecía quererlos matar con la grito sola.

En el mismo punto aparecieron tantas canoas en el agua, que salían de entre la enea y juncos, que a imitación de las fábulas poéticas decían estos españoles que no parecía sino que las hojas de los árboles caídas en el agua se convertían en canoas. Los indios acudieron con tanta diligencia y presteza al paso de la ciénega, que cuando los cristianos llegaron a él, ya por la parte alta los estaban esperando.

Los dos compañeros, aunque vieron el peligro tan eminente que al cabo de tanto trabajo pasado les esperaba en el agua, considerando que lo había mayor y más cierto en el temer que en el osar, se arrojaron a ella con gran esfuerzo y osadía, sin atender a más que a darse prisa en pasar aquella legua, que como hemos dicho la tenía de ancho esta mala ciénega. Fué Dios servido que como los caballos iban cubiertos de agua y los caballeros bien armados, salieron todos libres, sin heridas, que no se tuvo a pequeño milagro, según la infinidad de flechas que les habían tirado; que uno de ellos, contando después la merced que el Señor particularmente en este paso les había hecho de que no les hubiesen muerto o herido, decía que, salido ya fuera del agua, había vuelto el rostro a ver lo que en ella quedaba, y que la vió tan cubierta de flechas como una calle de juncia el día de una gran solemnidad de fiesta.

En lo poco que de estos dos españoles hemos dicho y en otras cosas semejantes que adelante veremos, se podrá notar el valor de la nación española, que pasando tantos y tan grandes trabajos, y otros mayores que por su descuido no se han escrito, ganasen el Nuevo Mundo para su príncipe. Dichosa ganancia para indios y españoles, pues éstos ganaron riquezas temporales y aquéllos las espirituales!

Los españoles que en el ejército estaban, oyendo la grito y vocería de los indios tan extraña, sospechando lo que

fué y apellidándose unos a otros, salieron a toda priesa al socorro del paso de la ciénega más de treinta caballeros.

Delante de todos ellos un gran trecho, venía Nuño Tovar, corriendo a toda furia encima de un hermosísimo caballo rucio rodado, con tanta ferocidad y braveza del caballo y con tan buen denuedo y semblante del caballero, que con sólo la gallardía y gentileza de su persona (que era lindo hombre de la jineta) pudo asegurar en tanto peligro los dos compañeros.

Los indios, aunque vieron fuera del agua a los dos españoles, no dejaron de seguirlos por tierra, tirándoles muchas flechas con gran coraje, que cobraron de que hubiesen caminado tantas leguas sin que ninguno de los suyos los sintiesen. Mas luego que vieron a Nuño Tovar y a los demás caballeros que venían al socorro, los dejaron y se volvieron al monte y a la ciénega, por no ser ofendidos de los caballos, que no se sufría burlar con ellos en cambo raso. Los dos compañeros fueron recibidos de los suyos con gran placer y regocijo, y mucho más cuando vieron que no iban heridos”<sup>15</sup>.

De seguro el lector me agradecerá que haya interrumpido mi seco estudio con las páginas de una crónica tan amena y deleitosa como poco leída en el Perú. Para hacer apreciar sus bellezas habría que transcribir todos sus capítulos, y principalmente los que nos pintan la sorpresa y cruel batalla de Mauvila (cap. XXVI y siguientes del libro II) y aquellos en que nos parece presenciar la retirada por el gran Misisipí, cubierto de mil canoas indias (capítulos I al X del libro IV). ¡Cómo emocionan esos trances, de vibrante interés, y qué anhelos despiertan cuando, desde el fondo de nuestras tristes bibliotecas, comparamos la envidiable vida de los conquistadores, llena de novedad, de

---

15 *La Florida del Inca*, primera parte del libro III, capítulos XIII, XIV y XV.

aventuras y peripecias, de la sensación de lo desconcido y lo imprevisto, y del acre placer del peligro, con la sedentaria y monótona vida contemporánea!<sup>16</sup>.

EXAMEN DE LA PRIMERA PARTE DE LOS COMENTARIOS  
REALES.

El crédito de la primera parte de los *Comentarios Reales* ha pasado por extremas vicisitudes. Gozaron los *Comentarios* de favor desmesurado por muchos años. Era casi la única obra accesible sobre antigüedades peruanas. Garcilaso, con su amenidad y gracia, hizo olvidar las relaciones de los otros cronistas de los Incas. Y mientras éstas permanecieron, salvo excepciones muy raras, manuscritas en los archivos de España<sup>17</sup>, los *Comentarios* se tradujeron a varios idiomas, recorrieron el mundo y ejercieron, en materia de historia del Perú indígena, una prolongada y absoluta dominación, que hoy expían.

Desde mediados del último siglo la crítica moderna descubrió la credulidad y parcialidad de Garcilaso. Ya Pres-

---

16 En la *Historia de la Florida* se nota que Garcilaso andaba tan preocupado con la composición de sus *Comentarios Reales del Perú* (que ya traía entre manos), que no vacila en insertar, en medio de la descripción de las costumbres de los Floridos y de las hazañas de Hernando de Soto y sus compañeros, datos concernientes a la historia peruana, que luego tuvo que repetir en los dichos *Comentarios* (caps. I y IV del libro I; capítulo VI de la primera parte del libro II; cap. II de la segunda parte del libro V; y cap. II, del libro VI). Y como si experimentara placer con sólo usar vocablos de su querido idioma quechua, llama *curacas* a los jefes indios de La Florida. El amor de Garcilaso para la raza india se manifiesta en la complacencia con que están hechos los retratos de Mucozo, de la señora de Cosachiqui y del general de Anilco.

En el penúltimo capítulo de la *Historia de la Florida* expone el plan de los *Comentarios Reales*, y dice que la mayor parte de lo referente a la historia y costumbres de los Incas «estaba ya puesto en el telar».—Desde el año 1586, fecha de la dedicatoria de la traducción de León el Hebreo, había prometido escribir la historia del Perú. Es probable que desde ese año tuviera acopiados con tal fin documentos.

17 Las afamadas historias de Gómara, Herrera, Zárate y Diego Fernández de Palencia no tratan de los Incas sino incidentalmente y de manera muy sumaria.

cott lo tachó de *exagerado panegirista*, aunque reconociendo *el germen de verdad que no es difícil descubrir en cuanto dice*. Después, la publicación de varias crónicas y de numerosos documentos recientemente hallados o impresos han demostrado que Garcilaso es en muchos asuntos incompleto e inexacto. Pero, como siempre, la reacción ha resultado excesiva. Del viejo y temerario prurito de tomar por único guía a Garcilaso se ha venido a parar en otro no menos temerario: rechazarlo en conjunto, sin distinciones ni salvedades, y prescindir por sistema de sus noticias y testimonios. En la hora presente, quien no quiera parecer hombre de atrasadísima cultura ha de guardarse mucho de citar a Garcilaso como no sea para maltratarlo. Las cosas han llegado al punto de que no sorprende que un ilustre crítico, famoso tanto por lo seguro de su erudición cuanto por lo recto de su juicio, estampe las siguientes palabras: «Los *Comentarios Reales* no son texto histórico; son una novela utópica, como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol*, de Campanella; como la *Océana*, de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica»<sup>18</sup>.

Abramos al acaso el asendereado libro. No encontramos con estas palabras sobre el inca Sinchi Roca: «Algunos indios quieren decir que este inca no ganó más de hasta Chuncara; y parece que basta para la poca posibilidad que entonces los Incas tenían. Empero otros dicen que pasó mucho más adelante, y ganó otros muchos pueblos y naciones que van por el camino de Umasuyu. Que sea como dicen los primeros o como afirman los segundos, hace poco al caso que lo ganase el segundo inca o el tercero»<sup>19</sup>. Abri-

---

18 Marcelino Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas hispanoamericanos*, tomo III, p. CLXIII.

—*Orígenes de la novela*, tomo I, p. CCCXC y ss.

19 Cap. XVI del libro II de la primera parte de los *Comentarios*.

mos los *Comentarios* por otro lado y leemos: «Volviendo al inca Mayta Cápac, es así que casi sin resistencia redujo la mayor parte de la provincia Hatumpacasa. . . Si fué en sola una jornada o en muchas, hay diferencia entre los indios, que los más quieren decir que los Incas iban ganando poco a poco, por ir doctrinando y cultivando la tierra y los vasallos. Otros dicen que esto fué a los principios, cuando no eran poderosos; pero después que lo fueron, conquistaban todo lo que podían»<sup>20</sup>. Hojeamos algunas páginas y nos hallamos con que Garcilaso declara sobre el mismo Mayta Cápac: «Como a los pasados, le dan treinta años de reinado, poco más o menos, que de cierto no se sabe los que reinó ni los años que vivió; ni yo pude haber más de su hechos»<sup>21</sup>. Convengamos en que no es éste el tono de un novelista utópico: es el tono de un historiador. Nos sentimos lejos, no sólo de Campanella o Moro, sino de la imperturbable seguridad de los cronistas Montesinos y Cabello Balboa. Y sin trabajo se podrían multiplicar las citas de semejantes pasajes. Garcilaso confiesa a menudo que ignora ciertos nombres, los años que reinaron los Incas y los que emplearon en las campañas. La sinceridad con que admite y reconoce incertidumbres y dudas, es garantía de su veracidad. Cuando se encuentra con tradiciones disconformes, no vacila en presentarlas todas, y a veces ni siquiera se toma la libertad de manifestar que se decide por una. No estaba tan ayuno de discernimiento el que ha escrito lo siguiente: «Que digan los indios que en uno eran tres y en tres uno, es invención nueva de ellos, que la han hecho después que han oído la trinidad y unidad del Verdadero Dios, Nuestro Señor, para adular a los españoles con decirles que también ellos tenían algunas cosas semejantes a las de nuestra santa religión»<sup>22</sup>. «Todo lo que en suma hemos dicho de esta con-

20 Cap. II del libro III de la primera parte de los *Comentarios*.

21 Cap. IX del libro III, primera parte de los *Comentarios*.

22 Cap. V, libro II, primera parte de los *Comentarios*.

quista y descubrimiento que el rey inca Yupanqui mandó hacer por aquel río abajo, lo cuentan los Incas muy largamente, jactándose de las proezas de sus antepasados. . . Mas yo, por parecerme algunas de ellas increíbles para la poca gente que fué. . . me pareció no mezclar cosas fabulosas, o que lo parecen, con historia verdadera»<sup>23</sup>.

Claro que no vamos a proclamar a Garcilaso como dechado de crítica histórica, ni como el más reflexivo de los cronistas del Perú. Nadie niega que sea crédulo y parcial. En páginas anteriores he indicado las causas de su credulidad y parcialidad; y a ellas conviene agregar ahora que por el estado de ánimo en el cual trabajó los *Comentarios*, tenía que propender a la idealización del imperio de los Incas. En el atardecer de su vida y en el retiro de Córdoba, los cuentos y las tradiciones que rodearon su cuna y embelesaron después su imaginación de adolescente en el distante Cuzco, hubieron de aparecérselo hermosos por el sentimiento y envueltos en un suave y brillante velo nostálgico, tejido por el encanto de la doble lejanía en el tiempo y en el espacio. Pero su credulidad, ¿es por ventura excepcional? ¿No es casi la misma que la de todos los escritores de su tiempo? Recuérdese lo que era la crítica en los siglos XVI y XVII; tráiganse a la memoria los falsos cronicones, y los primeros capítulos de Mariana y de Florián de Ocampo; y dígase en seguida si es justo y racional deplorar con tan grande y marcada insistencia la *credulidad y ligereza* de quien en la vaga y obscurísima historia incaica procedió con sagacidad indudablemente mayor que la desplegada por la generalidad de sus contemporáneos en la indagación de la primitiva historia ibérica. Comparemos a Garcilaso con los que trabajaron en el mismo campo que él, con los cronistas que trataron de los Incas. De seguro Cieza de León y Ondegardo lo superan, aunque no tanto quizá como hoy

---

23 Cap. XV, libro VII, primera parte de los *Comentarios*.

es moda afirmarlo. Pero comparémoslo, no ya con un pobre indio ignorante como Santa Cruz Pachacuti o con el autor de una miscelánea recreativa como Cabello Balboa, sino con el erudito Montesinos y con el Padre Anello Oliva. Toda persona de buena fe reconocerá que Garcilaso, el capitán mestizo, «nacido entre indios y criado entre armas y caballos», aventaja en rectitud de criterio al licenciado de Osuna y al jesuíta italiano.

Indiscutida y evidente es la parcialidad y apasionamiento de Garcilaso por los Incas; pero, ¿basta comprobar la parcialidad de un autor para anular su crédito? Desde Herodoto y Tucídides, Tito Livio y Tácito hasta Macaulay y Mommsen, parciales son los más reputados historiadores. Sin cierto género de parcialidad, manifiesta u oculta, consciente o inconsciente, es imposible escribir la historia. Importa mucho, por cierto, conocer la magnitud y el alcance del apasionamiento en un historiador, para prever sus errores y rectificarlos aproximadamente; pero mientras no se averigüe y demuestre que ese apasionamiento ha llegado a hacerlo mentir, el sentido común dicta que se le oiga y consulte, con precaución mayor o menor, según los casos. Si atendemos a Pedro Pizarro y al padre Cobo, que, para disculpar la conquista, hacen un retrato tan desfavorable y sombrío del régimen de los Incas, ¿cómo no atender a Garcilaso, que se detiene en describir los mejores aspectos de ese régimen? El deber del crítico es semejante al del juez: consiste en adivinar la verdad sirviéndose de las contrapuestas defensas, y no imponer silencio a los abogados de las partes, so pretexto de que carecen de imparcialidad. Ser *parcial* no equivale necesariamente a ser *embustero*. Y téngase en cuenta que (como dice Pi y Margall, uno de los rarísimos escritores recientes que hacen cumplida justicia a Garcilaso<sup>24</sup>), la parcialidad de los *Comentarios*

---

24 Pi y Margall, *Historia general de América*, tomo I, volumen I, p. 329.

se halla en las reflexiones y consideraciones, mucho más que en las narraciones y noticias; y es relativamente fácil separar éstas de aquéllas.

La autoridad de un libro histórico reposa en la de sus fuentes. De dos clases son las de la primera parte de los *Comentarios*: tradiciones incaicas y cronistas españoles. En cuanto a las primeras, por mucho que se diga, se ha encontrado Garcilaso en situación favorable para utilizarlas. Don Vicente Fidel López ha tenido la intrepidez heroica de negar que Garcilaso supiera quechua<sup>25</sup>; pero ya Tschudi ha dado a tan absurda inculpación la respuesta que merece. Para escribir los *Comentarios*, no se satisfizo Garcilaso con sus recuerdos, sino que consiguió que sus deudos y condiscípulos del Perú le enviaran relaciones sacadas de los quipos<sup>26</sup>. Y repárese en que la mayor parte de éstos sus deudos y condiscípulos pertenecía a la alta nobleza incaica, la cual clase era la única que sabía en tiempo de la Conquistar dar cuenta de los acontecimientos históricos<sup>27</sup>. Es

25 *Les races aryennes du Pérou* (Paris, 1871), p. 336.

26 Libro I, cap. XIX de la primera parte.

27 Véase lo que sobre esto dice el padre Cobo en el cap. II del libro XII de la *Historia del Nuevo Mundo*. La exactitud de la aserción se comprueba con las informaciones que el virrey Toledo mandó hacer en Jauja y Huamanga el año de 1570. Era tal la ignorancia de los caciques e indios viejos de estas provincias acerca de la historia de los Incas, que creían a Manco Cápac padre y predecesor inmediato de Pachacutec. (Vid. el extracto de las informaciones de Toledo publicado por don Marcos Jiménez de la Espada a continuación del *segundo libro de las Memorias de Montesinos*, Madrid, 1872.)

En cuanto a las relaciones de meros *quipocamayos* (como el Catari invocado por el padre Oliva), Tschudi explica muy bien en su *Contribución para el estudio de la arqueología y lingüística del Perú antiguo* (Viena, 1891), las razones de la escasa confianza que debe prestárseles. No estando interesados de igual modo que los *orejunes* o *incas* en retener después de la conquista los comentarios verbales que eran la indispensable clave de los quipos históricos, los dejaron caer en olvido; y suplieron con mentiras la ciencia que ya les faltaba. Pero estas consideraciones no son aplicables, naturalmente, a los *quipocamayos* del Cuzco, que vivían en el foco de los recuerdos incaicos. De estos *quipocamayos* cuzqueños existe una valiosa información, que hemos de utilizar en nuestro estudio, hecha en 1542 por mandado de Vaca de Castro. La publicó Jiménez de la Espada (*Una antigualla peruana*, Madrid, 1892), no en la redacción original, hoy perdida, sino en el resumen que de ella compuso el año de 1608 un cierto fray Antonio, probablemente fray Antonio Calancha.

verdad que cuando Garcilaso reunió esas relaciones había transcurrido medio siglo de colonización; y que Cieza y Ondegardo, desde 1550 y 1560, respectivamente, recogieron de los labios de los *orejones* del Cuzco y consignaron por escrito los hechos de los antiguos monarcas y las leyes del imperio. Pero la desventaja que en cuanto al tiempo lleva Garcilaso respecto de los citados Ondegardo y Cieza, está compensada si se considera que éstos necesitaron, para entenderse con los *orejones*, emplear intérpretes que con frecuencia alteraban y estropeaban por impericia la exacta significación de los relatos. Además, no pocas veces los mismos incas declarantes falseaban los sucesos, por el temor y recelo que les inspiraban los españoles. Su actitud con Garcilaso tenía que ser diversa. Si a alguien pudieron confiar con veracidad y solicitud las noticias de sus antiguallas, fué al amado pariente; y si hubo alguien capaz de comprenderlas, fué seguramente Garcilaso, educado en aquella tradición.

En cuanto a los historiadores españoles que le precedieron, Garcilaso anuncia desde el principio que los copiará a la letra donde conviniere, «para que se vea que no finge ficciones»<sup>28</sup>, cumpliendo la promesa, robustece casi todos sus capítulos con citas de cuantos autores pudo consultar. Se sirve preferentemente de los más fidedignos: del juicioso Zárate; del agudo Gómara; de los sabios José de Acosta y Jerónimo Román y Zamora; de la *Crónica del Perú*, de Cieza, y de los fragmentos de la crónica de Valera. Aunque sin saberlo, en las páginas de Acosta ha disfrutado de un resumen de los trabajos de Ondegardo; y a través de Román y Zamora, del texto literal de una relación del padre Cristóbal de Molina<sup>29</sup>. Puede, pues, decirse que dispuso

---

28 Libro I, cap. XIX de la primera parte.

29 Compárase la parte relativa al Perú de las *Repúblicas del Mundo*, de Román, con el fragmento de la *Historia de las Casas* publicado por Jiménez de la Espada bajo el título de *Las antiguas gentes del Perú* y que, como el mismo Ji-

de ricos y abundantes materiales. Apoyados en tales fundamentos, sus *Comentarios* (dígase lo que se quiera) son dignos de muy seria atención. Ciertamente que en muchas cosas Garcilaso se aparta de los cronistas españoles; cierto también que algunas de sus opiniones personales (como las relativas a la religión y a los sacrificios humanos) están definitivamente refutadas; pero en otras cuestiones es probable que por su especial condición y por los datos que poseyó, haya él solo acertado con la verdad. Un examen de sus discrepancias con los demás cronistas y de los vacíos que en él advierte la ciencia moderna, será el mejor medio de tasarlo en su justo valor.

### *Tiempos primitivos.*

La primera acusación que se le dirige es haber negado la cultura preincaica. Empapado en las fabulosas tradiciones de sus parientes los Incas, que pretendían arrogarse el título exclusivo de civilizadores del territorio, no pinta a los peruanos sumidos antes de Manco Cápac en profunda barbarie y aun en el salvajismo: «En aquella primera edad »y antigua gentilidad, unos indios había poco mejores que »bestias mansas y otros mucho peores que fieras bravas. . . »Gente sin letras ni enseñanza alguna. . . Los más políticos tenían sus pueblos poblados sin plaza ni orden de calles ni de casas. Otros, por causa de las guerras que unos »a otros se hacían, poblaban en riscos y peñas altas, a manera de fortaleza, donde fuesen menos ofendidos de sus »enemigos. Otros en chozas derramadas por los campos, valles y quebradas. . . Vivían en latrocinios, robos, muertes, »incendios de pueblos; y de esta manera se fueron haciendo »muchos señores y reyecillos, entre los cuales hubo algunos

---

ménez de la Espada lo comprueba, no es sino una transcripción, con ligera variantes, de un manuscrito de Molina.

»buenos, que trataban bien a los suyos, y los mantenían en  
»paz y justicia. A estos tales, por su bondad y nobleza, los  
»indios con simplicidad los adoraron por dioses, viendo que  
»eran diferentes y contrarios de la otra multitud de tira-  
»nos. En otras partes vivían sin señores que los mandasen  
»y gobernasen, ni ellos supieron hacer república de suyo  
»para dar orden y concierto en su vivir. . . Y así unos fue-  
»ron en su vida, costumbres, dioses y sacrificios barbarísi-  
»mos, fuera de todo encarecimiento. Otros hubo simplici-  
»simos en toda cosa. . . Otros participaron del un extremo  
»y del otro, como lo veremos en el discurso de nuestra his-  
»toria» (*Comentarios Reales*, primera parte, libro I, capítu-  
»los IX XII, XIV).

Garcilaso atenúa un tanto el alcance de esta pintura al transcribir en el libro III las relaciones de su condiscípulo Diego de Alcobaza y de Pedro Cieza de León sobre las ruinas de Tiahuanaco; y al contar en el libro VI la reducción de los señoríos de Chíncha, Chuquimancu, Cuismancu y el Gran Chimú. Por los pasajes citados reconoce tácitamente agrupaciones sociales anteriores a los Incas y bastante adelantadas. No es éste el único caso en que ha corregido de algún modo sus primeras aseveraciones. Como la elaboración de los *Comentarios* duró varios años, se ha encontrado a veces con nuevos documentos, que lo han convencido de la inexactitud de lo que había asegurado. En lugar de alterar lo ya escrito, ha preferido entonces desmentirse en capítulos posteriores. Así lo hace en lo relativo al número de descendientes de los reyes incas que a la sazón quedaban en el Perú (cap. XL del libro IX, primera parte). Semejante método prueba una sinceridad que le honra y que inspira confianza, y una negligencia de redacción que su vejez y la magnitud de su obra disculpan.

Pero con atenuaciones o sin ellas, siempre resulta que ha desconocido la existencia de una verdadera civilización anterior a la de los Incas. Ahora bien, se ha demostrado de

manera irrefragable que esa civilización existió y alcanzó gran florecimiento. Numerosos edificios ciclópeos, cuya arquitectura es muy distinta de la empleada en los palacios y monumentos construídos por los herederos de Manco; inscripciones jeroglíficas vetustísimas; artefactos de forma y colorido especial, y extraídos de enormes profundidades; la inmemorial difusión de la lengua quechua por la Sierra hasta la comarca de Quito, donde Túpac Yupanqui y Huayna Cápac la hallaron ya establecida, lo cual supone una antigua conquista; y, por fin, la consideración de que un sistema social y político como el del Tahuantinsuyu no se improvisa, y ha necesitado, sin duda, para nacer y desarrollarse el transcurso, no de una, sino de muchas dinastías, son los argumentos incontestables en que se basa la tesis de la civilización preincaica, o mejor dicho, de la serie de civilizaciones y dominaciones que durante siglos precedieron a los Incas. Y no se trata sólo de estados pequeños, de particulares y aislados focos de civilización, como se creía antes. La penetración del idioma quechua y de las construcciones megalíticas hasta Pasto por el norte y hasta Tucumán por el sur, y últimamente el descubrimiento en Moche de objetos pertenecientes a la misma época que los templos y relieves de Tiahuanaco, nos obligan a aceptar que a principios de la era cristiana una gran unidad étnica y política, un vasto imperio, abarcó la misma extensión que el incaico. Y aun aquel antiquísimo imperio, llamado por lo común de Tiahuanaco, encontró ya en la costa una civilización preexistente y adulta, y distinta de la de los Chinchas y Chimus que los Incas sujetaron<sup>30</sup>.

Por haber negado Garcilaso tan larga serie de culturas y por haber sido el autor favorito de sus impugnadores, dijo de él don Vicente Fidel López<sup>31</sup> que, con el objeto de

30 Así parece de las interesantísimas excavaciones del doctor Máximo Uhle en Chanchán, en Pachacamac, en Nazca y en la Nievería (valle de Lima).

31 Vicente Fidel López, *Les races aryennes du Pérou*.

concentrar sobre sus antepasados los Incas las glorias de toda la raza peruana, no había vacilado en suprimir a sabiendas y de una plumada la historia de cuatro mil años. No es menester mucho esfuerzo para disipar tan injurioso e inmerecido cargo. Garcilaso ha ignorado, pero no ha mentido. Ha referido lealmente lo que le contaron los indios serranos, olvidados, por su falta de letras, del primitivo imperio, y a los cuales no había llegado nunca sino una repercusión muy debilitada de las lejanas civilizaciones costeñas. Y tan cierto es esto, que todos los cronistas del siglo XVI presentan descripciones de los tiempos preincaicos fundamentalmente idénticas a la de Garcilaso. Cieza de León, no obstante de que en la *Crónica del Perú* señala el carácter prehistórico de las ruinas de Tiahuanaco, Huaraz y Vinaque, escribe en el *Señorío de los Incas*: «Muchas veces pregunté a los moradores destas provincias lo que sabían que en ellas hobo antes que los Incas »los señoreasen; y sobre esto dicen que todos vivían desordenadamente, y que muchos andaban desnudos, hechos »salvajes, sin tener casas ni otras moradas que cuevas de »las muchas que vemos haber en riscos grandes y peñascos, »de donde salían a comer de lo que hallaban por los campos. Otros hacían en los cerros castillos que llaman *pucara*, »de donde, ahullando con lenguas extrañas, salían a pelear »unos con otros sobre las tierras de labor y por otras causas, y se mataban muchos dellos, tomando el despojo que »hallaban y las mujeres de los vencidos<sup>32</sup>. El padre Acosta trae las siguientes palabras: «Y así tienen por opinión »que los Tampus son el linaje más antiguo de los hombres. »De aquí dicen que procedió Manco Cápac, al cual reconocen por el fundador y cabeza de los Ingas». No les da más de cuatrocientos años de historia, y agrega: «Todo lo de »antes es pura confusión y tinieblas, sin poderse hallar cosa

<sup>32</sup> Cieza de León, *Señorío de los Incas*, cap. IV.

»cierta. . . Hay conjeturas muy claras que por gran tiempo no tuvieron estos hombres reyes ni república concertada, sino que vivían por behetrías, como ahora los Floridos, los Chiriguanas y los Brasiles. . . Primeramente en el tiempo antiguo en el Pirú no había reino ni señor a quien todos obedeciesen, mas eran behetrías y comunidades.» Estas behetrías y comunidades «se gobiernan por consejo de muchos y son como concejos. En tiempo de guerra eligen un capitán a quien toda una nación o provincia obedece. En tiempo de paz cada pueblo o congregación se rige por sí y tiene algunos principales a quienes respecta el vulgo, y cuando mucho júnctanse algunos de éstos en negocios que les parecen de importancia, a ver lo que les conviene»<sup>33</sup>. Pedro Gutiérrez de Santa Clara dice: «Los indios viejos oyeron a sus mayores, y lo tienen hoy día en sus memorias y cantares, que hacía seiscientos años no tenían reyes sino unos señoretas que gobernaban en las provincias»; y Pedro Pizarro: La Tierra [del Perú] antes que estos señores [los Incas] la sujetasen, era behetrías; aunque había algunos señores que tenían sujetos al gobierno pueblos pequeños cercanos a ellos, y éstos eran pocos. Y así, en las behetrías traían guerras unos con otros.» Herrera y Diego Fernández de Palencia confirman la misma versión. Las Casas y fray Jerónimo Román, que lo sigue, se expresan de la primera época, seiscientos años antes de la Conquista, como de un período de sencillez y rusticidad, en que los naturales se gobernaban por reyezuelos «pequeños y de no mucho poder, por cuanto eran comúnmente de los más buenos y principales de los pueblos»; en suma, de una civilización incipiente y escasísima, que se toca con la barbarie, aunque «los que vivían en los llanos [la Costa] eran más políticos»<sup>34</sup>. Las informaciones he-

33 P. José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro I, cap. 25; libro VI, cap. 19.

34 Román y Zamora, *República del mundo*, cap. X del libro II de las Repúblicas de Indias.

chas en el Cuzco el año 1572 por mandado del virrey Francisco de Toledo, y que contienen las declaraciones de gran número de indios nobles y ancianos, dilatan hasta los reinados de los incas Pachacútec y Túpac Yupanqui la edad de la behetría, durante la cual estaba el territorio ocupado por tribus bárbaras que vivían en guerras continuas, acaudilladas por *sinchis* o capitanes electivos y eventuales. Las informaciones de Vaca de Castro y la relación del Oidor Santillán aceptan igualmente la behetría preincaica. El P. Cobo, historiador del siglo XVII, pero merecedor de gran consideración, puesto que se aprovechó de los escritos de Ondegardo, menciona con Cieza y muchos otros las ruinas de Tiahuanaco y Huamanga, sin explicar su origen, y a continuación emplea casi los mismos términos que Cieza y Garcilaso: «Según cuentan los indios del Cuzco, eran antiguamente por extremo bárbaros y salvajes. . . . Vivían sin cabeza, orden ni policía, derramados en pequeñas poblaciones y rancherías, con pocas más muestras de razón y entendimiento que unos brutos, a los cuales eran parecidos en sus costumbres fieras, pues los más comían carne humana y no pocos tomaban por mujeres a sus propias hijas y madres; y todos tenían gran cuenta con el demonio, a quien veneraban y servían con diligencia. Hacíanse continua guerra unos pueblos a otros por causas muy livianas, cautivándose y matándose con extraordinaria crueldad. Las ocasiones más frecuentes de sus contiendas y riñas eran el quitarse unos a otros el agua y campo. Para defenderse de sus contrarios hacían los menos poderosos sus habitaciones y pueblos en lugares altos a manera de castillos y fortalezas, donde se guerecían cuando eran acometidos»<sup>35</sup>. Juan Santa Cruz Pachacuti, representante de las tradiciones de la región de los Collaguas, cuenta que en la primera época, denominada pu-

---

35 Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, libro XII, cap.

*rumpacha* (literalmente *tiempo del desierto o despoblado*), subieron de Potosí al Perú ejércitos u horas, las cuales poblaron la tierra; y que luego vino la época de confusión y guerras, y la consabida behetría.

Las anteriores citas comprueban la perfecta honradez con que procedió Garcilaso en este asunto de la historia preincaica. Dijo lo que supo, y supo lo que la inmensa mayoría de sus más entendidos contemporáneos. Es, pues, impertinente e injusto censurarlo con tan grande aspereza por haber incurrido en una omisión que ha compartido con tantos y tan escrupulosos cronistas.

Los indígenas habían perdido la memoria de los constructores de Tiahuanaco. A Cieza le confesaron «que no sabían quién hizo aquellas obras»<sup>36</sup>. El P. Cobo nos transmite que ya lo ignoraban en el reinado de Yupanqui. De tiempos muy posteriores a los del apogeo de Tiahuanaco y aun correspondientes a los de los primeros incas, se retenían en el Collao los nombres de dos dinastías de curacas rivales: hablan Cieza, Garcilaso, Herrera y otros, de Zapana y Cari; y éstos eran títulos o apelativos hereditarios en el linaje de aquellos príncipes collas. Cieza y Herrera les atribuyen la destrucción en la isla de Titicaca de ciertas agentes blancas y barbadas<sup>37</sup>. Tales son las raras y concisas noticias que poseemos sobre la época primitiva en el Collao. Se habían extinguido, por consiguiente, en su mayor parte hacia el siglo XVI los recuerdos preincaicos de la región que incuestionablemente fué como sus construcciones lo muestran, el más principal centro de civilización en la Sierra. No sucedía igual cosa en la Costa. Como aquí duró poco la dominación de los Incas, se mantuvo la tradición de las dominaciones anteriores; y son visibles sus huellas, no sólo en los vasos y tejidos que la arqueología desentie-

---

36 Cieza, *Crónica del Perú*, cap. CV.

37 Cieza, *Ibidem*, cap. C.

rra, sino en las crónicas y relaciones de los españoles. Todas ellas refieren inmigraciones marítimas, como la muy conocida de los gigantes en Puerto Viejo y Santa Elena. Fernando de Santillán reconoce especialmente la extensión del señorío del Gran Chimú y de otros caciques costeños. Ya hemos dicho que el mismo Garcilaso admite de manera implícita la adelantada organización de estos curacazgos de los *yungas*. En las informaciones de Vaca de Castro leemos que el Gran Chimú gobernaba desde Nanasca hasta Piura, «aunque algunos afirman que llegó hasta Puerto Viejo. Fué señor universal de la costa, sin tocar en cosa alguna de la serranía; y le reconocían y servían con mucho amor y respeto, y le tributaban en toda la costa con lo que cada uno tenía en su tierra, como a señores naturales antiquísimos, mucho más que los *ingas*, con más de veinte vidas más». Cabello Balboa relata el establecimiento en Lambayeque del jefe extranjero Naymlap, y nos ofrece los nombres de sus sucesores y hasta de sus principales compañeros y cortesanos (los cuales es de suponer que hayan sido personajes de un cantar épico)<sup>38</sup>. Pero si en la Costa se mantenía el recuerdo de la época de los curacas independientes (como que apenas hacía cien años que había cesado), se había borrado, del mismo modo que en la Sierra, el del remoto imperio megalítico.

El único historiador importante que sostuvo la existencia de este imperio fué el licenciado Fernando Montesinos. Asegura Montesinos que Pirua Pacari Manco, denominado también *Ayar Uchu*, fué el padre de Manco Cápac y el fundador del reino peruano y del Cuzco, su capital; que el quinto de sus sucesores ganó las comarcas de la costa. Cha-

---

38 También pueden ser restos de cantares referentes a antiguas invasiones de la costa, las fábulas de Quitumbe, Tumbé, Huayanay y Atau, que el P. Anello Oliva consigna en la introducción a su *Historia de los Jesuitas del Perú*. Pero el P. Oliva ha unido estas fábulas, por medio de un lazo desacertado y burdo, a las tradiciones del Collao y del Cuzco, con las que evidentemente no tienen ninguna relación.

chapoyas y Quito; que al cabo de muchos años ocurrieron varias irrupciones de tribus venidas del sur, y que la nación de los Chimus arribó a Santa Elena, Trujillo y Pachacámac, se estableció en todo el litoral y ocupó en la sierra Cajamarca, Huáitara y Quínuá; que después de haber gobernado sesenta y dos monarcas cuzqueños, en constante lucha con los costeños o *yungas* y con los bárbaros de Tucumán y Chile, el imperio sucumbió por la acometida de nuevas hordas feroces: el rey Titu Yupanqui fué derrotado y muerto en Pucara, la anaquíá se extendió en el país, el Perú se fragmentó en pequeños estados, cada provincia eligió caudillos particulares, el Cuzco fué deshabitado, la dinastía legítima se refugió en el pueblo de Tampusocco o Pacarítampu, las costumbres se corrompieron, la religión se alteró y se perdieron los jeroglíficos, conocidos desde los primeros tiempos. El rey Túpac Cauri, a semejanza de Chihuang-tí en la China, ordenó la destrucción de las *quílcas* o pergaminos y de las hojas de árboles en que escribían, y prohibió, so pena de vida, el uso de las letras, que fueron reemplazadas por los quipus. Continuó el desorden hasta que el joven Roca, auxiliado por su madre Mama Cibaco (o Cihuaco), dió principio a la nueva dinastía de los Incas y comenzó a reconstituir trabajosamente el imperio del Cuzco.

Estos son los rasgos esenciales del relato de Montesinos. El Dr. López, ya tantas veces nombrado, lo opuso con tono victorioso a los de los otros cronistas, y al de Garcilaso en especial; y asentó sobre él buena parte de su célebre sistema. Lo último dista mucho por cierto de ser una recomendación para Montesinos. D. Vicente Fidel López, autor de la extraña doctrina del origen ario de los peruanos (hoy abandonada por todos más peregrinos e insólitos, dignos algunos de perdurable recordación en calidad de jocosos ejemplos de ofuscamiento inverosímil (v. gr.: la etimología de la voz *hatunruna* y la disertación sobre el su-

puesto culto de la diosa Ati); hombre de sobrada fantasía y de poquísima circunspección científica; cuyos procedimientos favoritos eran las analogías y las caprichosas conjeturas; tuvo que sentirse halagado y satisfecho al hallar en Montesinos palabras que podían parecer directas pruebas de su tesis (como la procedencia armenia de Pirua Pacari Manco y los primeros pobladores<sup>39</sup>; noticias sospechosas en verdad, pero que se prestaban para servir de apoyo a sus pretensiones de renovador de la historia peruana; y por fin, una personalidad de escritor que por el criterio y el carácter se avenía maravillosamente con sus aficiones y tendencias. Lo mismo cabe decir del viajero francés Wiener, que ha seguido a López y que es su merecido émulo en imaginación y ligereza.

Interpretando, y en ocasiones con mucha sutileza y penetración, los sobrenombres de los soberanos de Montesinos, llega Fidel López a suponer que en el Perú preincaico hubo dos castas rivales, la de los sacerdotes o *amautas*, y la de los guerreros o *piruas*, que por largo tiempo se disputaron el mando. Como esta suposición no carece de corroboraciones, más o menos oscuras, pero reales, en ciertos cronistas (Cabello Balboa sobre el influjo de los sacerdotes en el reinado de Mayta Cápac, *quien los favorece, al revés de sus pasados*; y Cobo sobre el linaje de Tarpuntay), es probable que sea uno de los aciertos, no raros por lo demás, de López. El cual, a despecho de su sistema y de su lastimosa manera de investigar, tiene con frecuencia observaciones muy utilizables y aun verdaderas intuiciones. El cuadro que presenta de la historia peruana está inspirado evidentemente en la deliberada intención de reconstruirla por analogía con las de los pueblos egipcio, cal-

---

<sup>39</sup> No obstante, Montesinos confiesa que lo de la oriundez armenia de los peruanos es teoría de su propia cosecha, exigida por la fe cristiana y el respeto debido a las Sagradas Escrituras; y que los peruanos se creían autóctonos.

deo, asirio, indio y chino; se compadece con el ordinario curso de las primitivas civilizaciones; y sería aceptable si descansara en menos frágiles cimientos.

Ciertamente, en pro de Montesinos militan razones de mayor peso que las señaladas por el Dr. López. En primer lugar, ya hemos visto que la arqueología ha confirmado la narración de Montesinos en lo que se refiere a un gran imperio preincaico y al uso en un tiempo de la escritura jeroglífica. Esto le da valor excepcional: lo exime de la tacha de falsario, que por tantos años se le aplicó, y revela que conoció un hecho importantísimo y hasta ahora tan oculto. En segundo lugar, ha resultado que dos autores, hasta hace poco ignorados, concuerdan con él en la serie de reyes preincaicos. Son el de la relación publicada en 1879 por Jiménez de la Espada y el del vocabulario citado por el padre Oliva (véanse atrás, en el estudio sobre el padre Valera, los motivos por los cuales no creo que éste haya sido el autor del vocabulario). En virtud de las anteriores razones, la situación de Montesinos, antes débil y desdeñable por aislada, ha parecido robustecida extraordinariamente; y muchos creen que se ha abierto para el maltratado analista una era de completa rehabilitación. En el sentir de algunos sabios, Montesinos está destinado a ser para la primitiva historia del Perú lo que Manetón para la de Egipto; y sería preciso continuar y desarrollar las indicaciones de López, aunque rechazando naturalmente las que tengan relación con la desdichada hipótesis de las derivaciones arias, y expurgándolas de temerarias e inconsistentes conjeturas. Así Montesinos, corregido y rectificado por la crítica, quedaría convertido en la piedra angular de la más antigua historia peruana.

Me parece que hay mucho que rebajar de estas afirmaciones; y que tan injusto es el absoluto desprecio de otros días, como el excesivo e hiperbólico aprecio que ahora quiere abrirse camino. La ciencia arqueológica ha probado

que en la sierra una gran dominación antecedió a los Incas; pero no ha probado de ningún modo que el centro de esa dominación fuera el Cuzco, y tal es precisamente la tesis de Montesinos. Todo hace presumir que el Cuzco antes del establecimiento de Manco Cápac haya sido una población de secundaria importancia; y que la capital religiosa del imperio primitivo haya sido Tiahuanaco, y la política y guerrera Tatuncolla o Paucarcolla. Montesinos ha sabido la existencia de aquel imperio, y no se le puede negar tan alta gloria; pero lo ha confundido y entreverado con el de los Incas, y ha hecho así un caos, un conjunto enigmático de tradiciones de la época megalítica interpoladas con tradiciones incaicas, un libro difícilísimo de interpretar y utilizar, porque al lado de datos de la más venerable antigüedad, contiene adulteraciones que puede llevar a los mayores extravíos. Aunque tales adulteraciones no deben achacarse, a lo menos en su totalidad, a Montesinos, sino a los recuerdos indígenas, y al escritor o escritores de quienes las copió. En mi opinión, es en esta parte de sus *Memorias históricas* un mero copista de anteriores trabajos. Por eso tampoco hay por qué deslumbrarse con la concordancia que existe entre su serie cronológica de reyes preincaicos y la de los nombrados por el jesuíta de la *Relación anónima* y el del *vocabulario* que cita el padre Oliva. Es seguro que los tres han bebido en la misma fuente de informaciones. Como dice Feijóo: «En las más relaciones históricas, cien autores no son más que uno solo; esto es, los noventa y nueve no son más que ecos que repiten la voz de uno que fué el primero que estampó la noticia». ¿Quién fué en ésta el primero? No podemos adivinarlo, pero indudablemente no ha sido Montesinos. Venido a América después de 1628, se ha encontrado ya con el *vocabulario* antedicho y con la *relación anónima*, que son de los últimos años del siglo XVI o de los primeros del XVII.

Repárese, por otra parte, en que proceden de la misma congregación: de la orden jesuítica. Los jesuitas desde su establecimiento en el Perú se entregaron con ardor al estudio de las antigüedades; y algunos de ellos, recogiendo tradiciones y cantares, y quizá también manuscritos de investigadores españoles que les habían procedido, lograron cómo y por qué medios pudieron sorprender el secreto que rastrear el vaguísimo recuerdo que unos pocos indios conservaban del imperio anteaicaico. Imposible es determinar cómo y por qué medios pudieron sorprender el secreto que se resistió a los historiógrafos más diligentes y más vecinos de la Conquista. Debieron de transmitírselo herederos de los recuerdos de colegios sacerdotales, o tal vez descendientes de familias en que no se había olvidado por completo la escritura jeroglífica. El jesuita que escribió la *relación anónima* la apoya en numerosas informaciones de conquistadores, indios nobles y quipocamayos, cuyos nombres declara a veces; y aunque la veracidad de esta relación es en extremo dudosa, bien puede ser que los documentos a que se refiere hayan existido, y que encerraran indicaciones más o menos alteradas sobre el imperio megalítico. Lo único que queda en claro es que los jesuitas poseyeron uno o varios escritos que ofrecían de los sucesos y reyes del Perú un relato muy semejante al de Montesinos. Ese relato tenía de seguro un fondo verdadero; pero viciado por la confusión de las tradiciones, propia de los pueblos bárbaros; por la irrupción de hechos y recuerdos más recientes, como los incaicos; por la duplicación de los mismos acontecimientos, tan frecuentes en los tiempos primitivos, a consecuencia de la corrupción de las versiones; y, en fin, por la consciente o inconsciente falsedad de los mismos compiladores españoles, que se apresuraron a alinear en riguroso orden cronológico y genealógico las raras anécdotas y los oscuros mitos de que alcanzaron conocimiento. No hay duda que Montesinos, que fué muy amigo y protegido de

los jesuítas, encontró su cuadro de dinastías preincaicas entre los papeles de la Compañía y se apresuró a transcribirlo<sup>40</sup>. Sería hipótesis improbable en sumo grado suponer que, habiendo sido, como lo fué, asiduo concurrente a la biblioteca de los jesuítas de Lima y muy prolijo investigador, no hubiese tropezado con aquellos trabajos; y que por mera coincidencia hubiese obtenido identidad perfecta en los nombres y aproximaciones tan grande en la serie de sucesión de aquellos soberanos. Además, por propia confesión de Montesinos sabemos que los seculares cómputos de historia peruana, la cronología del primer imperio del Cuzco y la noticia de su fundador Pirua Manco, es decir, todo lo que constituye el eje del sistema de las *Memorias históricas*, lo sacó de un libro manuscrito que había comprado en almoneda en la ciudad de Lima y cuyo autor a punto fijo ignoraba, aunque le dijeron que lo compuso un quiteño con ayuda de las indagaciones del obispo Fr. Luis López<sup>41</sup>. Las narraciones consignadas en este manuscrito pudieron ser perfectamente el origen de los trabajos de los jesuítas que arriba he mencionado. Y es el caso que la veracidad del manuscrito, a juzgar por lo que de él conocemos a través de Montesinos, se presta a las más vehementes sospechas. Como hemos visto, no se sabe quién fué su autor ni de dónde provienen sus datos. Montesinos refiere que de allí tomó la identificación de Ayar

---

40 No pudo ser, sin embargo, su fuente inmediata el vocabulario que el P. Oliva consultó; porque en éste el orden de los reyes peruanos difiere del seguido por Montesinos. Capac Raymi Amauta es en dicho vocabulario trigésimo nono rey del Perú, y Cuyus Manco (o Cayo Manco) el sexagésimo cuarto; y en Montesinos figuran los mismos, respectivamente, como el trigésimo séptimo y el vigésimo tercero o décimooctavo (en Montesinos hay dos Cayo Manco Amauta). El rey Cápac Yupanquí Amauta ocupa, tanto en el vocabulario como en Montesinos, el lugar cuadragésimo tercero. Pero hay que advertir que Montesinos erró varias veces en la cuenta de sus monarcas y les dió número distinto del que les corresponde según el orden en que él mismo los presenta.

41 Montesinos, *Memorias antiguas historiadadas y políticas del Perú*, libro I, cap. IV.

Uchu con el Pirua Manco. Ahora bien, aquella identificación es un grosero error, según lo hemos de probar adelante; y el título de Pirua a todas luces parece una invención fraudulenta destinada a explicar la etimología del nombre *Perú*, cuya arbitraria imposición por parte de los conquistadores y cuyo completo desconocimiento por parte de los naturales atestiguan las más seguras autoridades. En vista de esto, ¿quién nos garantiza que el manuscrito inspirador de Montesinos no sea obra de un insigne embustero? El autor de dicho manuscrito (o el de otro precedente, del cual a su vez ha podido derivarse el que guió a Montesinos) descubrió probablemente algún vestigio de tradiciones sobre el imperio preincaico, entreveradas de manera inextricable con tradiciones relativas a los Incas. Entusiasmado con este descubrimiento; deseoso de fraguar una historia que por su antigüedad respondiera a la riqueza y esplendor del territorio y los monumentos del Perú; avezado a la inescrupulosidad propia de aquellos tiempos, que eran los de Román de la Higuera y los de la boga de los Cronicones y de Anio de Viterbo; y tomando tal vez por modelo las genealogías y dinastías de la Biblia, debió de arreglar a su antojo y sobre ligerísimos fundamentos la sucesión de monarcas que en las *Memorias históricas* leemos. Antes que Montesinos, hubieron de adoptarla los jesuítas anónimos. Así se explicaría su concordancia. Esta concordancia y el hecho de que los apuntes de los jesuítas sean seguramente anteriores a las *Memorias históricas*, libran a Montesinos del estigma de mentiroso (por lo menos en las líneas generales de su relación), e impiden considerar como vulgar recurso del forjador de leyendas lo que nos dice del libro que poseyó. No es, pues, el Licenciado Fernando Montesinos un deliberado inventor de patrañas, pero no es tampoco el portentoso revelador de una vasta región histórica que algunos imaginan. Es un compilador de tradiciones preincaicas amontonadas por otros cronistas hoy des-

conocidos, en las cuales una partícula de verdad se ahoga y pierde bajo inmenso cúmulo de alteraciones y falsificaciones.

Y no se diga que la conformidad entre Montesinos y los autores que admitían dinastías cuzqueñas anteíncas, puede provenir de haber acudido todos ellos a una fuente común: a las tradiciones de los *amautas* y a los cantares indígenas de que Montesinos hace mención repetidas veces <sup>42</sup>. Ya vimos que el mismo Montesinos declara que sus más importantes noticias las obtuvo de un libro manuscrito. Por fuera de esto, basta alguna reflexión para convencernos de que el conocimiento directo que consiguió Montesinos de las tradiciones y poesías narrativas de los indígenas, no fué tanto como él quiere darlo a entender. Los cronistas antiguos, desde Cieza y Betanzos hasta Garcilaso, no han sabido nada de los complicados cálculos cronológicos en que según Montesinos se ocupaban los *amautas*. En las informaciones hechas por el virrey Toledo, del año 1570 al 1572, los declarantes son incas, caciques, quipocamayos y otros servidores reales; pero no figura ningún *amauta*. Parece, pues, que esta corporación desapareció pronto y que no tuvo la grande importancia que Montesinos le atribuye. En todo caso es inadmisibile que, ignorada para todos en el primer siglo de la Conquista, haya reservado sigilosamente sus enseñanzas hasta la tardía época de las investigaciones del presbítero osonense. No hay duda de que la historia del Tahuantinsuyu (como la de todos los pueblos bárbaros y muy principalmente de los pueblos que carecen de escritura) constaba en cantares oficiales y rituales. De ellos dan testimonio Cieza de León, Fernando de Santillán, Pedro Gutiérrez de Santa Clara y otros. Pero por el desconcierto que produjo la Conquista estos cantares en tiempo de Montesinos debían de haberse adultera-

---

42 Por ejemplo, en los caps. I, III, V y VIII del libro II.

do grandemente y aun extinguido del todo. No se olvide que Montesinos acopió sus datos a mediados del siglo XVII, y no en el siglo XVI, como con incomparable audacia lo aseguró el doctor Fidel López, que trabucaba y confundía cuanto trataba. Si es verdad indiscutida que los indígenas al cabo de cien años perdieron casi todos los recuerdos del pasado incaico, si por tal circunstancia Garcilaso, aunque nacido en 1539, es para ciertos críticos autoridad muy tardía acerca de los hechos de los soberanos indios, ¿cómo no hemos de desconfiar cuando se nos dice que el licenciado Montesinos pudo de 1630 a 1640 reunir tradiciones que se remontaban, a la dinastía de los Incas, sino a dos mil o tres mil años atrás?

De lo expuesto se deduce: 1.º, que Montesinos extrajo su relato sobre las edades preincaicas de trabajos manuscritos anónimos, los cuales ya habían inspirado a varios jesuitas; 2.º, que en esos trabajos hay una parte verdadera y comprobada por la ciencia moderna; pero es parte mínima, y está cubierta y entremezclada con toda especie de falsedades, exageraciones e interpolaciones, debidas algunas a los mismos indígenas y muchas al primer compilador español, que parece, según todas las probabilidades, haber sido un gran falsario, y 3.º, que Montesinos, puesto que recorrió el Perú cien años después de la Conquista, no ha podido recoger de boca de los naturales sino muy corrompidas tradiciones y muy degeneradas y escasas muestras de cantares históricos.

Tan completa es la falta de crítica en Montesinos, que el mismo Fidel López, su ciego panegirista, la reconoce y confiesa. El cronista, que ha ocupado la primera parte de su obra en probar que el Perú es el Ofir de David y Salomón, reservado por Dios a los reyes de España; que ha pretendido demostrar esta tesis con pueriles alegaciones de palabras de profetas hebreos, disparatadamente interpretadas, que ha aceptado una cronología tan absurda en los

desmesurados reinados de sus monarcas, casi todos prodigiosamente longevos; que con gran seriedad conviene en fijar el principio de la historia peruana seiscientos años después del Diluvio<sup>43</sup>, y que sospecha que el patriarca Noé estuvo en el Perú, no tiene, por cierto, derecho para reclamar confianza alguna.

En las primeras páginas del libro II de las *Memorias* se lee: «Los habitantes, de que ya había copioso número, »comenzaron a tener discordias entre sí sobre las aguas y »pastos. Para la defensa elegían caudillos los *ayllos* y familias, conforme las ocasiones de guerra y paz que se les »ofrecía, y con el tiempo, algunos hombres que con fuerza »y maña se aventajaban a los demás, comenzaron a enseñorearse, y así, poco a poco, fueron prevaleciendo unos más »que otros». Reconocemos aquí, por las frases y palabras, la misma tradición de la primitiva behetría, que traen todos los cronistas y que colocan antes de Manco Cápac. Era seguramente un canto o una narración con que los indios del Cuzco expresaban la barbarie, el desorden y fraccionamiento en que se encontraba todo el país o, a lo menos, el territorio comprendido entre el lago Titicaca y los ríos Apurímac y Urubamba en el período que va desde la ruina del imperio de Tiahuanaco hasta la dominación de los Incas. Montesinos aprovecha este relato; pero en lugar de ponerlo, como todos los demás historiadores, antes de la época incaica, lo hace retroceder miles de años y lo sitúa al principio de un fabuloso pasado.

Igual cosa sucede con la leyenda de los cuatro hermanos Ayar. Esta leyenda aparece también en todos los cronistas. Refieren con ligeras variantes Betanzos, Cieza, Cabello Balboa, Garcilaso y todos los restantes historiadores de los Incas, que de la cueva de Pucarectampu o Tampusoto salieron cuatro hermanos llamados Ayar Cachi, Ayar

---

43 *Memorias históricas*, libro II, cap.

Uchu, Ayar Auca y Ayar Manco, acompañados de cuatro mujeres, que eran a la vez sus esposas y hermanas. Las cuatro parejas se dirigieron hacia el Cuzco<sup>44</sup>. Llegados a las cercanías de la ciudad, suscitáronse entre ellos rivalidades; uno fué encerrado en una caverna, dos convertidos en piedras de la sagrada montaña de Huanacauri y quedó solo Ayar Manco, que, libre ya de sus hermanos, se estableció en el Cuzco y dió principio al imperio. Algunos de los cronistas reducen los Ayar a tres, y no faltan quienes cuentan que uno de ellos huyó a lejanas comarcas para no sufrir la tiranía de Manco, y que Ayar Uchu se sometió a su afortunado hermano y los ayudó a arrojar del Cuzco a ciertas tribus que allí residían. Muy clara es la interpretación de esta fábula, y en parte ha acertado Fidel López<sup>45</sup>. Se trata evidentemente de cuatro tribus hermanas (esto es, del mismo origen y del mismo idioma) que vinieron de Pacaritambo o que, por lo menos, en Pacaritambo se fijaron un tiempo antes de proseguir hacia el Norte su emigración. En el valle del Cuzco lucharon entre sí, y la llamada de Manco (por el nombre de su jefe o de su numen tutelar) venció a las otras y las alejó o las sometió y las colocó en la ciudad y sus alrededores en condición de subordinadas. Hay una indudable comprobación de lo dicho en la información hecha por mandato del virrey Toledo en el Cuzco el 4 de enero de 1572<sup>46</sup>. Declararon los indios de los aylllos de Sahuasiray, Antasáyac y *Ayar Uchu*, comarcanos del Cuzco, que sabían por tradición que sus antepasados habían venido

---

44 Analogía estrecha con las siete cuevas de donde los hahuatlacas de Méjico decían proceder. (VII)

45 Véase el último apéndice de *Les races aryennes du Pérou*.

46 Está publicada por Jiménez de la Espada a continuación del *Segundo libro de las Memorias de Montesinos*, en el volumen décimosexto de la *Colección de libros españoles raros o curiosos* (Madrid, 1882).

Aún más claro aparece el sentido de esta fábula, a pesar de algunas equivocaciones de nombres y detalles, en la *Historia de los Incas*, por Pedro Sarmiento de Gamboa, hecha por mandado del virrey Toledo y fundada en las informaciones referidas (Publicada por Pietschmann, Berlín, 1906).

sucesivamente bajo el mando de tres capitanes respectivos: Sahuasiray, Quizco y Ayar Uchu, y habían ocupado el Cuzco, que ya estaba poblado por el lado noreste con algunas chozas de los indios *Huallas*, y que después había llegado la tribu dirigida por Manco Cápac, la cual empezó a hostilizar a las anteriores y mantuvo con ellas cruda guerra hasta que las dominó definitivamente en la época del cuarto inca Mayta Cápac. Es probable que los nombres de Sahuasiray y Antasáyac, con que en las informaciones figuran las dos primeras tribus, hayan sido impuestos por los reyes incas, y que los nombres originarios de aquéllas hayan sido los de *Ayar Cachi* y *Ayar Auca* o *Sauca*, que les da la leyenda, puesto que el ayllu de Ayar Uchu, único que en tiempo de Toledo demostró recordar el legendario título de su antiguo capitán, fué denominado por el monarca Pachacútec *ayllu de los Allcahuizas*, según vemos en las informaciones, y con tal denominación lo mencionan muchos cronistas españoles, sin sospechar que fuera el mismo grupo que acaudilló el fabuloso personaje cuya metamorfosis relatan. Si los Allcahuizas no hubieran declarado por felicidad en las informaciones el antiguo nombre de su ayllu y de su primer caudillo, nos habríamos visto reducidos, como Fidel López, a conjeturas y sospechas más o menos atinadas sobre el mito de los cuatro hermanos, y habríamos carecido de la cabal y perfecta prueba de su significado histórico, que ahora poseemos. Tanto en las informaciones como en los relatos de los cronistas, la leyenda de los cuatro Ayar antecede inmediatamente a la dinastía incaica, y uno de ellos, Ayar Manco, es el primer inca. Y así tiene que ser, porque de otro modo, si supusiéramos contra todos los datos muy anterior a los Incas el acontecimiento histórico que dió origen a la fábula, habría que considerarlo remotísimo, cuando menos del siglo X de nuestra era (puesto que el imperio de los Incas duró de tres a seis siglos), y entonces no se comprende cómo han podido conservarse

por más de seiscientos u ochocientos años con tanta claridad el recuerdo de la emigración y la descendencia de cuatro pequeñas tribus.

Pues bien; Montesinos coloca a los Ayar antes del imperio primitivo, antes de los reyes *piruas* y *amautas*, como a mil doscientos años de distancia del primer Inca<sup>47</sup>, y dice que el hermano fratricida y vencedor, dueño del Cuzco y tronco del imperio, fué Ayar Uchu, el cual, después de su victoria, tomó el nombre de Pirua Pacari Manco. Se ve cuán corrompidas y cuán contrarias a la verdad histórica eran las versiones de Montesinos. Son las mismas tradiciones incaicas que conocemos por los otros cronistas, pero en deplorable estado de alteración, en confusión extrema y proyectadas en una época imaginaria. El atento examen del texto de las *Memorias históricas* confirma plenamente esta aseveración. Así como Ayar Uchu se ha amalgamado con Manco, éste, por un fenómeno que se realiza en todos los ciclos de tradiciones primitivas, se ha desdoblado en dos personas, padre e hijo, Pirua Pacari Manco y Manco Cápac. Un cerro cercano al Cuzco se ha trocado en el tercer monarca, Huanacauí Pirua. Luego viene Sinchi Cozque, que parece el Sinchi Roca de los otros analistas incaicos. Y de esta manera, los que Montesinos presenta como antiquísimos reyes del primer imperio peruano resultan los mismos incas, algo desfigurados en sus nombres y hechos, pero no tanto que se haga muy difícil reconocerlos. La leyenda del hijo de Huanacauí, que robado cuando niño por los enemigos está a punto de ser sacrificado y llora sangre, no es sino la sabida leyenda del inca Yáhuar Huácac, quizá inventada con mucha posterioridad para explicar su enferme-

---

47 Para Montesinos, el primer inca fué el octogésimo noveno o nonagésimo primero rey del Perú (hay contradicción en la cuenta de Montesinos); pero en los escritos que hablaban de dinastías preincaicas del Cuzco, de las cuales Montesinos se aprovechó (véase atrás), debió de haber vacilaciones para dar o no a los primeros soberanos el títulos de *inca*, porque en la *Relación anónima*, que hemos citado, se llama *inca* a Pirua Pacari Manco.

dad o su sobrenombre<sup>48</sup>. El propio Montesinos repite lo del llanto de sangre y da de él una versión más natural cuando trata otra vez de Yáhuar Huácac, en la historia de los Incas<sup>49</sup>. El rey Inti Cápac, que vence junto al Cuzco a los Huaman Huaraca y Hastu Huaraca, es evidentemente el Viracocha de Garcilaso y el Yupanqui Pachacútec de Cieza y Betanzos. Puede darse una explicación de este desdoblamiento de la historia incaica: el autor cuyas huellas siguió Montesinos ha debido de recoger en diversos lugares del Perú tradiciones que se referían a los mismos hechos, pero que por la degeneración y corrupción a que habían llegado como efecto de la transmisión oral, parecían relatar distintos sucesos; se ha engañado o ha querido engañarse; ha ordenado en hilera las diferentes versiones, unas a continuación de otras, y ha multiplicado de este modo las tradiciones del antiguo Perú. En apoyo de mi explicación sería fácil descomponer la lista de reyes de Montesinos en varias series particulares que reproducen visiblemente de trecho en trecho la sucesión de los Incas, más o menos viciada y reducida. Esas series principian a veces con un Manco Cápac y concluye con un Huayna Túpac o un Huáscar<sup>50</sup>. Entre ellas se intercalan grupos de reyes que no pueden reducirse a la sucesión de los Incas y que llevan comúnmente nombres usados por los orejones cuzqueños; son, sin duda, invenciones de mala fe palmiria con que alguno de los compiladores ha querido llenar los huecos y vacíos de la primera lista. Muy clara aparece también en las *Memorias históricas* la duplicación del relato de la ruina del primer imperio, y la huida y retiro de los monarcas, y la pestilencia general (véanse en el libro II de dichas memorias los

---

48 Montesinos, *Memorias históricas*, libro II, cap. IV.

49 Idem, libro II, cap. XXII.

50 Las alteraciones de nombres se explican si recordamos que *Túpac*, *Cápac*, *Yupanqui* y *Titu* (que respectivamente significan *resplandeciente*, *señor* o *rico*, *memorable* y *magnánimo*) eran títulos comunes a todos los reyes incas.

capítulos VIII y XIV). En resolución, dejo a salvo por entero la buena fe de Montesinos, quien, según he dicho, debió de copiar con gran docilidad lo que otros escribieron; pero tanto él como los que le siguen, cuando toman por historia preincaica lo que en máxima parte es una suma de alteradas tradiciones de los Incas, me parecen semejantes a los que en una pared cubierta de espejos creyeran ver una real prolongación del espacio e imaginaran tangibles las líneas y figuras reflejadas.

Cabe todavía dirigir contra Montesinos un gran número de objeciones secundarias. Cinco de su soberanos (Manco Auqui Túpac Pachacuti, Auqui Titu Atauchi, Cayo Manco Auqui, Huqui Nina Auqui y Huispa Titu Auqui) llevan el título de *auquis*, y *auqui* no ha podido ser sobrenombre llevado por soberanos reinantes, puesto que significa *príncipe* o—digámoslo al uso de España—*infante*, en oposición a *Cápac Inca* (rey o emperador). Aun otra dificultad se desprende de los nombres de aquellos reyes preincaicos. Desde el primero, Pirua Pacari Manco, hasta el último, Mayta Cápac Pachacuti, y con muy pocas excepciones en todo el curso de una serie que comprende varios milenios, esos reyes presentan los mismos nombres que usaron los más recientes reyes incas y los orejones cuzqueños contemporáneos de la Conquista. Tal circunstancia supone la permanencia del idioma; ¿y cómo admitir tan sorprendente inalterabilidad en el idioma de una región que, según el mismo Montesinos, fué trastornada por repetidas y terribles invasiones, y cuya civilización padeció la catástrofe espantosa, sin precedente en la historia, de olvidar la escritura y retroceder desde los jeroglíficos hasta el primitivo procedimiento mnemotécnico de los quipos? ¿Acaso después de las convulsiones de la Edad Media los reyes de España continuaron llamándose Ataúlfos y Sisebutos, o los de Italia, Teodoricos y Totilas? Y no se responda que los nombres de los primeros soberanos del Perú han debido de

ser distintos de los que ofrece Montesinos, pero que tal vez se tradujeron en los últimos tiempos a la lengua quechua, conservando la equivalencia de los antiguos apelativos, porque Montesinos, al dar la etimología de las palabras *Cuzco* e *Maticci Viracocha* admite de manera implícita que el mismo idioma se habló en el imperio, o a lo menos en su capital, desde el Pirua Manco, poco posterior al diluvio bíblico, hasta el inca Huayna Cápac, padre de Atahualpa. Noticias como ésta dejan muy mal parado el crédito de las *Memorias historiales*.

No agregaré a las anteriores objeciones una que de ordinario se aduce contra Montesinos, porque la creo mucho menos contundente. Se dice que es inaceptable su relación del imperio preincaico porque, habiéndose perdido las letras, no subsistió de él memoria duradera. Pero no es cierto que los jeroglíficos se olvidaran del todo. Cuando la conquista española, la escritura jeroglífica, si bien desusada por la generalidad de los peruanos, se empleaba todavía por algunos, aunque en muy raras ocasiones. Huayna Cápac, según Cabello Balboa, escribió su testamento por medio de rayas de colores, y Juan Santa Cruz Pachacuti refiere que el fabuloso Tonapa entregó al cacique Tampu o Pacaritampu una tabla en donde con ciertas rayas estaban escritos preceptos de moral. Por consiguiente, en el fondo de un antiguo santuario, como el de Tiahuanaco o el de Cacha, se han podido conservar inscripciones o quizá pinturas jeroglíficas relativas al imperio preincaico, y tal ha debido de ser el origen de la tradición que, conocida probablemente por un español en los primeros años de la Conquista, se convirtió en el núcleo de verdad que contuvieron aquellos trabajos de los jesuitas a que tantas veces me he referido y el manuscrito que adquirió Montesinos.

Pero con todo esto queda, en definitiva, que Montesinos no es sino en muy pequeña parte historiador fehaciente; que es inadmisiblesu larga serie de noventa reyes preincai-

cos, y que sus *Memorias historiales* constituyen una maraña de tradiciones, apócrifas las unas, corrompidas las otras, todas ellas barajadas y embrolladas en laberíntica confusión. Lo único seguro es lo que ha comprobado la arqueología, a saber: la efectiva existencia de un imperio peruano anterior a los Incas. En tales condiciones se comprende que en vez de revisar los asertos de Montesinos (exponiéndonos a tropezar a cada paso) es más útil y práctico acudir directamente a la ciencia arqueológica, que ha hecho hoy inútil o poco menos lo que puede haber de cierto en los fabulosos textos del cronista andaluz.

Prescindamos de la tan debatida y oscura y quizá insoluble cuestión del origen de los primeros habitantes. Puesto que en el Perú no se ha encontrado al hombre fósil<sup>51</sup>, parece que los pobladores han venido de fuera. Ora hayan sido éstos autóctonos de América, como quieren algunos poligenistas, ora hayan emigrado del Antiguo Continente en lejanísimas épocas, como quieren los monogenistas y aun muchos poligenistas moderados, lo efectivo es que de muy antiguo hubo de estar poblado el Perú por diversas tribus, algunas de las cuales lograron desde remotos tiempos ascender a un grado relativo de civilización. Pero la naturaleza del territorio, que no presenta grandes llanuras, sino al contrario, estrechos valles separados por altas montañas y vastos despoblados, tuvo que impedir durante largo tiempo el establecimiento de una poderosa unidad social, y mantener un sistema de civilizaciones de radio reducido y por lo mismo de escaso desarrollo. Ni siquiera debió de merecer la mayoría de ellas el nombre de *civilizaciones*. Eran seguramente agrupaciones de tribus bárbaras, dedicadas en la sierra a la agricultura y al pastoreo, y en la costa, a la agricultura y a la pesca.

---

51 Ha sido refutada por Hrdlicka la aseveración de Bingham relativa al esqueleto descubierto cerca del Cuzco (VIII)-

En el litoral fué donde principió a aparecer la cultura verdadera. Los vestigios de la más antigua civilización peruana se han hallado en los valles de la costa, desde Nazca hasta Trujillo. El clima cálido o templado de esos valles, favorable a la precocidad de la organización social, y la proximidad y quietud del océano, que facilitaba las comunicaciones por medio de la navegación costanera, permitieron que se asentara y progresara, tal vez mucho antes de la era cristiana, una raza que supo trabajar y colorear artefactos de barro con rara maestría<sup>52</sup>. Como esta raza se extendió en el territorio situado a lo largo del Pacífico, como se presenta de golpe en notable estado de adelanto y como sus artefactos muestran mayor perfección técnica que los de períodos posteriores, es muy verosímil suponer que haya venido por mar de otro país y que haya traído ya formada su civilización.

Pero en todo caso no era la primera que ocupaba las playas peruanas. El doctor Uhle ha descubierto, desde la caleta de Chorrillos a la de Pativilca, vestigios de «una raza de estatura alta, de pescadores antropófagos, cuyas producciones resisten a toda tentativa de comparación con las de los pobladores civilizados. . . y que se parecen a las tribus pescadoras antiguas de Chile y a las que todavía existen en la Tierra del Fuego»<sup>53</sup>. ¿Fueron aquellos salvajes antropófagos los que precedieron a la época que llamaremos *de Nazca* (por el lugar donde se encontraron sus primeros restos), o fueron invasores que perturbaron e interrumpieron el curso de la primitiva civilización? Menester será esperar a que la ciencia no los diga; pero puede que sean verdaderas juntamente las dos hipótesis. Los salvajes habitantes de la costa del Pacífico han debido de ser arrojados hacia el sur por los civilizados inmigrantes; pero, no resignados a perder

---

52 En el Museo Histórico Nacional pueden verse los vasos de barro descubiertos en Nazca por el doctor Uhle, pertenecientes a esta primera época.

53 Discurso del Dr. Uhle en el Instituto Histórico el 29 de Julio de 1906.

su antigua patria, han debido de intentar a menudo la reconquista, con devastaciones periódicas, análogas a las de los normandos en la Edad Media. Repárese en que hay tradición, relatada por todos los cronistas, de la venida de gigantes crueles y viciosos, cuyos crímenes y atrocidades dejaron honda huella en la imaginación popular<sup>54</sup>. Ciertamente que la fábula de los gigantes se encuentra en todos los países del mundo y que no es sino la explicación que los pueblos bárbaros dan del origen de los huesos de animales antediluvianos. Mucho de esto ha entrado indudablemente en la tradición peruana, como se ve por las pruebas que de ella presentan Cieza de León y Cobo: es claro que aquellos desconocidos miembros de que hablan los citados autores, hubieron de ser de paquidermos fósiles<sup>55</sup>. Sin embargo, es casi seguro que en esa tradición hay un elemento de verdad histórica. Cieza dice que los gigantes «vinieron por la mar, en unas balsas de juncos, a manera de grandes barcas» y que «unos andaban desnudos y otros cubiertos con pieles de animales», y Gutiérrez de Santa Clara dice «que vinieron de la parte donde se pone el sol, y de hacia las islas Malucas o *del estrecho de Magallanes*, y que entrando por la tierra la comenzaron a tiranizar, matando muchos indios y a otros echándolos fuera de sus pueblos. . . Dieron cuenta estos gigantes a los naturales desta tierra de cómo habían salido los gigantes de *unas islas y tierras muy grandes que están en la mar austral*, y que fueron echados dellas por un gran señor indio que allí había, que eran tamaños y tan grandes de cuerpo como ellos. . . Y demás desto que habían navegado por la mar muchos días a remo y vela, y que cierta borrasca y tormenta los había echado en aquellas partes,

---

<sup>54</sup> Recuérdense los Qinnametín, gigantes prehistóricos del mejicano Ixtlilxochitl. (IX).

<sup>55</sup> Comprobado por Saville que ha hallado en este paraje de Santa Elena, el año 1906, de huesos de mastodontes (X).

sin saber dónde iban, sino que fortuna los llevase a do quisiese»<sup>56</sup>.

Adviértase la coincidencia entre la talla gigantesca que la fábula prestaba a estos hombres y la *estatura alta* de los cuerpos descubiertos por Uhle, la cual contrasta con la de los indios de la costa. Por el mismo contraste y por el horror que los hechos de tales hombres inspiraban tuvo que parecer a los naturales espantable y prodigiosa.

Gutiérrez de Santa Clara afirma que vivían de la pesca y de la caza y que construían cabañas de paja; todas señales que convienen a las tribus del sur del Pacífico. Lo de los pozos labrados en roca viva, que tanto Gutierrez como los otros cronistas reconocen por obras de los dichos gigantes, debe de ser pura fábula; pero su destrucción por fuego del cielo en castigo de la sodomía a que se entregaban, es quizá un vago recuerdo legendario del exterminio que en venganza de sus crueldades hicieron los indios de ellos.

Si bien se ve, no empece para mi suposición que la fábula sólo se refiere a Santa Elena, Manta y Puerto Viejo, lugares muy alejados de los puntos donde se han descubiertos los vestigios de los pescadores que Uhle tiende a asimilar con los de la Tierra del Fuego. Han podido ser aquéllos los términos septentrionales de la invasión. Ni empece tampoco que Gutiérrez de Santa Clara pretenda que la invasión de los gigantes fué contemporánea nada menos que del Inca Túpac Yupanqui. No hay que aceptar sin grandes precauciones y desconfianzas la cronología y la geografía de los cronistas, los cuales no hicieron sino fijar por escrito las tradiciones populares. El vulgo, y sobre todo el vulgo bárbaro de los indios costeños en tiempo de la Conquista, tuvo

---

<sup>56</sup> Gutiérrez de Santa Clara, *Historia de las guerras civiles del Perú*, libro III de los Quincuagenarios, cap. LXVI. (Madrid, imprenta de Idamor Moreno, 1905; tomo tercero, págs. 567 a 568 y siguientes.)—Véase lo que sobre los patagones dice el comandante Byron en su *Viaje alrededor del Mundo* (Edición de Madrid, 1769; págs. 64, 65 y ss.)

inevitablemente que falsear y corromper la memoria de aquel suceso, y trastocarlo en siglos y aun en decenas de siglos. La incertidumbre de su determinación cronológica se prueba con las dicordancias entre la diversas autoridades. Al paso que Gutiérrez de Santa Clara coloca el establecimiento de los gigantes en Santa Elena por los años de Túpac Inca Yupanqui (mediados o último tercio del siglo XV), Montesinos lo pone en el reinado del preincaico Ayar Taco<sup>57</sup>; y los escritores más verídicos, como Cieza y Zárate; sin precisar época, dan a entender que fué mucho antes de los Incas y en tiempos muy remotos. Sin duda, es esta última la más acertada opinión<sup>58</sup>.

Mientras las civilizaciones de la costa luchaban con alternativas contra las irrupciones de los salvajes, en la sierra crecían y se desenvolvían civilizaciones de carácter a lo que parece mucho más invasor y belicoso. La que al cabo llegó a dominar a las demás tuvo su asiento en los fríos llanos que rodean el Titicaca y su principal santuario en Tiahuanaco<sup>59</sup>, situado entonces a orillas del lago. Sería temeridad afirmar que fué esa la más antigua de las grandes civilizaciones de la serranía y que de ellas se derivaron las otras. Posible es que las ruinas de Cuélap, por ejemplo, en la provincia de Luya, sea, no las de una gran defensa militar de frontera contra los naturales de Moyobamba y la montaña, sino las de la capital de un imperio independiente del

---

57 En las *Memorias historiales* de Montesinos esta tradición se encuentra en el mismo estado lamentable de todas las demás. Confunde Montesinos a los gigantes con los Chimus y las otras tribus civilizadas de la costa, y atribuye a aquellos salvajes invasores la construcción del gran santuario de Pachacámac (*Memorias historiales del Perú*, libro II, cap. IX).

58 Aunque de menos respetabilidad que los últimamente citados, no estará demás recordar el testimonio del padre Velasco en la *Historia de Quito*.

59 Si Cuélap parece muy preincaico, esto no es exacto. Sin embargo, merecen atención algunos de los hechos alegados por Posparky, *El alma del altiplano y la extensión del lago Titicaca* (La Paz, 1911). Citar Tello sobre ruinas de la Costa (descubrimiento en Chavín y Nepeña).— Ver Huot, *Géographie des hauts plateaux de la Arboire* (Expedición de Courtry y Cryus Monfort). (IX)

de Tiahuanaco, de raza y cultura distinta, y que, menos afortunado que aquél, no alcanzó a dilatar su influencia hasta tan lejanos confines.

Por lo que los monumentos revelan, la civilización de Tiahuanaco hubo de ser teocrática; y tal vez a ella correspondan las confusas noticias que sobre una soberana casta sacerdotal nos dan Montesinos y otros autores. En sus conquistas llegó a abarcar la misma o casi la misma extensión de territorio que los Incas. Uhle ha encontrado sus huellas en Moche y Pachacámac, lo cual demuestra que subyugó a las poblaciones de la costa, puesto que sería absurdo suponer en aquella época una penetración de costumbres meramente pacífica y comercial. La propagación de la lengua quechua hasta Pasto y hasta los límites meridionales de la actual Bolivia, y aun más allá; propagación que, como ya dije, no puede datar sólo de la dominación incaica, debe atribuírse también a este gran imperio de Tiahuanaco. Y de aquí se desprende como conclusión lógica que fué imperio de raza quechua, y no de la impropia llamada aimará, según sostienen muchos. La situación del idioma de los *Collas* (o digamos *aimará* para seguir la común costumbre), rodeado por naciones que hablan todas el quechua y sus dialectos y afines, dice muy a las claras que una inmigración vino en posteriores tiempos a destruir en su foco la civilización de Tiahuanaco y a establecer en el centro de la región ocupada por los Quechuas.

Patrón y Uhle han descifrado en los relieves de la portada monolítica de Tiahuanaco la imagen del Dios Viracocha; y ello, en vez de contrariar mi hipótesis, la confirma. Viracocha era un dios antiquísimo; y no vemos qué nos autorice a creerlo divinidad nacional de los Aimaraes. Hay muchas razones para asignarle procedencia quechua. Tenía en Cacha<sup>60</sup>, pueblo de lengua quechua, un templo especial

---

60 Cacha es tierra mixta de Quechuas y Collas; pero en Urcas, el Cuzco y

y muy célebre, construído, no como quiere Garcilaso por el octavo inca, sino desde edad inmemorial, y únicamente reparado y embellecido por aquel monarca, que tomó el nombre del dios. Ciertamente que Garcilaso asegura que Viracocha era *dios moderno*<sup>61</sup>; pero hemos de probar que precisamente el lado flaco y vulnerable de Garcilaso son los mitos y las ceremonias e instituciones religiosas de los indios, de todo lo cual no alcanzó sino muy imperfecto y errado conocimiento. El propio Garcilaso se desmiente de manera implícita cuando, al contar la aparición de la fantasma Viracocha al príncipe, que luego en conmemoración adoptó el mismo nombre, pone en boca de la fantasma las siguientes palabras: «Sobrino, yo soy hijo del Sol y hermano del inca Manco Cápac y de la coya Mama Ocllo, su mujer y hermana, los primeros de tus antepasados. Soy hermano de tu padre y de todos vosotros»<sup>62</sup>. No deduciremos de aquí por cierto, como livianamente lo hizo Vicente Fidel López, que Garcilaso no ignoraba los relatos de Montesinos sobre la época primitiva; pero sí deduciremos con fundamento el sello tradicional y vetusto del culto de Viracocha, que el Inca no inventó, sino sólo ensalzó y dignificó. Y esto se corrobora con la descripción del templo de Cacha, de forma tan singular y arcaica<sup>63</sup>. Si Viracocha hubiera sido ídolo de los Collas, nación enemiga de los Cuzqueños y semillero de constantes sublevaciones (según se ve con toda evidencia en un pasaje de la *Destrucción* de Cristóbal de Molina publicado por Jiménez de la Espada en el mismo volumen que *Las antiguas gentes del Perú* del padre Las Casas<sup>64</sup>; ¿cómo concebir que los

---

junto a Jahuarpampa tenía Hiracocha templos quechuas; y sólo en tierras quechuas aparece en su leyenda bien acogido y tenido (XII).

61 *Comentarios*, parte I, libro II, cap. XXVII.

62 *Idem*, parte I, libro II, cap. XXI.

63 *Idem*, libro V, cap. XXII.

64 «Era el Inga y todos sus enemigos enemísimos en general de los que se le alzaban; y con los que más veces se le habían rebelado, estaba peor él

orgullosos orejones admitieran una religión extranjera y la honraran hasta colocar el simulacro de Viracocha más alto que el del Sol? (Cieza, *Señorío de los Incas*, cap. XXX; Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro quinto, cap. 3; libro sexto, cap. 19. Vid también Coño, *Historia del Nuevo Mundo*, libro XIII, cap. IV; Las Casas, *Antiguas gentes del Perú*, cap. VII; y el *Confesionario para los curas de indios*, Lima, 1558 y Sevilla, 1603, que se funda al decirlo en «el tratado y averiguación que hizo el licenciado Polo de Ondegardo»). Viracocha no fué, pues, la deidad particular de los Incas (porque sabemos que esa era el Sol); pero fué la deidad común de todos los pueblos de idioma quechua, entre los cuales se comprenden los Incas.

Si los indios de lengua aimará son los descendientes de los constructores de Tiahuanaco, ¿por qué olvidaron desde tan antiguo el destino y origen de aquellos edificios, y en sus tradiciones expresaron el pasmo propio de gentes bárbaras ante la repentina aparición de obras de una civilización superior, diciendo que «en una sola noche remanecieron hechas»?<sup>65</sup>. ¿Por qué concuerdan casi todos los viajeros, desde Cieza de León, en que las fábricas de Tiahuanaco quedaron inconclusas, como si una invasión las hubiera interrumpido? Y finalmente, ¿por qué los Incas, cuya raza quechua está comprobada por su lenguaje peculiar (que no era sino un dialecto quechua), fijaron siempre como punto de partida de sus progenitores y su cultura las riberas del Titicaca, y tributaron a los templos de Tiahuanaco y

---

y todas sus provincias, y eran tenidos en gran oprobio de todos, y no les permitían ningún género de armas, y siempre los aviltaban de palabra y en sus refranes, como a los indios del Collao, que las llamaban *aznacolla* (como quien decía el indio del Collao *biede*)».

Véase también lo que dicen la *Miscelánea* de Cabello Balboa sobre el reinado de Túpac Yupanqui, la relación de Santa Cruz Pachacuti en los reinados de Viracocha y Túpac Yupanqui, y el *Señorío de los Incas* de Cieza en los reinados de Yupanqui Pachacútec y Túpac Yupanqui.

<sup>65</sup> Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. CV.

de las islas del lago veneración y acatamiento incomparablemente mayores que los que les mereció el famoso templo de Pachacámac? Nada de esto se explica si suponemos aimará el imperio de Tiahuanaco; y todo se explica si lo suponemos quechua y, por consiguiente, de la misma lengua y la misma sangre que el posterior de los Incas<sup>66</sup>. Además, los Collas en su aspecto y costumbres ofrecen indicios de haber sido una nación bárbara e invasora, más fuerte que los Quechuas; no presentan como éstos señales de una disciplina social muchas veces secular: parecen raza menos vieja y agotada; y su lengua tosca y ruda, ajena a las de-

---

66 Las denominaciones de *quechua* y *aimará*, igualmente equívocas, aumentan la confusión de estos oscurísimos problemas.

En sentido restricto llámase *Quechuas* las tribus que vivían en las provincias de Cotabambas, Aimaraes y Chumbivilcas, y que antes de la invasión de los *Chancas* ocupaban también la de Andahuaylas. Fueron siempre muy leales vasallos de los Incas. Pero aquí entendemos por *raza quechua*, con criterio filológico, el conjunto de naciones que hablaban el idioma quechua, el cual desde los más remotos tiempos estaba extendido por la sierra a partir de la región del Cuzco hasta Quito. En aquel espacio de la sierra todas las lenguas eran dialectos del quechua (fuera de las importadas o *abusimi*) y, conforme dicen las informaciones de Vaca de Castro, «allegadas a la quechua como la portuguesa o la gallega a la castellana». Por el sur, el quechua se detiene bruscamente en Sicuani, donde comienza el dominio del aimará. Reaparece después en Oruro, y llega a las montañas que ocupan el norte de la República Argentina hasta Tucumán, cuyos habitantes usaban el *calchaquí*, que en opinión de muchos filólogos está constituido por la fusión del vocabulario quechua y de la sintaxis de los idiomas de las tribus tucumanas.

*Aimaraes* se llaman propiamente los habitantes de una provincia que confina con las de Cotabambas, Abancay, Andahuaylas y Parinacochas. Estos Aimaraes pertenecen a la nación quechua, hablan el quechua y no presentan afinidad alguna con los *Collas*, que son los representantes de la raza comúnmente conocida por *aimará*. Los primeros españoles que estudiaron la lengua de los Collas la denominaron aimará, porque la oyeron a una colonia de *mitimaes* establecida en el Collao y originaria de la comarca aimará; y tan inexacto nombre se ha generalizado. Los Collas o indios que hablan el aimará ocupan la altiplanicie del Titicaca desde Sicuani hasta Oruro en Bolivia. Pero en la época de su apogeo, cuando destruyeron el imperio de Tiahuanaco, debieron de llevar muy lejos sus conquistas, porque se encuentran rastros suyos en Arequipa y Moquegua, en Ayacucho y Huancavelica, y aun en Yauyos, Lima y Canta, si bien algunos de estos últimos pueden ser resultado del sistema incaico de colonias o *mitimaes* que introduce tanta incertidumbre en la determinación de los límites naturales de las razas indígenas; hoy sólo se habla el aimará en la ciudad de Puno.

licadezas del quechua, no es de creer que haya sido vehículo apropiado de un gran organización política<sup>67</sup>.

Pero si el imperio de Tiahuanaco ha sido de idioma que-

---

67 Años después de escritas estas páginas, que aparecieron por vez primera en el trimestre IV de 1906 de la Revista *Histórica*, el señor González de la Rosa ha publicado una memoria titulada *Les deux Tiahuanaco, leurs problémes et leur solution*, presentada al XVI Congreso Internacional de Americanistas (Viena, 1909). En ella indica que debe de existir una ciudad subterránea debajo de las ruinas conocidas; y procura descifrar la significación de los relieves del monolito, con ayuda de datos de Montesinos y Oliva, que nos inspiran profunda desconfianza. Conviene con nosotros en admitir la difusión preincaica del quechua y en suponer que la destrucción de Tiahuanaco se debió a las hordas aimaraes de Cari, procedentes del lado de Coquimbo; pero sostiene que los constructores y habitadores del antiguo Tiahuanaco no fueron los Quechuas ni los Aimaraes, como hasta ahora se ha creído, sino los Uros, *indios pescadores casi salvajes que hoy todavía subsisten en los pajonales del Desaguadero y Paria*, y cuyo tosquísimo idioma parece relacionarse con el puquina y con los de la montaña. Pero los Uros no presentan absolutamente caracteres que permitan reconocer en ellos a los descendientes del imperio de Tiahuanaco. Cuando una raza civilizada, como relativamente era la de ese imperio, cae bajo el dominio de invasores bárbaros, conserva siempre alguna influencia intelectual sobre sus rudos amos. Los Uros, al contrario, se encuentran, desde que hay memoria de ellos, en el más bajo nivel, en la más completa inferioridad, hasta el punto de que los Aimaraes y los Incas no los reputaban seres humanos, sino animales, y de que su torpeza ha sido y es proverbial. ¡Extraña ocurrencia la de pretender hallar en tan atrasados y estúpidos indios a los que realizaron el prodigioso esfuerzo que representa la cultura tiahuanacuense! Asombra que el señor González de la Rosa aduzca en favor de su tesis el testimonio del licenciado Polo de Ondegardo, a fin de rebatir con su ayuda la evidente incapacidad de los Uros para la civilización. Véase cómo se expresa de ellos Polo de Ondegardo en el mismo documento que cita González de la Rosa: «Entiéndase que no han de dejar ninguna cosa a su cargo; porque visto e tratado este género de gente, tiene muy poca más habilidad que animales, y no hay otra como ella en todo el reino». (*Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, tomo 17 p. 149). El padre Calancha los describe diciendo: «Son estos indios Uros bárbaros, sin policía, *renegridos*, sin limpieza, enemigos de la civilización... Andan desnudos o casi en carnes, comen muchas veces la carne cruda y el pescado casi vivo; no siembran ni tienen labranzas... Su lengua es la más oscura, corta y bárbara de cuantas tiene el Perú.» (*Crónica*, primera parte, libro III, cap. XXIII.) ¡Imposible parece que a tan eminente y erudito peruanista como es don Manuel González de la Rosa se le haya ocurrido suponer creadora del más extenso estado y de las más admirables obras del Perú, a la raza más torpe, salvaje y refractaria a la cultura de las que habitaron en él! Y es gentil y peregrino antojo aplicar a indios de tan oscura tez y lampiños como los Uros el texto de Cieza sobre las gentes blancas y barbadas que el jefe aimará exterminó en el Titicaca. Por cierto que este texto no puede aplicarse a los Quechuas sino en el sentido metafórico que adelante indicaremos; pero si a los Uros no

chua según todas las probabilidades, no debemos imaginarlo dominado por una sola nación o tribu desde su fundación hasta su ruina. Han debido sucederse en él, por

---

es aplicable ni en el literal ni en el metafórico, ¿a qué presentarlo como objeción contra el sistema del origen quechua de Tiahuanaco?

Fuera de insinuaciones tan notoriamente inexactas como la de que el culto de Viracocha es privativo del Cuzco y ajeno al Collao (cuando es conocido que el mito de Viracocha está unido indisolublemente a las comarcas ribereñas del Titicaca), las razones que el señor González de la Rosa manifiesta contra la hipótesis de la procedencia quechua de Tiahuanaco y en apoyo de su origen uro, pueden reducirse a éstas: 1a, que la arquitectura tiahuanacuense es muy distinta de la incaica; 2a, que el *puma*, cuya imagen se repite mucho en Tiahuanaco, proviene de la montaña, como los Uros, y que para éstos era símbolo del Sol, divinidad que los Quechuas no adoraban; 3a, que las momias de Tiahuanaco se encuentran echadas, y las de los Quechuas siempre sentadas y en cuclillas; 4a, que el padre Oliva asegura que el antiguo nombre de Tiahuanaco era *Chucara*, que no es nombre quechua, sino uro, y significa *Casa del Sol*. En cuanto a la primera razón, la diferencia entre los edificios de Tiahuanaco y los quechuas del tiempo de los Incas no es tal que no pueda admitirse que los construyó la misma raza, con las alteraciones y modificaciones que son de suponer en el transcurso de un larguísimo período, como fué el que medió entre el primitivo imperio y su restauración por los Incas. La arquitectura incaica arranca de la megalítica y es el término de su natural evolución, aunque sea mucho menos colosal y gigantesca que ella, como que toda la civilización de los Incas parece la repetición debilitada y decadente de la de Tiahuanaco. En cuanto a la segunda razón, es muy sabido que el *puma* o león peruano no vive únicamente en la montaña, sino en la sierra, hasta en parajes muy elevados de la cordillera. Los Quechuas los representaban en los edificios, y en lenguaje metafórico los tomaban como símbolos de poder y grandeza. Es falsísimo que los Quechuas no adoraran el Sol en la advocación de Inti y en la de Viracocha. En cambio, los Uros podían adorar fetichistamente el Sol, pero es muy dudoso que conocieran y profesaran la religión de Viracocha, en cuyo honor se construyó la gran portada de Tiahuanaco. En cuanto a la tercera razón, el doctor don Pablo Patrón nos advierte que el enterrar tendidos a los muertos fué muy general costumbre en el Perú primitivo, y no sería imposible hallar casos de tal forma de entierro entre los paleoquechuas, presuntos constructores de Tiahuanaco. Vid. Cieza, *Primera parte de la Crónica del Perú*, cap. LXIII (XIII). En cuanto a la cuarta razón, si aceptamos como fidedigna la noticia de Oliva, el mismo doctor Patrón nos asegura que hay una etimología quechua muy probable y lógica de la voz *Chucara*, y es *Chucacara*, o sea los *diez hombres o confederación de las diez tribus*, nombre de formación análoga a los de Tiahuanaco, Cozco, etc., y muy aplicable a Tiahuanaco.

Si los Uros hubieran sido los pobladores de Tiahuanaco, se encontrarían huellas de su lengua en las comarcas a donde alcanzó la dominación de aquel imperio (hasta el Ecuador en el Norte y hasta Chile y la Argentina en el Sur), como sucede con el quechua y el aimará. Mientras no se descubran indicios de esta propagación del idioma uro paralela a la influencia de la

el transcurso de tiempo que supone la enorme extensión de su influencia, varias dinastías; y en los estados primitivos el cambio de dinastías significa, por lo general, el sucesivo predominio de diversas tribus, que unas veces constituyen castas superpuestas en la misma sociedad, y otras grupos vecinos y aun con frecuencia consanguíneos, pero no por eso menos encarnizados rivales en la pugna por la preponderancia. Tal es lo que nos enseña dondequiera la historia de las primeras edades; y tal ha sido verosímilmente la perdida historia de la civilización de Tiahuanaco. Y quizá tenga aquí cabida la parte de verdad que reconocemos en las intrincadas y alteradas tradiciones de Montesinos y en las conjeturas de Vicente Fidel López. Algún eco se conserva de aquellas remotísimas alteraciones en la fábula relatada por Betanzos: «En los tiempos antiguos dicen ser la tierra y provincia del Perú oscura, y que en ella no había lumbre ni día. Que había en este tiempo cierta gente en ella, la cual gente tenía cierto señor que la mandaba y a quien ella era sujeta. Del nombre desta gente y del señor que la mandaba no se acuerdan. Y en estos tiempos que esta tierra era toda noche, dicen que salió de una laguna que es en esta tierra del Perú, en la provincia que dicen de Collasuyo, un señor que llamaron

---

cultura de Tiahuanaco, será inaceptable la hipótesis del imperio *uru-puquina* que tan sin fundamentos propone González de la Rosa. La hipótesis quechua, que él llama «simple afirmación, desnuda de pruebas» cuenta en favor suyo con numerosísimas conjeturas verosímiles, que se desprenden de lo que exponemos en el texto. La hipótesis aimará deja sin explicar puntos muy importantes, como las invasiones sufridas por el Collao, las tradiciones referentes a ellas, la difusión preincaica del idioma quechua, el quechuismo del sur de Bolivia y del norte de la Argentina y la destrucción de Tiahuanaco; pero es al cabo mucho más plausible que la singularísima hipótesis *ura* presentada por González de la Rosa.

Los Uros y los Puquinas (cuyos idiomas se relacionan con los de la montaña y el lado del Atlántico) no pueden ser sino restos de antiquísimos autóctonos, análogos a los *negritos* del Indostán, o de incursiones de los salvajes de la región de los bosques en el época de decadencia y disolución del imperio de Tiahuanaco.

Con Ticci Viracocha, el cual dicen haber sacado consigo cierto número de gentes, del cual número no se acuerdan. Y como este hombre hubiese salido desta laguna, fuese de allí a un sitio que es junto a esta laguna, que está donde hoy día es un pueblo que llaman Tiaguanaco... Y que a aquella gente primera y a su señor, en castigo del enojo que le hicieron, hizolos que se tornasen piedra luego»<sup>68</sup>. También se refiere al imperio de Tiahuanaco el padre Anello Oliva, al hablar del »gran señor Huyustus, señor de Tiahuanaco y de todo el mundo»<sup>69</sup>.

¿Cómo se destruyó ese imperio? Lo más probable es que, debilitado por internas disensiones, no pudiera resistir el empuje de la inmigración de los Aimaraes, venidos tal vez del este de Bolivia y del norte de Chile<sup>70</sup>. La planicie del Collao, centro de las riquezas y del poderío del imperio, tierra fría, pero apetecible para pueblos pastores, atrajo a los Aimaraes, que en ella se fijaron y que arruinaron Tiahuanaco. Los Quechuas se vieron obligados a emigrar, y así quedó su raza dividida en dos porciones sin comunicación entre sí, como hoy mismo está: la de los quechuas del Perú y Quito, y la de los quechuas de Charcas. Por poca fe que merezca Montesinos, es digno de notarse que hace venir del sur, por el lado del Tucumán y el

---

68 Betanzos, *Suma y narración de los Incas*, cap. I.— Lo mismo cuentan Herrera y Cieza.

69 Anello Oliva, libro I, cap. II.

70 Las regiones de Tarapacá, del antiguo litoral boliviano y de Atacama, hoy tan desoladas y áridas, no debieron serlo hace muchos siglos. Pueden descubrirse en ellas vestigios de extensa vegetación milenaria, ríos desecados, como el que existía junto a Copiapó, y hasta restos de bosques, como dicen haberse hallado en las cercanías de Calama y de Huantajaya. Todavía en la época de los Españoles, Copiapó recibía el nombre de San Francisco de la Selva (véase, entre otros, el reciente viaje de Meyendorff, *L'Empire du Soleil, Pérou et Bolivie*, 1909, París). La esterilidad sigue avanzando en toda aquella costa, como en Arabia. Este proceso de desecación tuvo que determinar en tiempos prehistóricos grandes emigraciones. Véanse igualmente las observaciones del geólogo francés G. Courty, *Explorations Géologiques dans l'Amérique du Sud*, París, 1907, pp. 17 a 21, y Eliseo Rechts, *Nouvelle Géographie Universelle*, tomo XVIII, *Les régions andines*, París, 1893, pp. 39 y 709, 745, 746, 756. (XIV).

Collao, a las hordas que derrotan y mantan al rey Titu Yupanqui, y causan la pérdida «del gobierno de la monarquía peruana» y la despoblación de la capital<sup>71</sup>. Juan Santa Cruz Pachacuti, que por ser de la provincia Collagua (la moderna Cailloma) narra tradiciones íntimamente conexas con las del Collao, dice, en un pasaje que ya hemos citado, que en la época *purumpacha* aparecieron en Potosí ejércitos que poblaron el territorio; y a través de la enrevesada jerga de Pachacuti se ve que arranca de la entrada de esos ejércitos el período de desorden, guerras y asaltos continuos. Decir que poblaron la tierra no puede significar sino que fueron los primeros habitantes de raza aimará, y en manera alguna que encontraran deshabitada la comarca, puesto que todo prueba que desde los más remotos siglos hubo habitantes civilizados en la meseta del Titicaca. Cronista de gravedad muy superior a los anteriormente aducidos es Herrera, que cuenta (extractando sin duda los primeros capítulos perdidos del *Señorio de los Incas* de Cieza)<sup>72</sup> que en Coquimpu (Coquimbo, en Chile) se levantó el capitán Cara, el cual exterminó a los hombres blancos del Titicaca. El nombre de Cara o Cari es en todos los historiadores el de un príncipe aimará. No importa a nuestro propósito averiguar por qué la tradición aplicaba a los primeros pobladores del Collao el epíteto de *blancos*, que seguramente no conviene a los Quechuas<sup>73</sup>. Pero entre los laberintos y tenebrosidades de la fábula, se distingue el recuerdo de una gran invasión que sube del sur, y que aniquila o ahuyenta a los antiguos dueños del Collao.

71 Montesinos, *Memorias historiales*, libro II, caps. XIII y XIV.

72 No está perdido el capítulo éste de Cieza; es el IV, el primero íntegro en la edición de Jiménez de la Espada. Allí se habla del Cari de Coquimpu (XV).

73 Puede afirmarse, casi sin duda, que en esta parte Herrera no hace sino copiar los capítulos perdidos de Cieza.

No es improbable que los amedrentados indios en los años posteriores a la Conquista dieran a las palabras *hombre blanco* el sentido metafórico de *hombre atrevido, portentoso, divino*. En tal caso se aplicaría perfectamente a los autores de las maravillas de Tiahuanaco